(Mitre, Bartolomé

PÁGINAS HISTÓRICAS

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

CORRESPONDENCIA CAMBIADA

ENTRE

EL Gral. MITRE Y EL Dr. JUAN CARLOS GÓMEZ

CON UNA INTRODUCCIÓN

DEL Dr JACOB LARRAIN

LA PLATA

[illegible] — Imprenta, Litografía y Encuadernación de LA MAÑANA [illegible] 41 Nos [illegible]

1897

INTRODUCCIÓN

La ruidosa polémica sostenida hace veintiocho años entre el doctor don Juan Carlos Gómez y el general don Bartolomé Mitre sobre la memorable guerra del Paraguay, ha sido ofrecida por *La Mañana* á sus lectores en las interesantes cartas que ha publicado estos días, poniéndolas de nuevo al alcance del mayor número, y renovando las impresiones de los que las habíamos leído cuando aparecieron por primera vez, rebosantes de palpitante actualidad.

La histórica controversia llamó extraordinariamente, en su momento, la atención de los pueblos del Río de la Plata, tanto por la alta expectabilidad de los personajes que la sustentaron, como por la trascendental importancia de las cuestiones sometidas al examen apasionado del debate, y á las cuales se ligaban sus ideas y sus actos en el desenvolvimiento político y social de estos países.

Ambos contendientes descendieron al estadío de la prensa con ánimo sereno y mente iluminada por

305

los puros reflejos de un patriotismo sincero, que no excluye el error ingénuo ni la pasión inculpable en los sucesos en que habían sido actores ó que les tocó impulsar como políticos.

Uno y otro habían militado desde su juventud en las filas del partido liberal, que combatió á Rozas hasta derribarlo, y resistió la política personalista del general Urquiza hasta corregirlo y ponerlo al servicio de la unión nacional.

Dotados estos dos notables estadistas de una fecunda y brillante inteligencia, la lucieron á porfía en las columnas de la prensa de Buenos Aires, Montevideo y Chile, poniéndola invariablemente al servicio de la causa de la libertad, del progreso y de la civilización en esta parte de América.

Proclamaban como publicistas los mismos ideales, si bien disentían en los medios de realizarlos, ó en la distinta solución que debieron tener determinados problemas de la política militante. Puede decirse que su divergencia radicaba más en la diversa manera de encarar los principios, con relación á los acontecimientos, que en una verdadera oposición en las ideas capitales que informaban su común criterio.

Don Juan Carlos Gómez era, ante todo, un periodista de robusto espíritu y fogoso temperamento, que se lanzaba á las lides de la prensa á sostener con los impulsos ardorosos del propagandista, fórmulas convencionales, atrevidas hipótesis, ó nove-

dosas utopías, que sabía realzar con el encanto de un estilo hermoso, colorido y movible, en el cual aparecen artísticamente hermanadas la galanura de la frase y la trabazón vigorosa del razonamiento.

Revelábase, sin duda, en sus escritos, un pensador de talla, imbuído de ciertas teorías indeclinables, que extremaba con su exhuberante imaginación hasta convertirlas en creaciones que estaban muy distantes de la realidad.

Tenía fija en su mente, por ejemplo, la idea de la necesaria, inevitable reconstrucción del antiguo virreinato del Río de la Plata, y ella le daba motivo para increpar á la política nacional argentina, que no impidió la segregación de la Provincia Oriental después de la guerra con el Brasil en 1825, como formulaba cargos contra la política que no pudo evitar la separación de hecho de la provincia del Paraguay, después de 1811.

"Si no se hubieran separado esos dos estados de la Unión Argentina, seríamos hoy una gran nación, que tendría por capital Montevideo, y habríamos suprimido dos episodios sangrientos en nuestra historia—la guerra con el Brasil, que terminó con los tratados de 1828, y la guerra desoladora del Paraguay, que nos vimos obligados á hacer en 1865",—exclamaba el doctor Gómez con profundo desaliento.

Olvidaba el insigne publicista la acción disolvente ejercida por Artigas en el Estado Oriental,

y la anarquía que trabajaba dolorosamente á la República Argentina en esa época, no teniendo presente tampoco que el Paraguay resolvió aislarse del movimiento emancipador á que quisieron incorporarlo nuestras armas, y que mientras sus hermanos del resto del continente peleaban en los campos de batalla para conquistar su independencia, ese país se guareció en sus selvas seculares para prepararse los odiosos despotismos que después lo han oprimido, á punto de que los mismos pueblos que le llevaron la enseña libertadora de 1810, fueron á quitarle de encima, medio siglo más tarde, la tiranía que había cimentado su propio egoísmo.

El doctor Gómez era, pues, un político teórico, que tenía una fórmula preparada de antemano para amoldar á ella los acontecimientos, en vez de tener la alta previsión de las circunstancias que encaminan éstos y los dirigen lógicamente á su finalidad.

Los debates de la prensa enardecían su espíritu levantándolo á las esferas del entusiasmo, donde la palabra brilla como una espada desnuda en los combates, y el argumento aplasta como la clava de Hércules descargada sobre el adversario.

Polemista hábil y animoso, era menester estar iniciado en los secretos de su estrategia para parar sus golpes y no dejarse avasallar por los ímpetus irresistibles de su argumentación nutrida, efectista, y muchas veces convincente.

Las amarguras de la controversia jamás turbaron la serenidad de su noble espíritu, que flotaba siempre en la atmósfera vivificante de los sentimientos elevados y caballerescos, sin descender al terreno vedado de las personalidades, ni al ensañamiento que destilan como veneno los corazones perversos.

El general Mitre, su ilustre contradictor, reune á las calidades de periodista eximio, las dotes eminentes del verdadero hombre de Estado, por la madurez de las ideas y el conocimiento cabal de la índole del pueblo sobre el cual ha actuado, lo que le ha permitido meditar hondamente sobre los problemas cuya solución afecta el presente y el porvenir de las democracias del Plata.

Entregado con especialidad al estudio de la historia argentina y americana, ha podido detenerse á profundizar las cuestiones más graves de nuestra sociabilidad, hasta conocerlas íntimamente y dominar sus medios de solución.

La larga y persistente figuración que ha tenido en la vida política de la República, lo ha puesto en el caso de adquirir una experiencia provechosa, de que carecen los estadistas teóricos que viven abstraídos en las especulaciones de gabinete.

Mezclado á los más importantes sucesos de su época, el general Mitre tiene la autoridad de actor principal en ellos; y en cuanto á la rectitud de sus intenciones, á sus constantes anhelos por el

bien público y al desinterés no sospechado de su patriotismo, el pueblo argentino los abona ampliamente, pudiendo decirse á este respecto que el esclarecido hombre público asiste ahora á su propia posteridad.

Bosquejados así, á la ligera, los antecedentes, posición y condiciones de los personajes que trabaron en 1869 la célebre polémica sobre el tratado de la triple alianza y la guerra del Paraguay, nos haremos cargo de las cuestiones en debate, como también de las soluciones que en el transcurso de treinta años les han dado los acontecimientos.

La rápida transición del estado colonial al período revolucionario hizo que los pueblos del virreinato del Río de la Plata se encontrasen, dentro del vasto territorio que ocupaban, sin cohesión social ni tradición de gobierno político, que les permitiese imprimir una dirección eficiente á sus fuerzas en el sentido de unificarlas interiormente y encaminar todos sus medios al fin primordial de la defensa común.

Su estado de relativo aislamiento, en medio de la lucha por la independencia, les sugirió la idea de constituirse por separado, aunque sintiesen instintivamente la necesidad de darse en definitiva una existencia orgánica dentro de la vieja estructura colonial.

La acción de la comuna porteña, que se había puesto á la cabeza del movimiento emancipador, no era bastante eficaz para hacerse sentir en los pueblos más distantes, ya sea que éstos aceptasen su influencia de buen grado, ya sea que se mostrasen refractarios á los principios proclamados por la revolución.

El Paraguay y las provincias del Alto Perú, no tenían en la época del coloniaje, vínculos suficientemente estrechos con los pueblos que hoy forman las provincias argentinas; y por eso aquél no se plegó de hecho al movimiento fundamental de Mayo, ni éstos prestaron el necesario asidero á nuestros ejércitos que, después de repetidos contrastes, nunca consiguieron pasar la línea del Desaguadero.

La guerra de la Independencia pasaba por su período más crítico, y la anarquía interior devoraba á la República naciente, amenazando reducir á fragmentos su embrionaria organización.

Gérmenes disolventes se hacían sentir en las provincias del litoral, mientras que las del interior eran trabajadas penosamente por la política de antagonísmos contra Buenos Aires, que explotaban en provecho propio sus respectivos caudillos.

El tratado cuadrilátero de 1831, que es tomado generalmente como el punto de partida de nuestro régimen federativo, no fué más que una liga

de caudillos prepotentes, concertada para ejercer su personal dominación sobre las cuatro provincias que mandaban, sin ulterioridad inmediata sobre la consolidación definitiva de la República.

Los elementos que habían de constituir más tarde la nacionalidad, se encontraban en un estado informe, y no era posible operar su inmediata recomposición para fundirlos y extravasarlos en el molde de un organismo consistente y armónico, dentro del cual pudiera formarse y desenvolverse perdurablemente la unión nacional.

Las provincias emancipadas no eran más que una multitud de pueblos inconstituídos, que peleaban por alcanzar su independencia, mientras se debatían sus partidos en estériles é implacables luchas.

La relativa debilidad del poder central y el movimiento de disgregación que con tendencias autonómicas se verificaba en poblaciones importantes y de positíva influencia política, eran obstáculos que se alzaban como vallas insuperables en el camino de la organización del país.

Esas causas visibles y latentes hicieron que la nación argentina no sacase las ventajas que debió como potencia iniciadora de la Revolución Americana, y que aceptase como una imposición de las circunstancias la segregación del Paraguay, provincias Alto-Peruanas y Montevideo, teniendo que operar después uua evolución retrogresiva,

aunque lenta, para encaminarse nuevamente á su reintegración territorial.

Don Juan Carlos Gómez habría querido que la República Argentina mantuviese su dominación dentro de las líneas del antiguo virreinato, para que él no quedara fuera de la Patria Grande, que lo había arrojado de su seno, según decía, condenándolo á seguir la suerte de la Patria Chica, especie de satélite escapado de su órbita que tiende á encuadrarse en el sistema á que siempre ha pertenecido, atraído por leyes ineludibles de gravitación histórica.

La nacionalidad argentina ha seguido, sin embargo, en su desenvolvimiento histórico otro camino que el que le trazaba el doctor Gómez en sus brillantes hipótesis, y se ha constituído al fin por los grandes y heroicos esfuerzos de varias generaciones, obedeciendo al impulso genial de su misión, que la destinaba á consolidar las instituciones republicanas en estas regiones, por el carácter cosmopolita de sus hijos y la nativa expansión de su sociabilidad.

La evolución retrógrada realizada por la provincia de Buenos Aires en el sentido de preparar á don Juan Manuel Rozas su advenimiento al poder absoluto, hasta suprimir las adelantadas instituciones fundadas por Rivadavia, produjo el lógico resultado de encender nuevamente la guerra entre unitarios y federales, que atacaban y sos-

tenían respectivamente el régimen tiránico implantado por aquél en el centro donde ejercía su dominación, poniendo esta larga lucha en problema, una vez más, la unidad nacional.

Vencido en Caseros el odioso sistema, pudo creerse que la nación entraría á contituirse por medios pacíficos y sin perturbaciones intestinas, que no habrían tenido razón de ser con la desaparición del despotismo. Pero sucedió que numerosos elementos del partido que antes había apoyado á Rozas se plegaron á la revolución encabezada por el general Urquiza, colocándose en el caso de reclamar, al día siguiente de la victoria, la participación que en ella le correspondía.

La dictadura había sido subvertida, pero las fracciones políticas que concurrieron á derrocarla no acertaban á definir su respectiva posición; de modo que el país se agitaba fluctuante en presencia de una revolución que creyó radical en sus consecuencias, y una reacción peligrosa hacia el régimen que acababa de ser destruído por un esfuerzo potente de la opinión sana de la República.

Los fusilamientos de Palermo y los desórdenes del ejército triunfante, la reunión del congreso de gobernadores en San Nicolás, las ruidosas sesiones de Junio, con el golpe de estado que les subsiguió, y el estallido revolucionario de 11 de Setiembre, que arrojó á Urquiza de la ciudad de

Buenos Aires en 1852, como resultado inmediato de las violencias á que se había entregado el vencedor, volvieron á dividir en dos campos la República, que vió aplazarse otra vez en las incertidumbres de la contienda civil la solución tan anhelada del problema de su organización.

El pacto de San Nicolás no fué, en verdad una solución legal, porque habría sido difícil encontrarla en nuestro pasado revolucionario; pero hubo que aceptarla como un temperamento necesario para dar un punto de partida á la organización constitucional de la república, después de derrocada la dictadura que había pesado cruelmente sobre ella.

Consecuencia principal y directa de ese pacto fué la reunión del congreso que dictó en Santa Fe la Constitución Federal de 1853, siendo ésta la primera ley política, de carácter general, que ha regido á la nación.

Esa carta constitucional fué, no obstante, ineficaz para reunir las provincias argentinas en una sola familia, porque los sucesos no habían alcanzado á definir la verdadera situación de los partidos en el gobierno político del país.

Inútiles fueron también las reiteradas autorizaciones dadas por el Congreso del Paraná al general Urquiza para reincorporar Buenos Aires á la Confederación, como no tuvieron tampoco inmediato alcance político el pacto de 11 de Noviem-

bre de 1859, el convenio de 6 de Junio de 1860, ni las posteriores reformas introducidas ese mismo año por aquella provincia á la Constitución nacional.

No habían deslindado los partidos en el terreno de los hechos su preponderancia respectiva, y los convenios políticos caían en el vacío, impotentes para modificar la acción de esos partidos é ir derechamente á la unión que en principio aceptaban todos los pueblos.

Cepeda, el Pocito, Pavón, Cañada de Gómez, han sido las sangrientas jornadas que hubo que librar para allanar el camino de la deseada reconstrucción.

¿Por qué no se unificó la república después de Caseros?—Porque no era posible realizar tal obra bajo la dirección é influencia de los mismos hombres que habían gobernado el país con Rozas, y que aspiraban naturalmente á restaurar el mismo orden de cosas que se había destruído.

¿Porqué no fuimos á la unión después de Cepeda?—Porque los partidos en lucha se mostraron respectivamente impotentes para preponderar el uno sobre el otro, y aquella acción de guerra dejó indecisa la situación política que los sucesos les habían creado.

" Tenemos que ir á la guerra, señor gobernador, decía el señor Sarmiento, á principios de 1861, al general Mitre, de quien era ministro, para que

los dos partidos tradicionales de la república midan, una vez por todas, sus fuerzas en los campos de batalla, y quede definida para siempre su suerte. Cuando esto suceda, y cualquiera que resulte vencedor, levantaré las manos al cielo, porque habré visto al fin cimentada la unidad de la nación."

La nacionalidad quedó, en efecto, constituída después de la batalla de Pavón, reflejando gloria imperecedera sobre los que presidieron á la difícil obra de su reorganización, que no ha sido seguramente el fruto de combinaciones artificiales, sino el resultado lógico de los esfuerzos y sacrificios abnegados de varias generaciones argentinas, destinadas á sellar con su sangre, generosamente derramada, la unidad perdurable de la patria.

Ha sido entónces evidente que la política de resistencia sostenida por el partido liberal de la provincia de Buenos Aires contra la dictadura de Rozas primero, y contra el régimen personal de Urquiza después, tuvo su lógica razón de ser como evolución necesaria para la recomposición de los elementos que debían conducir al país á la unidad, viniendo á recibir esa política, con el tiempo, su sanción histórica por la consolidación actual de esa misma unidad, que hoy constituye nuestra fuerza y nuestra gloria.

La Alemania Moderna y la Joven Italia han tenido que pasar por múltiples transformaciones, librando rudas batallas para alcanzar su unificación,

que era el viejo ideal de sus pensadores y grandes hombres de estado, y con el cual estaban también identificadas las aspiraciones nacionales de esos dos grandes pueblos.

La República Argentina ha debido pasar igualmente por esa ruda prueba, saliendo al fin triunfante de conflictos intestinos, hasta asentar sobre bases inconmovibles su gloriosa unidad.

La administración nacional inaugurada por el general Mitre el 12 de Octubre de 1862, reunía por primera vez bajo su autoridad á todas las provincias de la nación, y todos saludaron su advenimiento con manifiestas muestras de júbilo, por las esperanzas que hacía concebir la presencia en su seno de los hombres más espectables del pais, y el levantado programa de gobierno con que iniciaba sus tareas.

En el orden interno, su política debía ser de reparación, orden, progreso y libertad, dentro del régimen institucional que entraba á regir la república; y en cuanto á la política externa, ella era de cordial amistad con los vecinos, de prescindencia absoluta en sus cuestiones internas, y de estricta cortesía en las relaciones internacionales.

Chile, Brasil, Bolivia y Paraguay tenían pendientes antiguas cuestiones de límites con la república, que estaban aplazadas en su tramitación,

porque no era urgente darles inmediata solución, lo que importaba decir que ellas no llevarían nunca á los pueblos que las sustentaban á temperamentos extremos para dirimirlas.

Nada hacía prever, por lo mismo, que pudiéramos vernos envueltos en conflictos internacionales, cuando sobrevino la invasión del general don Venancio Flores al Estado Oriental en 1863, para derrocar al partido blanco que estaba en el gobierno, y entregar la república al partido colorado, de que era gefe el general invasor.

La guerra civil del estado vecino se produjo en momentos en que el partido federal vencido promovía la reacción para recuperar su perdida influencia, y en que el partido liberal, que ejercía el poder, trataba naturalmente de mantenerse en la posición que le habían dado los sucesos, allanando las resistencias tenaces que le oponía el partido caído.

El partido liberal, que había contado con el concurso de Flores y sus amigos para llegar al gobierno, miraba con viva simpatía la invasión encabezada por el caudillo del partido colorado, prestándole auxilios de hombres y dinero, que habían de preparar mas ó menos directamente su próximo triunfo.

El partido federal, por el contrario, buscó afinidades con el partido blanco, al mismo tiempo que hacía una oposición implacable al gobierno presidido por el general Mitre, llegando hasta pro-

ducir movimientos armados de relativa importancia contra el órden establecido.

La complicación política entre los partidos orientales y argentinos se presentaba como inevitable, arrastrando á la república á un terreno peligroso en el desenvolvimiento de los sucesos de que era teatro la República Oriental del Uruguay.

El Paraguay, ó mejor dicho, su dictador el general Francisco S. López, asumió por su parte una posición espectante de los acontecimientos, y espiaba la oportunidad de ingerirse en ellos, contando con que estaba preparado para la guerra, y tendría entre nosotros el concurso del partido federal, esperanzado en resurgir al poder si aquélla república llegaba á triunfar, así que se produjera la contienda provocada por su tirano.

El imperio del Brasil se mostraba favorable á la invasión de Flores, no obstante las reiteradas protestas del gobierno de don Bernardo Berro; y á medida que aquélla ganaba terreno sobre el país, el gobierno brasilero le prestaba mayor protección, penetrando en el territorio oriental por la frontera de Cerro Largo un ejército de diez mil hombres á las órdenes del mariscal Mena Barreto, al mismo tiempo que el ministro Saraiva dirigía un ultimatum al gobierno de Montevideo, apoyado por una escuadrilla imperial que en son de guerra se movía en las aguas del Uruguay. La acción conjunta del Brasil con la revolución

colorada en el territorio oriental para deponer las autoridades legales, dió márgen al gobierno paraguayo para formular su protesta de 30 de Agosto de 1864, en la cual declaraba roto ó alterado el equilibrio de los Estados del Río de La Plata por la intervención armada de aquélla nación en los asuntos internos de un estado vecino.

El gobierno argentino había declarado, entre tanto, su neutralidad en presencia de los sucesos que se desarrollaban; pero los partidos tomaban popularmente la participación que su filiación política y sus simpatías les marcaban en la contienda civil que dividía á los orientales, con entera independencia de la actitud asumida por las autoridades.

La campaña emprendida por el general Flores tocaba á su término con el bombardeo y rendición de Paysandú por las fuerzas combinadas del imperio y de la revolución en 5 de Enero de 1865, y la convención de 20 de Febrero del mismo año, que puso á las fuerzas del general Flores en posesión de Montevideo.

El gobierno de López se adelantó á estos acontecimientos declarando de hecho la guerra al Brasil con el apresamiento de buques mercantes de la marina brasilera, anclados en la Asunción, á la vez que invadía con un importante ejército al mando del general Barrios, la lejana provincia de Matto-Grosso, para hacer efectiva su protesta contra la intervención brasilera en el Estado Oriental.

Mientras tanto, el gobierno argentino hacía esfuerzos por no mezclarse en la guerra, y rechazaba las reiteradas proposiciones de alianza que le hacía el gobierno imperial, invocando las circunstancias que colocaban al Brasil y á la República Argentina en una misma línea contra un enemigo común.

Como el dictador López se sintiera herido porque el gobierno argentino no le concedió el tránsito inocente de sus tropas para penetrar por la frontera de Corrientes al territorio brasilero, porque permitirlo habría sido violar las leyes de la neutralidad, aquel lanzó un numeroso ejército sobre esa provincia en Abril de 1865, y en 1º de Mayo siguiente se firmaba en la ciudad de Buenos Aires el histórico tratado de la triple alianza entre la República Argentina, el Imperio del Brasil y el Estado Oriental del Uruguay, para hacer la guerra al gobierno despótico del Paraguay, y repeler las invasiones armadas que había traído sobre las naciones aliadas, cuyas banderas había ultrajado, vulnerando audazmente su dignidad.

Todos conocemos las peripecias de esa lucha heróica, que duró cerca de cinco años, terminando con la muerte del tirano López y la destrucción del pueblo paraguayo; y ahora solo nos toca estudiar las consecuencias de ese memorable acontecimiento histórico, al volver sobre los importantes documentos que con él se relacionan, y que quedarán reunidos en las páginas duraderas de un libro.

Invitado el doctor Juan Carlos Gómez á presidir la comisión de periodistas que debía organizarse en Buenos Aires, con el objeto de recibir la guardia nacional á su regreso de la campaña del Paraguay, dirigió á *La Tribuna* la siguiente carta, cuyos términos dieron lugar al interesante debate que sostuvo con el general Mitre sobre la guerra del Paraguay y sus probables consecuencias:

"La guerra á un tirano es para mí santa siempre, sin preguntar la razón de ella.

"Por eso he simpatizado con la que Buenos Aires ha hecho á López, sintiendo que una funesta alianza haya esterilizado sus sacrificios.

"No tengo, pues, inconveniente para asociarme á toda manifestación, en honor de los que han combatido la tiranía, dejando á los hombres de Estado la responsabilidad de haber adulterado la lucha, y acepto y agradezco la distinción con que me han honrrado mis hermanos menores de la prensa."

El doctor Gómez calificaba de santa la guerra llevada al tirano López, lo que no le impedía condenar la alianza que lo derribó, echando la responsabilidad de ella sobre los que la celebraron, por haber adulterado la lucha y esterilizado los sacrificios hechos por las naciones aliadas.

Esta es una logomaquía á la cual el tiempo le ha quitado hasta la última sombra de razón, como lo han demostrado plenamente las ulterioridades de aquel trascendental suceso histórico.

La guerra contra el dictador López fué justa, necesaria y fecunda en grandes resultados para la seguridad de la República Argentina y la consolidación de la paz en los estados del Plata, y sus favorables consecuencias han sobrepasado á las mismas previsiones de los que la llevaron á cabo como una imprescindible exigencia del honor nacional, torpemente mancillado por los que tuvieron la insensatéz de provocarla.

No hay mal que por bien no venga, dice un antiguo adagio, y por cierto que él es estrictamente aplicable á la guerra del Paraguay, que en definitiva y cualesquiera que hayan sido los sacrificios que nos impuso, dió á la República una posición espectable en América, franqueándole las vías del porvenir por la solución virtual de gravísimas cuestiones que afectaban su integridad territorial y su futura armonía con los estados limítrofes.

Es verdad que la política argentina no fué bastante correcta en los asuntos orientales que se desenvolvieron de 1863 á 1865, si bien se explica que el partido liberal apoyase á los colorados y que el partido federal tratase de proteger á los blancos, invocando un principio de solidaridad creado por las circunstancias en que se encontraban esos partidos en ambas márgenes del Plata, pues debió ser prescindente por completo en la lucha civil que ensangrentaba al vecino estado.

El Brasil había ido más lejos aliándose abierta-

mente con el general Flores hasta colocarlo en el gobierno de Montevideo, pero nosotros nada teníamos que ver con la política imperial de entonces, desde que no estábamos en manera alguna ligados á la acción que ella ejercitaba en los sucesos orientales.

La prensa de la época, menos circunspecta que la actual, soplaba el fuego de la discordia, según sus simpatías, provocando al Paraguay y echando combustible á la hoguera que ardía en la contienda civil del Uruguay. Es claro que tal propaganda era extraña á la actitud de los gobiernos, los cuales podrían ser arrastrados al terreno de lo imprevisto en la ulterior combinación de los acontecimientos, como sucedió realmente después.

Declarada la guerra por López á la República Argentina, ésta tuvo que aceptar el reto á que se la provocaba, improvisando elementos para defenderse y repeler la invasión inopinada que se había traído á su territorio, sorprendiéndola en plena paz.

Se ha dicho que debimos dejar al Brasil medir sus fuerzas con el Paraguay, para que estas dos naciones se debilitasen, quedando de ese modo preponderante la república en el Río de la Plata; pero eso es pintar como querer, puesto que el Paraguay nos trajo la guerra brutalmente y no podíamos rehuirla ni esquivarla sin ignominia, y eso no se aconseja á un pueblo como el argentino celoso de su dignidad y de sus bien conquistadas glorias.

El tirano López invocaba el principio del equili-

brio alterado del Río de la Plata para hacer la guerra al Brasil, amagando al mismo tiempo la existencia del gobierno nacional argentino, que se hallaba empeñado en desbaratar la reacción interior para no ser tomado entre el doble fuego de traidores y enemigos extrangeros, como hubo de suceder más tarde.

El argumento capital formulado por el doctor Gómez contra el gobierno del general Mitre consiste en que éste se alió al imperio del Brasil para hacer la guerra al Paraguay.

Conviene tener presente que la alianza fué impuesta fatalmente por los acontecimientos, y que la más simple previsión aconsejaba aceptarla como una exigencia premiosa de las circunstancias y para salir airosos en la guerra á que éramos arrastrados por un enemigo bárbaro y poderoso.

Pero la alianza había sido ajustada con el imperio del Brasil, y ese era un error funesto, según el sentir de don Juan Carlos Gómez, que la historia nunca había de perdonar al general Mitre.

El tiempo ha reducido, despues de todo, á la categoría de banalidades sin sentido las profesías de los políticos de imaginación, que se entretienen en inventar quimeras para mistificar la opinión y obtener un pasagero triunfo sobre la obra de los hombres de estado que trabajan, meditan y sufren en la noble tarea de preparar á su patria un positivo y glorioso porvenir.

Las preocupaciones contra el Brasil han sido entre nosotros una obsesión de espíritus enfermizos, que va desapareciendo con los progresos de la razón pública, y el completo conocimiento que ahose tiene de su verdadera misión en el Río de la Plata. Debe decirse en su honor que siempre combatió á los déspotas, yendo con nosotros á Caseros en 1852 para echar abajo á Rozas, como fué al Paraguay en 1865, para acabar con la tiranía de López, que era una amenaza constante para la tranquilidad de estos países.

Las vulgaridades repetidas de que hacíamos la guerra por cuenta de la monarquía brasilera, que éramos meros auxiliares de su política para anular por nuestra propia acción las instituciones republicanas, levantando sobre nosotros la influencia de un imperio esclavócrata, han venido por tierra cubriendo de ridículo á los que las emplearon para combatir la única política salvadora de los intereses presentes y futuros de la República Argentina.

El Brasil hizo lealmente con sus aliados la guerra al Paraguay, y aunque éste fué sacrificado por los sangrientos caprichos de su tirano, quedó subsistente el principio de su independencia, no obstante la vocinglería de los que hablaban de la iniquidad del tratado tripartito, de la nueva Polonia Americana, y de que la República Argentina no era más que una factoría del aliado prepotente que nos

había dado la imprevisora diplomacia del general Mitre.

Hoy el Brasil es una república con instituciones análogas á las nuestras, ha hecho desaparecer la mancha de la esclavitud que afeaba su estado social y marcha resueltamente á identificarse con los principios más adelantados de justicia y libertad, que constituyen el timbre más glorioso de la democracia universal.

Los aliados respetaron la integridad de la república vencida, le perdonaron su indemnización de guerra y entregaron á la decisión de árbitros sus cuestiones territoriales pendientes, acatando la resolución de estos, aun á costa de sus derechos y de sus intereses.

No hubo pues conquista, absorción ni cercenamientos territoriales, como lo auguraban los enemigos sistemáticos del tratado de la triple alianza.

Merced á las consecuencias lójicas y directas de esa política, la República Argentina está definitivamente consolidada en el interior, y se halla en condiciones singularmente favorables en sus relaciones exteriores, porque no hay nubes que empañen su horizonte, desde que vive bien avenida con sus vecinos y tiene una posición holgada y espedita para posibles eventualidades, que no ha de provocar sin duda, pero que la encontrarían libre de temores y recelos que pudieran embarazar su acción, llegado el momento solemne de tener que responder á ellas.

La situación geográfica del Paraguay ha fomentado su aislamiento y perpetuado su atraso al extremo de no sentirse impulsado á regenerarse por la acción benéfica de las instituciones, que le habrían infundido nuevo espíritu emancipándolo de la educación jesuítica que recibiera en los tiempos de la conquista; pues por más que se pondere la eficacia de la colonización implantada bajo sus principios en las antiguas Misiones, ella falla en los resultados, desde que la civilización que formó no ha hecho más que exagerar el principio de autoridad, deprimir el carácter individual, matar los gérmenes fecundos de la riqueza por el trabajo en común, y engendrar con su vetusto espíritu la tiranía en las cimas de la gerarquía social y una enervante servidumbre en las masas inferiores.

Estos antecedentes históricos explican su vida de sufrimientos y su postracción actual, que no recordamos en son de reproche á ese pueblo heróico, sinó como una referencia á su génesis nacional, que da la clave para penetrar en las causas productoras de los hechos culminantes de su vida.

El pueblo paraguayo ha sido destruido como una dolorosa necesidad de la guerra hecha á su tirano; pero la culpa es suya, porque no quiso ó no supo distinguir entre la defensa de la patria y la defensa del tirano que lo aherrojaba resignándose ciegamente á perecer con él.

Había sido uno de los retardatarios de la primera hora, como lo llamaba Sarmiento; y así como no acudió á luchar por su independencia en los albores de la Revolución, tampoco se sintió movido por el sentimiento grandioso de la libertad para romper sus cadenas é incorporarse á la vida regeneradora de los pueblos democráticos.

Caramente ha pagado el derrotero hácia atrás que ha seguido en su evolución retrógrada, como si la Providencia hubiera querido someterlo á esa dura prueba para alcanzar su redención futura.

La triple alianza realizó su obra sin deshonrrarse con los exesos del triunfo, limitándose á llenar los objetos que se había propuesto, de vindicar la dignidad de los pueblos ofendidos, y poner témino al monstruoso despotismo de López, que era una vergüenza para la cristiana civilización de nuestros días.

Los detractores encarnizados de esa alianza, que calumniaron en sus móviles y en sus resultados, tienen que inclinar humildemente la cabeza ante el solemne desmentido que el tiempo ha dado á sus fracasadas previsiones, á tal punto que nadie se atreve hoy á acordarles el menor alcance histórico.

Los estadistas que han tenido la suerte de palpar las consecuencias de los actos que impulsaron como políticos en el gobierno del país, deben estar satisfechos de su obra, y pensar en que si bien es falible la lójica humana y limita-

da la sabiduría de los hombres, porque éstos no tienen siempre la visión clara de los acontecimientos, no ha faltado nunca al pueblo argentino una potencia superior que lo guiase por los tortuosos senderos de su accidentada vida, conduciéndolo al fin á la realización de sus inmortales destinos.

La guerra del Paraguay ha sido el suceso más trascendental en la existencia de estos países, después de su lucha homérica por la independencia, y los hombres y pueblos que la aceptaron con dignidad y la hicieron con valor abnegado, poniéndole un término glorioso con brillantes victorias, pueden esperar tranquilos el fallo de la posteridad, porque salvaron ileso el honor nacional, realzaron el brillo de nuestras armas, cimentaron la paz de estas regiones, afianzaron para siempre su seguridad territorial, y le dieron en el continente el más alto grado de preponderancia que haya alcanzado hasta nuestros días.

Las cartas polémicas sobre la triple alianza enseñan hoy más que cuando fueron escritas, porque sus asertos han sido confirmados al presente por los hechos en lo que tienen de verdaderos, quedando reducidos á polvo en la parte que no eran más que hipótesis inverosímiles ó ingeniosos recursos de dialéctica para responder á las exigencias de improvisados debates periodísticos.

Si el doctor Gómez solía levantarse á veces como

hombre de estado á la altura de las concepciones más brillantes, el general Mitre ha meditado seriamente sobre los graves problemas que se vinculan al presente y al porvenir del país, uniendo la acción á la idea en las soluciones que ha buscado como hombre de gobierno.

Su vida se ha movido entre estos dos polos del mundo moral: — la resignación y la esperanza. Por eso ha sufrido con estóica serenidad y nunca ha desesperado de la suerte de su patria, que contempla grande en sus visiones del porvenir por las descollantes calidades de sus hijos y los altos destinos que está llamada á realizar en el desenvolvimiento múltiple de la civilización moderna.

Júzguese de la obra verificada por el general Mitre como fundador de la nacionalidad argentina, después de tantas visicitudes y contrariedades, y se comprenderá la importancia histórica de su misión en la formación de nuestro ser político y en el desarrollo de nuestras instituciones, que ha ilustrado con su ciencia y acreditado con el respeto inviolable que siempre ha tenido por ellas, sin menoscabar jamás la libertad de sus conciudadanos.

Su acción en la dirección de los asuntos internacionales no ha sido menos importante, apartándonos de la alianza con Chile y el Perú contra España en 1866, de la alianza con Bolivia y el Perú contra Chile en 1873, y dirigiendo la guerra contra el Paraguay que puso de nuestro lado al

Brasil, nos quitó en López un enemigo temible, despejando de dificultades la tramitación de todas las cuestiones internacionales que tenía pendientes la República.

Los errores que, como todo hombre, ha podido cometer, han sido un accidente secundario en su gloriosa vida y llevan el sello de la honradez más acrisolada y del más puro patriotismo, rescatándolos ampliamente con la sinceridad de sus intenciones y la elevación moral que ha impulsado siempre sus actos.

No nos adelentemos todavía á los juicios severos de la historia, y esperemos que la opinión juzgue á cada uno según sus obras, discerniendo el mérito que les corresponda por lo que hicieron ó dejaron de hacer en bien de la patria á la cual debieron la consagración de todos sus afanes.

La Plata, Abril de 1897.

JACOB LARRAIN.

CORRESPONDENCIA CAMBIADA

ENTRE EL

GENERAL MITRE Y EL Dr. JUAN C. GOMEZ

Los guardias nacionales—Los aliados—Los paraguayos

Señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Mi querido amigo:

He leído su carta glorificando á la guardia nacional de Buenos Aires por haber combatido la tiranía del Paraguay, condenando al mismo tiempo la alianza, de la que V. hace responsable á los hombres de estado, por haber adulterado la lucha, esterilizando sus sacrificios.

Acepto la responsabilidad en mi nombre, y rechazo la glorificación que en tal forma viene, en nombre de mis compañeros de armas, y de mis hermanos de glorias y peligros, los soldados orientales y brasileros.

Los soldados argentinos serían indignos de haber desafiado la muerte á la par de orientales y brasileros, de haber derramado, á la par de ellos, su sangre en el campo de batalla, si en el día del triunfo recibiesen cobardemente el laurel con que se pretende ceñir sus sienes; á la vez que con ese mismo laurel se pretende azotar la frente de sus valientes aliados.

Si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados.

Si gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron á ella.

El que haya hecho más sacrificios, el que haya desplegado más virtud cívica, el que haya mostrado más constancia, ese será el que tenga derecho de hablar más alto al regresar á su hogar; pero no renegará á sus hermanos de la hora suprema del peligro, ni aceptará elogios á costa de ellos.

Presentar al soldado argentino una corona militar, con un letrero infamante para sus aliados en la campaña del Paraguay, no es una glorificación, es un insulto.

Explicar esto diciendo que se honra á los que han combatido contra la tiranía, es una contradicción, pues todos combatieron contra la tiranía; y es, más que todo, desconocer el verdadero carácter de la lucha, con desdoro de las nacionalidades aliadas y con ofensa de la humanidad y la moral.

Los soldados aliados, y muy particularmente los argentinos, no han ido al Paraguay á derribar una tiranía, aunque por accidente ese sea uno de los fecundos resultados de su victoria.

Han ido á vengar una ofensa gratuita, á asegurar su paz interna y externa, así en lo presente como en lo futuro; á reivindicar la libre navegación de los ríos, á reconquistar sus fronteras de hecho y de derecho; hemos ido como argentinos, sirviendo á los intereses argentinos, y lo mismo habríamos ido si en vez de un gobierno monstruoso y tiránico como el de López, hubiéramos sido insultados por un gobierno más liberal y más civilizado.

Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada de redención en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestro brazo al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrucción nacional y del experimento de un gobierno libre.

Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos que la sostienen ó la soportan.

Es una felicidad que, ya que hemos tenido que hacer la guerra al Paraguay, hayamos podido al mismo tiempo derribar un gobierno bárbaro y tiránico. Pero éste es un simple accidente de la lucha; no es ni el motivo ni el pendón que nos ha dado sombra en los gloriosos combates que hemos sostenido.

La necesidad imperiosa de la defensa, el derecho de repeler la fuerza con la fuerza, y móviles patrióticos que pusieron la espada en nuestra mano, pueden únicamente justificar esta guerra ante la historia.

Los resultados benéficos que esta guerra ha de producir para los presentes y venideros, sólo serán fecundos á condición de hacer justicia á todos los que en ella han tomado parte, haciendo partícipe de ellos á la misma República del Paraguay sacrificada por su tirano.

La filosofía, la humanidad, la moral desertarían de sus filas si hubiéramos ido á matar paraguayos y destruir el Paraguay para redimir un montón de ruinas y á un grupo de viudas y huérfanos, cubriendo con la bandera de la libertad el último cadáver del último sostenedor de su tiranía.

Ya he dicho á V. que tal lucha, además de insensata, habría sido criminal, y lo repito ahora.

Y para terminar de una vez, diré que el batallón de guardia nacional de mi patria que tenga la cobardía de colgar de su bandera victoriosa una corona militar en que se insulte á sus hermanos de armas, debe volver á sus aliados toda la sangre que han derramado á su lado en la hora del peligro y probar que fué el único que tuvo fortaleza en los campos de batalla, y que pertenece al único pueblo aliado que ha sido sabio en el gobierno, patriótico en el parlamento y viril por el aliento que la opinión pública le infundía.

A pesar de todo esto, soy siempre de V. su antiguo y afmo. amigo.

BARTOLOMÉ MITRE.

S/c. Diciembre 10 de 1869.

Réplica del Dr. Juan C. Gómez

Señor don Bartolomé Mitre.

Mi querido amigo:

Su carta me ha entristecido.

Las palabras que cambiamos ayer me hicieron esperar, ó una demostración luminosa como V. sabe hacerlas, de lo que deben el honor, la paz, la libertad, el porvenir de los Estados del Plata á la alianza brasilera, ó una confesión digna de un hombre de estado de altura, de haber padecido un error, cuyas consecuencias se esforzaría V. en reparar con todas sus fuerzas.

En su carta ha desaparecido el hombre de estado que debe á su país toda la sinceridad de su conciencia de los sucesos, y sólo se descubre el polemista hábil de la prensa que escapa de una dificultad por la tangente de una declamación sonora, para embotar el pensamiento con la entonación embelesadora de la frase.

Defiende V. á los soldados brasileros, cuyo merecimiento no he menoscabado, y filosofa V. sobre la política de las guerras de redención, que no he encomiado, protestándonos que acepta V. una responsabilidad que no está en su mano declinar, porque las responsabilida-

des no son el efecto de nuestra voluntad sino de un poder superior á nuestro libre albedrío.

¿Qué tiene que ver el comportamiento militar de los brasileros con el acto político de la alianza de los gobiernos?

El soldado brasilero se ha batido bizarramente, el pueblo brasilero ha conquistado la palma del sacrificio y del heroismo. Los pueblos y los soldados han cumplido una noble misión combatiendo á un tirano.

Estamos de acuerdo.

¿Por ventura la alianza de los gobiernos dió el sentimiento del honor á los pueblos y el aliento varonil á los soldados?

¿La alianza creó acaso de la nada pueblos y ejércitos, con tradiciones de gloria, de patriotismo, de abnegación y de energía?

No; todo eso existía, todo eso ha sido explotado por la alianza, y todo eso ha sido esterilizado, frustrado, derrochado en pura pérdida.

Te he comprado un palacio y me reprochas mi administración, podría alegar á su pupilo un tutor que le hubiese despilfarrado una fortuna con que comprar diez palacios.

La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso, que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirle, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo, era ser miope.

Está bien que los pueblos no se metan á redentores, ni se erijan en quijotes; pero no por eso escapan á su misión de redentores, y muchas veces, ni aun al papel de quijotes que los acontecimientos les imponen. Los go-

biernos ó directores de los pueblos cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar á los pueblos en las aventuras; pero faltan á su deber cuando mantienen á los pueblos desprevenidos, expuestos á los peligros, inconscientes de sí mismos é inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques *abatidos* de Curupaytí.

Un día los sorprendieron los sucesos, cayendo las hordas de López sobre la provincia de Corrientes, como llovidas de las nubes.

Un día se vió nuestro pueblo á brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, embrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momento para un hombre de estado, como Lincoln ó como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas á su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar á la victoria!

V. tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su reciente pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del ocho de noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido á entregar las llaves de la Ciudad de la Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir á López con nuestros solos elementos; hubiéramos sido vencidos y arruinados,

mientras hoy nadamos en oro y vamos á ceñir el laurel del triunfo á la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoismos de actualidad va á ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse, y justificar á los que con V. han hecho y sostienen á la alianza, de los siguientes cargos:

1º La alianza ha reducido á los pueblos del Plata á un papel secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasilera.

2º Principal actor en la lucha, la monarquía brasilera ha hecho su obra, y no la nuestra: deja establecida su conveniencia y suprimida la nuestra en el Paraguay.

3º No pudiendo esquivar la misión providencial que nos está impuesta, á pesar nuestro tendremos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, más tarde ó más temprano.

4º Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra á un tirano, en guerra á un pueblo: hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate; le hemos engendrado espíritu de causa; le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5º Hemos perpetrado el martirio de un pueblo que en presencia de la dominación extranjera simbolizada por la monarquía brasilera y no de la revolución que hubiera simbolizado sólo la república de los pueblos del Plata, se ha dejado exterminar hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6º La alianza acabará; pero el pueblo paraguayo no

se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón á pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la defensa de Montevideo y de Buenos Aires, á pesar de pesares.

Cuando tales sucesos ó tales debates vengan, no sé qué pensarà ó qué contestará V.

Ahora quizá me responda V.: allá me las den todas: *après moi le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

Un tercero en escena

Señores doctor don Juan Carlos Gómez y general don Bartolomé Mitre.

Debe ser de reglamento entre los hombres de estado llamarse recíprocamente *mi querido amigo* cuando tratan de poner de vuelta y media su capacidad y su tacto en los negocios públicos, pues veo que tal es el cariñoso tratamiento que se dan Vv. en las cartas que se están cambiando, á imitación de los reyes que se tratan de *mi querido primo* cuando sus ejércitos se están metrallando por quítame allá esas pajas. El *querido*, pues, hará las veces entre los hombres de estado que el *ilustrísimo* entre los brasileros; gente la más ilustre y excelente, á estar á los sobres de sus cartas y sus saludos por la calle.

Siendo, pues, á dos hombres de estado á quienes me dirijo, empiezo como empiezan ellos, de este modo:

Mis queridos amigos:

Y prosigo, siempre en el estilo de los hombres de estado.

He leído con tristeza, ó con alegria, pues esto no hace al caso y todo es lo mismo entre los hombres de estado, las cartas que se han cambiado Vv. con motivo de la guerra del Paraguay y la alianza de 1º de Mayo.

Las he leído de punta á cabo para distinguirlas de los programas electorales y de los mensajes de los gobiernos; y en el vivísimo deseo de que Vv. lleguen á entenderse como buenos y queridos amigos, me tomo la libertad de presentar á Vv. las dos siguientes observaciones, una sobre cada carta, á fin de que se entiendan, como he dicho ó como Dios los ayude.

El general Mitre dice que la alianza no ha hecho la guerra á un tirano por ser tirano, porque esto, más que una insensatez, sería un crimen. Copiaremos sus mismas palabras:

" Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestros brazos al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

" Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrucción nacional y del experimento de un gobierno libre.

" Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos, que la sostienen ó la soportan."

Vamos á ver, ¿qué hay que decir á todo eso? Ni Salomón habría hablado mejor, si en los bíblicos tiempos se hubiese sometido á discusión el derecho de intervención en los estados independientes. La doctrina del general es la buena y honrada doctrina. Ni V., ni yo, ni nadie,

mi querido Goméz, tiene un pero que poner á semejante evangelio.

Sin embargo, hay un cierto individuo que llamaremos don Tratado de Primero de Mayo, ó nuestro *querido* Tratado, si V. gusta, que tiene el antojo de levantar una bandera de oposición á la doctrina de nuestro general.

El artículo 6º de nuestro querido Tratado, dice de este modo:

"Art. 6º Los aliados se comprometen solemnemente á no deponer las armas sino de común acuerdo y hasta que no hayan derrocado la autoridad del actual gobierno del Paraguay, y à no negociar con el enemigo, común ó separadamente, ni firmar tratado de paz, tregua, amnistía, ni convención alguna para poner fin ó suspender la guerra, sino de perfecto acuerdo de todos."

El artículo 7º agrega:

"Art. 7º No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay sino contra el gobierno, etc."

¿En qué quedamos? Según la doctrina, la guerra actual es guerra de reparación, guerra nacional y de honor, en que para nada tiene que figurar el gobierno de la nación á quien se combate; guerra que hubiera debido hacerse lo mismo á un déspota que á un gobierno liberal é ilustrado; y según el tratado, la guerra tiene por único objeto la persona de López.

Vamos, mi querido Gómez, ahí tiene V. paño en que cortar. Ahí tiene V. la explicación del rechazo á las aberturas pacíficas en Yatayti Corá, de la prosecución de la guerra después de Humaitá, después de Timbó, después de las Lomas, después de la Asunción; la explicación en fin de esta guerra actual, sangrienta, costosa, insostenible, en la persecución de un oso que se escapa por entre las selvas del Alto Paraná, pretexto magnífico para la devas-

tación y la ruina del Paraguay por medio siglo, sin que se pueda dejar de perseguir al oso, porque el tratado así lo manda, ó de faltar á la fe pública, cargando con las consecuencias de la violación del tratado.

¿De quién nació ese artículo? ¿Quién formuló de un modo tan insensato y tan criminal el propósito de la guerra que no debió ser contra gobierno ninguno, sin ser una insensatez y un crimen, según la exposición de la doctrina actual?

Vamos, doctor Gómez, ahí tiene V. paño en que cortar, le repetimos. Esa cuestión es digna de V., porque es digna de los hombres de talento; y no como cuestión retrospectiva, sino como cuestión actual, porque estamos en ella, y porque de ella puede desprenderse, antes de mucho tiempo, una situación nueva y más tremenda aun al Río de la Plata.

Es necesario que el general Mitre, cuyo patriotismo nadie excede, cuya honradez política está más arriba de las vulgaridades y cuyo talento es una propiedad de la nación que lo ha estimulado y robustecido con su aliento, se persuada que debe á su patria, á sus amigos, á la posteridad, explicaciones francas é históricas sobre el alcance de las estipulaciones del tratado á cuyo pie se registra su nombre. El tratado ¿nos obliga á perseguir á López, á la persona de López, como dice su texto, por todos los bosques del Paraguay, Matto Grosso, ó nos deja la libertad de poner término á la guerra en alguna parte? ¿Tenemos que ir toda la vida á remolque del Brasil hasta no dejar un árbol sobre la superficie paraguaya, ó tenemos el derecho, sin faltar al compromiso de la alianza, de declarar que la guerra se encuentra terminada? ¿Está convenido que terminada la guerra por nuestra parte, el Brasil pueda continuarla por la suya, sirviéndose de nuestro territorio para arsenal y

almacén de provisiones, en su guerra contra el Paraguay, cuando nosotros no estamos ya en guerra con esa república?

Vamos al otro.

¿Qué es esto, mi querido general? ¿Cómo ha descuidado V. el preguntar á nuestro amigo Gómez la fecha de esa alianza de que tanto se queja?

Esa fecha es toda una cuestión histórica, ó mejor dicho, es la filosofía de toda una historia.

Propiamente hablando, el Paraguay había declarado la guerra al Brasil en 31 de Agosto de 1864. Desde aquel día, el Brasil estaba insultado en su bandera y en sus derechos; y las hostilidades estaban comenzadas, puede decirse también, entre esa república y ese imperio, cuando el 11 de Abril de 1865 fuimos insultados atrozmente por el Paraguay en la provincia de Corrientes.

Desde ese momento nuestra posición era clara y definida: éramos aliados de hecho con el imperio del Brasil.

A una invasión no se contesta con una nota diplomática. Era necesario el empleo de las armas. El Brasil aprontaba ya las suyas contra el enemigo común. ¿Qué éramos entonces ante la verdad del derecho y de los hechos? Aliados contra un enemigo común, requiriéndose apenas el protocolo diplomático para ajustar los medios y los propósitos de esa alianza.

Estigmatizar, pues, esa alianza, no partiendo sino de los procederes paraguayos contra el Brasil y la República Argentina en 31 de Agosto del 64 y en 11 de Abril del 65, es colocarse en un terreno insostenible, porque no puede ser condenado ni censurado siquiera aquello que es la imposición irresistible de los sucesos.

Colocarse en esas fechas, es presentar la juntura de la coraza para que entre la espada del enemigo.

El error es de fechas.

La alianza con el Brasil no proviene de Abril del 65, sino de Mayo del 64.

Desde la presencia del almirante Tamandaré en las aguas del Plata, y de los generales Neto y Menna Barreto en las fronteras orientales, se estableció la verdadera alianza de hecho entre los gobiernos brasilero y argentino, en protección de la inicua revolución del general Flores contra el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental, y con él cual no había cuestiones que pudieran pasar de las carteras diplomáticas.

Los intereses de un caudillo ríograndense colocaron al gobierno imperial en la disyuntiva, en Marzo del 64, de sofocar con las armas, en la provincia de Río Grande, algún desacato á la autoridad soberana, ó de fusilar orientales, complaciendo al general Neto en sus pretensiones de auxiliar al revolucionario Flores.

La cosa no pareció grave y se decidió el Brasil por fusilar orientales.

En Buenos Aires la disyuntiva era poco más ó menos la misma. Al presidente Mitre no repugnaba menos la invasión de Flores que á don Pedro II. Pero el presidente Mitre no tuvo cerca de sí sino un solo hombre que alentase su honrado pensamiento de neutralidad.

Ese hombre tiene documentos para probar que ese pensamiento fué sincero, leal y concienzudo en el presidente argentino: pero ese hombre nada podía contra las maniobras de los secretarios de estado.

La disyuntiva para Mitre era ésta: ó pedir á sus cinco ministros la renuncia, destituir á todos los empleados de la capitanía del puerto y hacer saber á sus empleados militares que él era el general en jefe de su ejército, y al pueblo de Buenos Aires, que el presidente de la república es el encargado de las relaciones

exteriores de su país y que no puede haber gobierno neutral y pueblo aliado, ó cerrar los ojos y dejar que fuese de aquí todo lo necesario para hacer más divertido el metralleo brasilero.

Tampoco la vacilación fué larga en Buenos Aires.

Ambos gobiernos, brasilero y argentino, se aliaron en propósitos y medios desde ese momento infausto, y bajo las inspiraciones de una debilidad criminal y de una política cobarde.

Y ese es el verdadero momento histórico de la alianza de los dos gobiernos.

La revolución oriental, pues, es el punto de partida de la alianza actual.

¿Cómo habla entonces nuestro querido Gómez de la alianza del 65? ¿Por qué no habla de la alianza contra el Estado Oriental, que es la única que pudieron evitar los gobiernos y que no supieron evitar?

La alianza del 65 no es sino una consecuencia de la alianza del 64, ó, mejor dicho, es la misma alianza en diferente teatro.

Se comenzó por insultar la soberanía oriental, cuyo gobierno era, en esos momentos, una garantía de orden y de paz para sus vecinos.

¿Qué mucho que se haya insultado después la soberanía paraguaya, que al fin nos infirió una ofensa por la mano de su gobierno?

Ahí tiene V. hilo para el telar, mi querido general.

¿Por qué echar en cara á los estadistas argentinos la responsabilidad de la alianza con el Brasil, sin acordarse de que los estadistas orientales, en el partido colorado, son los únicos y verdaderos responsables de esa alianza?

En protección de ese partido colorado vinieron los brasileros. Fué ese partido colorado quien arrastró á

los Elizalde y á los Gelly, en el gobierno, y á los Lezama, Obligado, Martínez y qué sé yo cuantos otros, en el pueblo, á llevar los elementos oficiales y particulares á formar en las filas de la ya establecida alianza entre colorados é imperiales.

Es verdad que ese partido colorado tiene más divisiones y subdivisiones que una caja de paciencia china; pero esa teología de nombres dentro del mismo círculo colorado hace muy poco á la cuestión.

Los colorados fueron los primeros aliados del Brasil desde Mayo de 1864. La serpiente envolvió poco después en Buenos Aires á los amigos de los libertadores como Flores y á los que creían tener en su bolsillo á los Tamandaré y á los Saraiva, y desde entonces quedó establecida de hecho en el Río de la Plata esa triple alianza que sólo repugna desde 1865 á la más notable de las inteligencias del partido colorado, de ese partido que la aceptó muy alegre en 64 para con Flores y Goyo Suárez, libertarse de Berro y su ministro Herrera.

Diga V., pues, mi querido general, que á hombres de la inteligencia de Gómez no les es permitido anacronismo de ese género. No es permitido dar tanto á la alianza contra López sin dar un pellizco siquiera á su señora madre la alianza contra Berro.

Y por último, que en este negocio de la alianza no puede haber degollación de santos inocentes, pues con una media docena de excepciones, en los partidos militantes todos tienen pecado de que confesarse.

Pero para entrometimiento esto va largo.

Estoy metiendo cuentos á los dioses, y si continúo me expongo á que el Olimpo me haga sentir sus iras al golpe de sus rayos.

Dejo los cuentos, junto las manos de los dos amigos y con la voz de Eneas cuando invocaba á Júpiter y á su madre Venus para que salvasen las naves que guardaban las reliquias de Troya y pudiesen llegar algún día al suspirado Lacio, les ruego que se dejen de hacer historia porque las historias son las que nos pierden, y se ocupen de salvar las tres naves del Río de la Plata que guardan las reliquias de la antigua república, y propendan á que lleguen al deseado Lacio de su independencia, que no tienen, á pesar de sus banderas y sus Actas, como no la tuvo en cierto tiempo la nave de Portugal hasta que un cierto marqués de Pombal, levantándose de mal humor una mañana, dijo á la nave de Albión: "Portugal está cansado de aguantaros"—y eso bastó.

Lo mismo que habría de suceder si un día se recordase Sarmiento con alguna de sus genialidades y dijese á la nave del Cruzero: "Vaya, caballeros; basta de echar pelos en la leche." Y eso habría de bastar, no más, como bastó la célebre frase del marqués de Pombal, porque no hay en este mundo nada más poderoso que el derecho.

Pero no penséis, mis queridos amigos, que pueden salvarse las naves del piadoso Eneas, con sólo la voluntad y la elocuencia individuales; es necesaria otra cosa más grande que vosotros, es necesaria la potencia de la opinión pública. Pero no de esa opinión pública de cuarto á la calle y que se disfraza con los nombres de mi partido, del partido enemigo, de los unitarios, de los federales, de los blancos, de los colorados. recogiendo no sé cuántos cascos enmohecidos de la vieja metralla de nuestras miserias. No; todo eso es bueno para apedrearse en las luchas eleccionarias. Para salvar las naves se necesita el poderoso apoyo del Júpiter de la

opinión nacional, sin nombre propio en el gobierno, sin partido dominante ó caído, sin embozo, sin intriga, levantando en el brazo de la República Oriental y Argentina la bandera de una política que flamee á la luz del sol, que no inspire odio contra el Brasil, porque el Brasil no hace sino lo que á sus intereses conviene, sino amor á nosotros mismos para hacer lo que á nuestros intereses convenga.

Política de unión, de confederación, de reconstrucción (no temáis la palabra), no para hostilizar la autonomía monárquica del Brasil, sino para defender la autonomía republicana de nosotros mismos.

Estamos acostumbrados á la política de los gobiernos que no sirven ni han servido nunca para maldita la cosa. Hagamos, pues, alguna vez la política nacional; que es la que ha hecho los grandes acontecimientos de la historia, cuando el mundo carecía de los elementos de propaganda que hoy le sobran. Traigamos al Brasil mismo, por su interés bien entendido, ya como estado limítrofe, ya como miembro de la América, á la colaboración de un gran pensamiento, deteniéndole en la prosecución del judío errante en ese camino sin término de sangre, de odios en que está caminando hace medio siglo, empujado por su pequeña política, en este obscuro laberinto de los pequeños estados que nos rodean, con sus pequeños odios, con sus pequeños partidos, con sus pequeños protectorados.

No hagamos pedazos á los gobiernos, porque nos descuartizamos nosotros mismos; no hagamos tantos partidos para tener el gusto de insultarlos, porque el Plata llora y el Cruzero ríe.

Gómez en su país, Mitre en el suyo, tienen la obligación de hablar y tienen el derecho de hacerse oir con respeto. Hablad, pues; pero hablad de lo que se ha de

hacer, y no de lo que se ha hecho, porque eso lo saben todos, desde que nadie deja de saber lo que le duele.

Es un error de criterio político pensar que la guerra al Brasil es necesaria y que esa guerra nos conviene. Error gravísimo.

Cuando alcanzásemos la victoria, ya no tendríamos fuerzas ni para llevar los laureles á nuestra cabeza.

Cuando el Brasil triunfase, ya no habría sobre el Atlántico ni un Brasil geográfico siquiera.

Lo que nos conviene á nosotros como al Brasil, es la paz perpetua, sólida, fundada sobre las bases graníticas de la paz y la grandeza de cada uno; pero esto no se consigue poniendo de contrapeso al Brasil estados microscópicos que viven revolcándose entre el odio de sus bandos y que estimulan con su corrupción los instintos aspirantes de su astuto vecino.

Ese gran *desiderátum* se consigue con la fuerza que viene de la unión, con la unión que viene de la conveniencia bien entendida de todos.

Sin esa idea grande, salvadora y fecunda, sin ese Gólgota de la resurrección, ¿dónde termina la *via crucis* del Brasil y las repúblicas del Plata? Mañana acabaremos la guerra con el Paraguay, y empezaremos con las cuestiones de navegación y de límites, de protectorados y de influencias, de ingratitud y de reproches, y los partidos orientales y argentinos entrarán á su eterna competencia por saber quien se queda con el Brasil para que lo ayude á fusilar á sus enemigos, y volverá el Brasil á su eterna preocupación por saber cual partido le ofrece más territorio, más sometimiento á su influencia, más facilidad de gastar mayor número de millones y vidas brasileras para no sacar más que algún pedazo de desierto y algunas rechiflas de lo mismo que proteje en su delirante ambición de meterse entre

sus vecinos porque sus vecinos no tienen el poder de meterlo en su casa para siempre, en beneficio de ellos y de él mismo.

El Brasil también tiene sus partidos decrépitos y gastados. Tiene también una generación nueva é ilustrada que quiere sacudirse de esa herencia de las guerras del sur que no han servido sino para empobrecer el norte del imperio, y que al paso que llevan esas guerras han de arrancar para siempre aquellos preciosos florones de la corona de Braganza.

Tenéis á vuestro servicio la historia de estos países.

Tenéis á vuestras órdenes el concurso poderoso del convencimiento general, que en todas partes del Plata clama por una unión que entone y robustezca la fuerza y la virilidad de estos países. Sólo los tontos y los aduladores de las vanidades cobardes no estarán á vuestro lado.

Tenéis, por último, al Brasil mismo para discutir esta inmensa revolución en la existencia y en el porvenir de esta región de América.

No confundáis el pueblo brasilero con esas ediciones nuevas de libros viejos de los partidos dominantes de aquel imperio, que no han sabido hacer otra cosa que vivir de las tradiciones de 1825.

Confiad en todos; pero más que en todos, en el derecho y en la santidad de vuestro propósito.

¿No habéis pronunciado alguna vez, señores Mitre y Gómez, la palabra Confederación del Plata? ¿No habéis mostrado otra vez la punta de esa bandera? Pues éste es el momento de que la despleguéis á la luz del sol, vosotros que tenéis el derecho de ser oídos en vuestros respectivos países y tenéis la obligación de hacer algo por los pueblos que han hecho tanto por vuestra reputación.

¿No es mejor eso que estar escribiendo historias con vinagre, é historias mal hechas, que es lo peor?

Soy todo vuestro, mis queridos amigos.

X. X. (1)

Diciembre 14 de 1869.

---

(1) *X. X.* es el poeta argentino José Mármol, entonces ministro plenipotenciario en la corte de Río de Janeiro.

Contestación del General Mitre

Al doctor don Juan Carlos Gómez:

I

Se ha dicho en una polémica entre dos buenos amigos y antiguos correligionarios como nosotros, que combatir los errores de sus adversarios es el placer de la lucha intelectual.

Combatir los errores de sus amigos, es uno de los deberes más dolorosos de esta lucha, sobre todo cuando los amigos sirven inocentemente al triunfo de los errores del enemigo.

Usted, pretendiendo glorificar á los soldados argentinos por haber combatido á un tirano, condenó á la alianza y á los aliados que lo han vencido. haciendo de ello un crimen á los hombres que tal resultado daban.

Ante mi protesta en nombre de mis compañeros y hermanos de armas, V. retrocede y declara heroicos y dignos á todos los pueblos y á todos los soldados de la alianza.

Ante la aceptación franca y tranquila de mi responsabilidad, V. me abre un proceso y supone en mis labios las palabras vergonzosamente egoistas de Luis XV *(après moi le déluge)* que ningún acto, ninguna palabra

de mi vida pública ó privada autorizaba á nadie para aplicarme, y á V. menos que á nadie.

De aquí la discusión incidental de nuestras respectivas individualidades en la política contemporánea, en que yo he sido uno de tantos obreros metidos en el barro del trabajo y el polvo del combate, y V. el genio fatídico ó el querubín alado que ha levantado su vuelo después de producidos los hechos, para anunciar las derrotas del futuro á los vencedores del presente, en vez de ponerse de nuestro lado para prevenirlas, en vez de confortarnos en la fatiga no terminada, en vez de prestarnos el auxilio de su bella inteligencia para fecundar las semillas del bien depositadas en el limbo de la labor humana.

A esto me contesta V. trazando á grandes rasgos una parte de mi biografía política y militar, presentándome como el humilde servidor de la política de la Providencia.

Gracias, amigo. Es el más alto elogio que podía hacerme. Como se lo decía á Sarmiento en el banquete de la fraternidad, al descender de las altas regiones del poder entregándole las armas del combate y del trabajo: "¿Qué somos nosotros? Dos pobres hombres, instrumentos en las manos de la Providencia que gobierna el destino de los pueblos á despecho de nuestra flaqueza y de nuestros errores, haciendo prevalecer la lógica ante la cual todos nos inclinamos, como el compás traza el círculo matemático que simboliza la eterna inteligencia del divino geómetra."

Gracias; porque al menos me reconoce que nunca deserté la fatiga ni el peligro; que nunca me sublevé, en nombre de las inspiraciones del orgullo, contra los errores y desfallecimientos de mi época; que nunca me retiré á mi tienda como dándome los aires de un nue-

vo Aquiles, permaneciendo por el contrario al pie de las murallas de la *Nueva Troya* del Plata para participar de sus miserias con Melchor Pacheco ó sin él, mientras otros subían á las naves coronadas de flores y daban la vela al viento en busca de la risueña Grecia para profetizar en el festín lejano la caída del pobre caballo de palo que encerraba los destinos de una causa y la victoria de una idea.

II

El 7 de Diciembre de 1852 esa causa triunfante iba á sucumbir, y la idea que la simbolizaba, encerrada en el estrecho recinto de la plaza *de la Victoria* de otra nueva Troya del Plata, iba á dar un nuevo y decisivo combate en presencia de cinco mil sitiadores que intimaban rendición á un pueblo que veía pasear por sus calles las sangrientas insignias de la antigua mazhorca.

Supone V. que "en tal situación yo declaré imposible la defensa, resignándome á pasar bajo las horcas caudinas de la reacción."

Permítame decirle á V. que sus apuntes históricos están errados, como su cronología de la guerra del Paraguay.

Apelo al testimonio de mis amigos y enemigos de hoy y de entonces, para declarar si es cierto ó no lo que voy á decir.

El doctor don Valentín Alsina resignó el gobierno, retrocediendo ante la guerra civil, no queriendo que tomase el mando de una columna para ir á sofocar la revolución en la misma Villa de Mercedes, como yo se lo proponía.

El gobierno que sucedió al doctor Alsina abría negociaciones con el enemigo, al parecer triunfante, y ban-

das de caballería con la divisa colorada cruzaban las calles de la ciudad de Buenos Aires.

Al entregar el gobierno el doctor Alsina al general Pinto, su sucesor, me propuso continuar en el ministerio.

Y le contesté que tenía mi caballo ensillado á la puerta de la casa de gobierno para ir á cumplir un deber más sagrado.

A caballo una vez y con los pies bien afirmados sobre los estribos, me quité en media calle el frac negro de ministro y me puse la casaca militar que me trajo un sobrino de Rozas, que quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rozas me alcanzaba mi espada y mis pistolas. Al pasar al galope por la barbería del barbero de Rozas, frente al Colegio, fuí saludado por la carcajada de los que ya se creían vencedores. Al llegar á la plaza, el Comandante Conesa (entonces), me dice: "Coronel: mi batallón se ha sublevado y mi cuartel lo han tomado." — "Vamos á retomarlo", fué mi contestación. Proclamé en seguida á veinte guardias nacionales que estaban en la esquina del Coliseo, hoy teatro de Colón. Los hijos de Florencio Varela, inspirados por el valor cívico de su ilustre padre, contestaron mi proclama golpeando el tambor con brazo varonil. Noventa corazones valerosos de noventa guardias nacionales latían al compás del toque de alarma; y me siguen por la calle de 25 de Mayo, en medio de una procesión de mujeres que salían á las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida. Llegamos al Retiro: son rechazadas las bandas de caballería que lo ocupaban; se reconquistan los cuarteles y los batallones perdidos; nuestros fusilazos dispersan la reunión que estaba tratando de paz en nuestro mismo Parque de artillería; establezco el primer cantón de la defensa; trazo la primera trinchera; coloco la primera escucha; organizo con Villa la primera

guerrilla de caballería del sitio, y á la tarde de ese mismo día, hombres, mujeres y niños pueden venir á pasear en la plaza del Retiro, bajo la protección de la intrépida guardia nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado bajo mis órdenes.

Desde ese momento quedó organizada la defensa de Buenos Aires, salvándose una vez más el recinto sagrado de la ciudad que encerraba la última esperanza de la libertad argentina.

El mismo D. Lorenzo Torres, á quien da V. la gloria de esta defensa, con menoscabo de mis conciudadanos, para quienes la reivindico toda entera, tuvo que hacerse el editor responsable de esta gloriosa resistencia, á que el general Paz dió carácter y el general Hornos nervio y que tuve la fortuna de sellar con mi sangre, cayendo derribado de un balazo del mismo caballo que había montado en la plaza de la Victoria el 7 de Diciembre.

Desde ese día surgió una nueva entidad viril, en la que nadie tenia fe, de la que nadie esperaba nada, que fué la guardia nacional al servicio de la civilización y de la libertad; desde allí cesó el predominio de la campaña sobre las ciudades; se templó la bayoneta, se quebró la chuza y fué herido de muerte el caudillaje, obligando al general Urquiza, que había venido en su apoyo con todas las fuerzas de la Confederación, á embarcarse montado en una mula de su coche, acompañándole don Vicente Fidel López que es el nuevo heroe que V. nos desenvaina para empequeñecer el triunfo del pueblo sobre los caudillos.

El doctor don Vicente Fidel López había dicho en las memorables sesiones de Junio (en que todos fuimos actores y ninguno fué actor), que debían aceptarse todos los hechos consumados por la fuerza, porque estos países no podían organizarse, vivir, sino bajo la protección

de esos que se llamaban los caudillos. Mi contestación es histórica. El manifiesto de la revolución de Setiembre, escrito por mí, imprimió su carácter á aquel movimiento poniendo á un pueblo frente á un caudillo y desafiándolo valientemente á la batalla, á despecho de esas teorías tradicionales de la impotencia que V. evoca hoy, alzándolas del polvo de la derrota.

No; la situación actual de la república no está basada en el caudillaje, ni en los gobiernos personales de que el doctor López fué el teorizador. Esa entidad fué vencida por la resistencia de Buenos Aires, que V. pretende en vano desvirtuar hoy, con menoscabo del pueblo triunfante, siendo la refutación más elocuente que pueda hacérsele el espectáculo de ese mismo pueblo, dueño de sus destinos después de largos trabajos y memorables combates, en que no ha habido caudillos por nuestra parte, ni prestigios personales, ni intereses sórdidos, ni capitulaciones cobardes con los principios, sino coraje, virtud cívica, fe en los destinos de la democracia y desprecio por el encumbramiento pasajero de las influencias bastardas que no sean la expresión y la emancipación del pueblo. Esta entidad colectiva, caudillo múltiple, ha presidido á la gloriosa resistencia de Buenos Aires, en nombre de la libertad y de la dignidad humana que otros renegaron antes, y que V. niega hoy como Galileo, en presencia de este mundo político que se mueve obedeciendo á las leyes de la mecánica divina, de la cual don Vicente Fidel López es, según V., el Laplace, mientras que yo lo atribuyo á su verdadero y único autor, colocándome como uno de tantos entre los humildes instrumentos de la Providencia, de que V. reconoce hemos sido fieles y obedientes servidores y de que V. mismo ha sido valeroso defensor.

V. mismo proclama la verdad al sostener que esta si-

tuación es el triunfo del acuerdo de San Nicolás, contra el cual protestamos, y que desgarramos al dar á la Constitución la base de la soberanía popular bajo los auspicios de la reforma y á la sombra de la bandera popular triunfante.

La modesta gloria de haber servido humildemente á esa idea, vale más que la corona del caudillo omnipotente, y más que la protesta impotente del que, lejos de la acción, condena el trabajo y maldice la cosecha porque todos y cada uno de los obreros que concurrieron á esta labor colectiva no fueron Césares, Napoleones, Bismarcks, sin comprender que la pequeñez de las individualidades agranda la obra común para bien de todos, inclusive de los mismos que la renegaron en la hora del peligro y la niegan en el día del triunfo.

III

Cepeda es la continuación de la gran batalla entre el caudillaje y el pueblo.

Con seis mil hombres presentamos batalla á quince mil.

Con tres mil soldados de infantería, que quedaron firmes en su puesto, dominamos el campo de batalla, salvando el honor y las legiones de Buenos Aires con tres cartuchos en cada cartuchera y cinco tiros por cañón, razón que le explicará porque no fuí al Rosario.

Vencedor en un combate naval para abrirme un paso hacia Buenos Aires con los restos del ejército, V. me aconsejó me hiciese dictador, montando á caballo, con látigo en mano, obedeciendo á esa obcecación que le persigue de los hombres omnipotentes que son la negación de la libertad y fuera de los cuales no comprende V. nada grande en los pueblos movidos por la inteli-

gencia colectiva, por la razón pública, por la conciencia humana, ante la cual las inspiraciones individuales son fugaces exhalaciones.

Vino el 8 de Noviembre y todos desesperaron. La Legislatura, apoyada en una parte del ejército, conspiró contra la situación. El miedo fué su poderoso auxiliar. Tejedor trató con Urquiza. Sarmiento estuvo por la aceptación lisa y llana de la Constitución que emanaba del acuerdo de San Nicolás. La mayoría de la convención de Buenos Aires, acaudillada por don Vicente Fidel López, pretendía hacernos pasar bajo las horcas caudinas de la Constitución á libro cerrado y á título de vencidos.

Fué entonces que en las mismas columnas que había dejado V. huérfanas de su brillante pluma, abrimos campaña en favor de la reforma de la Constitución, para salvar el derecho de Buenos Aires y dar á la organización nacional una base sólida y popular.

Esta idea triunfó en la convención de Buenos Aires, y la hice triunfar en la convención nacional, con el auxilio del mismo Derqui y del mismo Urquiza, poniendo á la Constitución nacional el sello de nuestra libre y soberana sanción, y arrojando al viento los últimos pedazos del acuerdo de San Nicolás.

Si llamé á Urquiza hombre expectable, es porque realmente lo era el que no había abusado del miedo de sus enemigos y se había inclinado ante nuestro triunfo moral en presencia de la *Orden del día* que dí al ejército, declarando que se retiraba vencido sin poder pisar el recinto sagrado de la ciudad de Buenos Aires.

Cuando lo llamé á Buenos Aires, como huésped, lo recibí como debía, en el nombre y en el interés de la paz que la buena fe buscaba y deseaba. El pueblo, que también la quería, lo recibió con gesto sombrío. Reu-

nidos en la municipalidad, en medio de una atmósfera amenazadora en que de un momento á otro podía estallar de nuevo el rayo de la guerra, cuando todavía no estábamos preparados á ella, el señor Sarmiento, mi ministro entonces, se acercó á mí y me dijo al oído: "La posición es mala".—"*Il faut l'emporter!*" fué mi contestación. Tomé la copa de la amistad, y dije: "Saludo al general Urquiza, que retrocedió ante la revolución de Setiembre, y que hoy vuelve, desarmado, como si fuera un Wáshington, al seno del mismo pueblo que le arrojó antes á balazos, inclinándose ante su soberanía y ante su libertad." Esta escena es histórica, y apelo al testimonio del pueblo que la presenció, y que desde ese momento entra en la corriente que inducía al triunfo de las reformas de la Constitución á que pusimos nuestro sello. El general Urquiza derramó en aquel momento nobles lágrimas que le granjearon el aprecio de los presentes.

Cepeda había probado que la infantería de Buenos Aires era invencible.

La política seguida después de Cepeda nos dió aliados de causa en toda la república, y el partido liberal, debilitado por los sucesos de Noviembre, se hizo un poder nacional.

Robustecidos política y militarmente, pudimos ir con la misma tranquilidad á la incorporación, si se nos aceptaba con nuestra bandera, ó á la guerra si se desconocía nuestro derecho.

Vino la guerra.

El doctor don Adolfo Alsina, actual vicepresidente de la república, me dijo que él no creía en la victoria; pero que me acompañaría de todos modos á morir por la causa de Buenos Aires.

Yo le contesté que necesitaba compañeros para triun-

far y no para morir. El señor Sarmiento, que estaba presente, me preguntó: ¿Con qué cuenta V. para triunfar?—Con dieciocho batallones de infantería.—No los veo.—V. los verá en el campo de batalla.—Y con 17 batallones triunfamos en Pavón.

Pavón es la grande victoria del gran partido de la libertad argentina. El triunfo militar fué de la provincia de Buenos Aires. El triunfo moral y político fué de las provincias todas, sin cuyo concurso hubiéramos tenido que repasar el Arroyo del Medio. Por eso fuimos fieles á la Constitución reformada que habíamos jurado. Por la primera vez subió el partido liberal al gobierno, haciendo prácticos los beneficios de la nacionalidad y de la libertad para todos. Los mismos vencidos tiraron de su carro de triunfo, inclusive el mismo general Urquiza, á quien le dije públicamente y por escrito, que si aceptaba su sometimiento para los grandes intereses nacionales, "no aceptaba su concurso en una obra que debía llevarse á cabo por principios y elementos opuestos y contrarios á los que él había sostenido".

La unión nacional se hizo; la época de los gobiernos personales se cerró para siempre; el orden constitucional fué una realidad; las últimas resistencias del caudillaje fueron vencidas en nombre de la ley; la transmisión del mando supremo se efectuó en paz y libertad; él fué entregado en toda su integridad, dejando en el gobierno al gran partido de la libertad triunfante, y á él le toca mantenerse en el gobierno por la fidelidad á sus principios, para no pasar por el oprobio de entregar las banderas del poder á sus enemigos vencidos, que tendrían razón de ser si nos mostrásemos incapaces del ejercicio firme y tranquilo de la autoridad, é indignos de la libertad que tantos sacrificios cuesta.

Estas son páginas auténticas, arrancadas del libro

de la historia contemporánea en el mismo orden en que V. las ha evocado contra mí, y que, en honor de mi causa y de mi bandera, hoy levanto para dejar bien establecida la verdad.

IV

Del caos que quedó después de Pavón surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo de una ley común, como lo declaró solemnemente el Congreso argentino, libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad, pudimos afirmar el juramento de la Constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en las aventuras de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura.

Merced á esto, la guerra del Paraguay nos encontró unidos y reunidos, y desarmados los partidos y preparados á hacer respetar nuestro derecho, así en la paz como en la guerra.

Cualquiera otra política hubiera dado la preponderancia al Paraguay en los asuntos del Río de la Plata, alentando las resistencias latentes contra el nuevo orden de cosas.

Comprometidos todavía en el difícil experimento de un gobierno libre, que tenía á la vez que completar la unión y la organización nacional, vino la guerra del Paraguay.

Como lo hemos observado antes, el Paraguay estaba en guerra con el Brasil.

El Brasil era, por consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho.

El hecho se redujo á protocolo, y el tratado de la triple alianza fué firmado sobre el tambor por los mismos

combatientes que iban á sellarlo con su sangre, y en presencia del enemigo común que había invadido nuestros respectivos territorios.

Orientales y argentinos contribuyeron á rechazar la invasión paraguaya en el territorio brasilero del Río Grande.

Los brasileros contribuyeron á rechazar la misma invasión paraguaya en el territorio argentino de Corrientes.

En seguida nos lanzamos unidos sobre el territorio enemigo, resueltos á dar en tierra con el bárbaro gobierno que nos había provocado á la guerra, buscando en esto la garantía para la paz futura de estos países, á la vez que el desagravio de la humanidad, y por accidente, de la libertad del pueblo paraguayo.

V. encuentra malo todo esto.

Debimos prescindir, según V., del concurso del Brasil, que ya estaba en línea de batalla frente á frente de nuestro enemigo; debimos impedirle que combatiese á nuestro lado. ¿Cómo? Eso no lo dice, porque, á menos de hacerle la guerra al Brasil, no se comprende como le hubiésemos impedido llevar sus armas al Paraguay.

Debimos afrontar la lucha solos, á cuenta de esa derrota que V. consideraba segura, y que yo he negado. ¿Por qué? Para triunfar en el porvenir, después de caídos; para no triunfar desde luego con el concurso de un aliado, sin menoscabo de nuestro derecho y de nuestra gloria, que tenía los mismos intereses y la misma razón de combatir que nosotros.

Debimos, por último, según V., llevar la revolución al Paraguay en vez de hacerle la guerra, enarbolando, no el pendón de las nacionalidades agraviadas que repelían la fuerza con la fuerza y trataban de garantizar la

paz futura, sino en el nombre y en el interés del pueblo paraguayo, que es el único que á V. le inspira admiración y simpatías.

Nada de esto es serio ni tiene sentido común, y tan es así, que V. mismo, después de haberlo proclamado á son de trompas, arría hoy su bandera revolucionaria y retrocede ante las conveniencias de su propaganda, y desertando hasta las banderas de la política providencial, de la política revolucionaria desplegada por V., se contenta ya con una política expectante, á lo que dieren los sucesos; lo que se llama la política á la buena de Dios, en que la inteligencia no entra por nada, y en que los pueblos y soldados son centinelas de los sucesos que puedan sobrevenir ó no sobrevenir.

Desconozco en V. al pensador y al político que he admirado en otro tiempo, y me sorprendo al encontrar, en vez del atleta resuelto y convencido que se había batido tantas veces en la arena ardiente de los debates públicos, un polemista de palabras y recriminaciones, que arrojando sus dardos, como el Partho, en retirada, va retrocediendo de posición en posición, desde que concede á los pueblos y soldados de la alianza la corona cívica y militar que al principio les había negado á todos por igual, hasta abandonar su guerra de redención, su propaganda revolucionaria y su alianza entre las dos repúblicas del Plata, sobre la cual ni siquiera dice una palabra después de haber leído la carta de general Flores.

Después de trazarme un plan de batalla para después de Cepeda; después de trazarme un plan de política para después de Pavón, me traza V. ahora un plan de campaña contra el Paraguay, que es por sí solo la derrota más completa de todas las ideas políticas y militares que ha sostenido en el curso de nuestra discordia.

Abandona, olvida, reniega su proyectada alianza *del pueblo del Plata* (como V. llama á las dos repúblicas), y prescindiendo de esta base que era, según V., el punto de partida fatal de la política providencial de estos países, no toma en cuenta sino á la República Argentina, á la que V. confía su pendón, augurándole la victoria que antes creyó imposible.

Olvida que antes dijo que la victoria, combatiendo solos, era el precio de la derrota, y daba por conseguida la victoria con la misma rapidez y con la misma facilidad con que se obtuvo por el concurso de la alianza.

No se le ocurre que la guerra habría sido entonces en el territorio argentino, y que en vez de compartir á alejar los males de la guerra, los hubiéramos localizado en Entre Ríos y Corrientes.

No es lógico consigo mismo, porque al prescindir del Brasil y al pretender que le impidiéramos formar á nuestro lado, no se atreve á llegar hasta la consecuencia lógica de tal permiso, que era disparar cañonazos al Brasil para que el Brasil no los disparase á los paraguayos que nos hacían la guerra y talaban nuestro territorio llevando cautivas nuestras mujeres; dando á entender que no necesitábamos firmar alianzas para aprovecharnos de la concurrencia del Brasil, lo que es un argumento contraproducente.

Cambiando ahora la derrota en victoria, dando por hecho que, tal como pasaron las cosas hecha la alianza, hubieran pasado sin la alianza ni del Brasil ni de la República Oriental, supone V. arrojado al enemigo del territorio argentino, y á los argentinos vencedores sobre las márgenes del Paraná.

Aquí era el caso de desenvolver su gran plan revolucionario respecto del Paraguay, de demostrarnos como iba á introducirse la tea de la revolución en el Para-

guay, como este sistema de hostilidad nos habría dado mayores ventajas con menores sacrificios. ¡Oh decepción! Aquí lo encuentro ya mal hilvanador de frases y asisto con dolor á los esfuerzos de una alta y noble inteligencia que, como el gladiador herido en el circo, hace esfuerzos impotentes para dominar el dolor y caer con elegancia en la arena ensangrentada.

Toma V. mis propios argumentos y los esgrime ciegamente, sin advertir que se hiere con ellos, cuando dice que "los gobiernos no tienen el derecho de renunciar á las ventajas que las circunstancias brindan á los pueblos, ni el de meterse á quijotes, lanzándose á las vicisitudes"—lo que V. aplica á la alianza, cuando la alianza era la ventaja que brindaban las circunstancias.

En seguida se nos viene con la teoría de las razas, en que V. explica la resistencia de los paraguayos bajo el látigo de su verdugo, cuando antes los había declarado heroicamente convencidos, poniéndolos más arriba que nosotros que los hemos vencido.

Sin acordarse de que con sólo no dar parte al Brasil en nuestra lucha, V. daba por revolucionado al Paraguay con sólo desplegar nuestra bandera azul y blanca, V. retrocede ahora aterrado ante la *raza paraguaya*, y dice textualmente: "No teníamos para que estrellarnos contra el fanatismo de las muchedumbres (razas) paraguayas. En la guerra con el tirano del Paraguay, el triunfo estaba en nuestro favor: nos fortalecía, nos enriquecía *(buenas noticias para los mercachifles)*, mientras empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la alianza, teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria."

Y ¿cuál era la victoria para más adelante que el doctor Gómez nos prometía, en cambio de los triunfos actuales? Va á verse. Dice V. textualmente: "Los ele-

mentos capitaneados por Robles, Barrios y los hermanos del mismo tirano, todos fusilados por él, nos hubieran abierto la puerta de entrada."

A esto ha quedado reducida su generosa guerra de redención contra la tiranía del Paraguay. Esta es la misión providencial que, según V., estaba reservada á los pueblos del Plata:

Arrojar al invasor de su casa como Dios lo ayudase, y no estrellarse contra la *raza paraguaya*, esperando que Robles, Barrios y Benigno López abriesen la puerta para entrar! Esto quería decir: "embrazar la égida de la libertad y tomar el hacha de la revolución!"

He entendido por fin, señor retórico,
Lo que quiere decir zumo heleotrópico.

Ya sabemos por fin que la misión que la Providencia deparaba á los pueblos del Plata (que al fin se reduce á uno solo) era hacerse derrotar vergonzosamente, ó detenerse prudentemente en la frontera del enemigo para no hacerse derrotar por él, esperando que los seides de López nos tendieran la mano de aliados!

Tan vergonzoso resultado no merecía que se derramara una gota de sangre de más ni que se gastase en su obsequio un peso papel.

Tales conclusiones no valen ni el papel ni la tinta que hemos empleado en esta discusión, en que, después de maldecir la alianza y los aliados, acaba V. por abrazarse con los *heroicos paraguayos* y con sus hipotéticos aliados los Barrios, los Robles y los hermanos López! ¡Y todo esto, á propósito de glorificar la guardia nacional de Buenos Aires!

Aliados por aliados, me quedo con los míos.

Humillado me siento de haber tenido que emplear mi tiempo para refutar tales conclusiones, y hago á su alta inteligencia el merecido honor considerándolas como los

únicos argumentos que pueden aducirse en favor de una tan mala causa como la que V. defiende sobre bases tan falsas.

Espero que otra vez será V. más feliz, y me vencerá cuando de su parte esté la razón.

V

Por hoy he concluído.

No se tome el trabajo de contestarme para llenar el intermedio, si no tiene algo más nuevo y sólido que decir.

Lo dicho basta y sobra para juzgar de su estilo y de su sistema como polemista.

Déjeme hablar á mí solo, que como actor en los sucesos, como más interesado que V. en las cosas de mi país, como más apasionado también, si V. quiere, tengo algo más nuevo y más oportuno que decir, y, por lo tanto, con una tendencia más práctica y más patriótica.

Quiero aprovechar esta oportunidad para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, ya que por tanto tiempo he guardado silencio.

Quiero reducir á polvo todas las mentiras de convención y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo que la indiferencia de unos y la debilidad de otros ha dejado acreditar como moneda de buena ley.

No retrocederé ante nombres propios de amigos ni de enemigos; porque estoy, más que profundamente apasionado, profundamente convencido y seguro de que en este terreno puedo desafiar todos los tiros de los que se sublevan contra mis estigmas, porque tengo de mi parte la resolución inquebrantable que á V. le falta desde que ha abandonado sus primitivas posiciones.

Déjeme volar sin el auxilio del soplo de sus frases, con mis propias alas quebrantadas por las tempestades que he cruzado y cubiertas por el polvo del combate en que quedaron tendidos mis heroicos hermanos de causa; déjeme prescindir de mi personalidad, que me fastidia en presencia de las grandes cosas que debatimos; que yo le prometo que ha de oir algo nuevo que V. ni sospechaba con toda la capacidad, con toda la previsión y toda la intuición que se atribuye, negándosela á los demás mortales.

Todo lo que V. puede decirme lo sé de memoria. Es retrospectivo, es viejo y no tiene seriedad ni objeto práctico, y podría escribir ahora mismo la contestación que V. me daría al leer esta carta.

V. no puede atinar siquiera por donde voy á empezar la que próximamente voy á dirigirle, sin necesidad de esperar su contestación.

Es que yo tengo siempre el corazón en el pecho, en el lugar donde lo colocó Dios, como le dije en las sesiones de Junio, y no necesito quitarlo ni ponerlo, como el aereonauta que aumenta ó disminuye el gas ó el lastre de su globo ó de su barquilla, para subir á la región de las nubes ó descender á la superficie de la tierra.

Vivo en la región en que respiran y viven mis iguales, uno de tantos; que ni pretendo elevarme sobre ellos, ni descender hasta la vulgaridad para acariciar pequeñas pasiones con menoscabo de lo que considero verdadero, justo y bueno.

No tengo ganas de conversar.

Necesito, una vez por todas, transmitir la idea que me trabaja, y á la cual he consagrado mis afanes.

Si con iguales títulos y con el mismo objeto tiene V. algo nuevo y serio que decir para ilustración del pueblo, dígalo de una vez; pero no nos venga con las teorías de

las razas ni con vulgaridades que hacen poco honor á su envidiable talento.

Mientras tanto, puedo asegurarle que sus cartas no han dejado en mí ni tristeza ni amargura, por doloroso que me sea tener que herirle en defensa de la verdad, que vale más que yo y más que V.

Soy siempre su amigo

BARTOLOMÉ MITRE.

Diciembre 15 de 1869.

El romance histórico

Al general don Bartolomé Mitre:

Su última carta me ha revelado una nueva faz de su talento.

Teníamos un Walter Scott sudamericano en el autor del *Facundo*. Ahora descubrimos en V. un Alejandro Dumas.

Los hechos se someten, flexibles, á su pluma de historiador, á tal extremo que los mismos testigos y espectadores de los sucesos, nos quedamos admirados de la *novedad* de los sucesos.

Tiene V. razón, general; imposible atinar por donde va V. á empezar ni adonde va V. á concluir con su rica imaginación. Sólo podríamos saber de memoria la historia. Las creaciones de la fantasía son siempre imprevistas.

Recalca V. en hacerse un alto mérito del simple cumplimiento de su deber de soldado. Militar, V no tenía elección; estaba forzado á tomar el puesto que le señalaban en la línea. Así es como se encontró V. en la defensa de Montevideo: porque era V. oficial del ejército oriental; y en la defensa de Buenos Aires, porque llevaba V. en sus hombros las charreteras de los jefes.

No lo seguiré en su autobiografía, aunque tenga, como V., la resolución de decir toda la verdad, por más que

ella hiera dolorosamente á mis más queridos amigos; en primer lugar, porque comprendo que tiene V. en ello un interés de actualidad á que no quiero prestarme, y en segundo lugar, y principalmente, porque ella nada importa á la discusión de la triple alianza. Si algún día me viniese el capricho de borronear la historia, estoy seguro que encontraría en su vida mayores méritos que el valor vulgar de haber expuesto su cuerpo á las balas en nuestros entreveros. D. Bernardino Rivadavia, más alto que V. en la historia argentina, sería un pigmeo á su lado, en su teoría de los servicios á la patria.

Un hecho sobrevivirá á su política y á su influencia, en la vida de los pueblos del Plata, que V. ha hecho cuanto un hombre puede hacer por enterrar en la nada, y es la *nacionalidad.*

Habrá Nación contra V. y sin V., por la obra del pueblo.

Los sucesos han sido más fuertes que V. y por eso no ha desaparecido ni desaparecerá la nación que nos legaron los revolucionarios de Mayo.

La triple alianza ha sido su último ataque á la nacionalidad, y V. se escuda de su pecado de imprevisión con el *éxito.*

Pero no siempre el *éxito* es la justificación de los hombres y de los gobiernos. El *éxito* estuvo con los fariseos contra Jesucristo, que era el porvenir de la humanidad.

Entre sus servicios á la patria cuenta V. el *beneficio práctico de la nacionalidad,* amén del de la libertad, por no haber seguido V. en 1859 mi consejo de tomar el látigo de Cromwell y echar á la calle al parlamento del 8 de Noviembre.

Pero olvida V. que, cuando en 1857, el partido federal se nos presentó imponente en la lucha, y los áni-

mos más fuertes vacilaron y dudaron del porvenir de la república, V. fué de los desfallecidos que nos propusieron por remedio la separación absoluta de Buenos Aires, constituído en *República del Plata.*

¿Qué era entonces del varón fuerte que al levantarse la tormenta en el horizonte hacía frente á la muerte y sostenía al corazón en la vida?

Y no era un simple ardíd de guerra para arrancar la bandera del aislamiento de las manos de Lorenzo Torres, disculpa con que se excusaba V. cuando sublevamos contra V. el sentimiento público de la nacionalidad los que lo combatimos: era un propósito en V. la disolución de la república.

Tengo en mi poder instrucciones escritas por V., de su puño y letra, para nuestro enviado á Río de Janeiro, instrucciones que no quiso firmar don Pastor Obligado, en que le prevenía V. se cerciorase de la actitud que asumiría el Brasil en el caso de que Buenos Aires se declarase nación independiente.

¿No sabía V. de antemano, V. *hombre político*, V., conocedor de la historia sudamericana, que la separación absoluta de Buenos Aires, que la disolución definitiva de la nacionalidad, era el *desiderátum* tradicional de la política brasilera?

Consultar ese punto al gobierno del Brasil y á los hombres de estado brasileros era conciliarse su concurso y hacer, en 1859, la alianza que ha reducido V. á tratado en 1865.

Gracias al provincialista don Pastor Obligado, su pensamiento fracasó entonces, y la alianza brasilera con el solo estado de Buenos Aires no nos ha hundido en medio siglo de infortunio.

Una carta semihumorística que publica hoy la *Tribuna*, y si no me engaña el *bouquet* del estilo, pertenece á

Mármol, retrotrae la alianza á la invasión de Flores al Estado Oriental y me culpa de aceptarla en cuanto propendió á levantar en el Estado Oriental á mi partido.

El ministro Paranhos, hoy en el Paraguay, en un discurso de muchos días pronunciado en las cámaras brasileras, afirmó que las bombas y granadas con que los brasileros arrasaron á Paysandú salieron del Parque de Buenos Aires, lo que no pudo suceder sin el asentimiento del gobierno de V., á quien lava Mármol de la responsabilidad de los sucesos orientales.

Si el hecho asegurado por Paranhos es cierto, V. estaba aliado á Flores y á la acción brasilera en el Estado Oriental, antes de cuestión alguna con el Paraguay—¿cómo me hace V. cargos con una carta de Flores, recordándole sus compromisos con el Brasil? ¿Iba V. en los sucesos, á la rastra del caudillo oriental? Estaba V. en la lucha sin condiciones? ¿Regalaba V. los recursos argentinos y comprometía V. en una guerra á su patria, sin previas obligaciones de los favorecidos, por los sacrificios que su patria hacía y los peligros á que se exponía?

¿O buscaba V. por todos los medios y en todos los caminos la alianza brasilera que don Pastor Obligado impidió á V. hacer efectiva en 1859, para la desmembración definitiva del estado de Buenos Aires?

Al cargo á mí, de nuestro amigo Mármol, responderé solamente: que el general Flores, antes de su invasión, me pidió una conferencia, á que me presté, y él esquivó porque tenía el convencimiento de que rechazaría todo concurso del Brasil en la revolución oriental; que protesté contra la ingerencia del Brasil en ella, separándome absolutamente de mis compañeros políticos que la aceptaron: que lamenté la imbecilidad del

gobierno de Montevideo, en no haber levantado la bandera de la guerra nacional, arriando la de la guerra civil, que mantuvo alzada, y mi conciencia está satisfecha de mi actitud, aunque el general Mitre me reproche no haberme metido en el barro y levantarme sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro.

¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma Mármol y como lo jura Paranhos con las remesas de bombas de nuestro Parque?

Importa al general Mitre desvanecer este cargo, porque, de lo contrario, él sería el autor de la guerra del Paraguay, su política respondería á la patria de toda la sangre derramada y de todas las vicisitudes que el porvenir nos reserva, como consecuencia de esta lucha.

Mi sinceridad me obliga á manifestar todo mi pensamiento. Creo en la imprevisión y no en el cálculo del general Mitre.

De todos los hombres públicos de estos países, el general Mitre ha sido siempre el más imprevisor, el más inconsciente de los acontecimientos; su política ha navegado á merced del último viento y de la última ola, sin derrotero y sin rumbo; ha sido una barca sin timón, que la casualidad ha llevado á una mala rada, que él se imagina un puerto seguro. En vísperas de Pavón, encerrado en un buque con Urquiza y Derqui, subscribía á todas sus condiciones. Fué necesario que el señor Riestra rompiese las negociaciones, á pesar suyo, para que le coronásemos con el laurel de la victoria y le hiciéramos presidente de la república, siendo de lamentar que don Manuel Ocampo haya devuelto la correspondencia del general Mitre, que nos retrataría al hombre de esos momentos. Antes de Cepeda, quería escapar del diluvio en el arca de Noé de la Re-

pública del Plata, garantida por el protectorado del Brasil. Antes de Curupaytí, se prometía llegar en tres meses á la Asunción y parar su reloj en la hora de la victoria, ya que no podía parar al sol en su carrera, como Josué.

Imprevisión, casualidad—he ahí toda la política que hoy viene justificándose con el *éxito*, como el heroe por fuerza de la comedia, encumbrado al heroismo por el caballo en que lo montó la fortuna.

El general Mitre no tenía conciencia del poder del Paraguay, de la situación vidriosa de la República, de las reacciones que debían producirse en el interior, de la falta de concurso del Estado Oriental, de nada de lo que hoy pondera, porque, si la hubiera tenido, no nos hubiera asegurado que la Asunción estaría ocupada dentro de tres meses.

Creyó él que la guerra del Paraguay era un paseo militar, á bandera desplegada y tambor batiente; que iba á redimir de la esclavitud al pueblo paraguayo á costa de muy poca sangre, y á conquistar para la patria y para sí la palma del libertador.

Hoy se justifica de los grandes sacrificios arrancados al pueblo, del torrente de sangre derramada, del martirio del Paraguay, y del cataclismo que lega al porvenir con su programa *ex post facto* y sus doctrinas para el caso. En el tratado de alianza nos declaró, con la solemnidad de la ley, que la del Paraguay era una guerra de redención de un pueblo, contra un tirano solamente, y en su proclama nos respondió de que el derrocamiento del tirano sería la obra de un soplo de la revolución, *tres meses de tiempo*, y una marcha triunfal hasta el alcázar de Francia. Ahora se exaspera contra los que no lo creímos entonces, y no viendo derrocado al tirano después de cuatro años

de batallas, y contemplando exterminado, en vez de redimido, al pueblo, mentidas las promesas de la alianza, perjuras sus protestas, nos viene á última hora con que no debía hacer guerra de redención, que hubiera exterminado lo mismo al pueblo paraguayo, si en vez de Solano López hubiere estado gobernado por Wáshington, y que es más provechoso, más fecundo, moral, justo, santo, engrandecer y fortalecer una monarquía á costa de la República en América, que haber enaltecido el principio republicano, afianzando la libertad, y dejando vindicados el honor y la moral, y consolidada la paz en lo venidero.

¿Cuando hablaba verdad, cuándo hacía historia ó cuándo hace romance el general Mitre?

¿Cuando firmaba el tratado de alianza para redimir al Paraguay de su tirano, cuando nos juraba que en tres meses la obra estaría consumada en la Asunción, ó cuando me contesta que, sin la alianza, nuestros sacrificios hubieran sido enormes y que la alianza con la monarquía hubiera sido tan santa para exterminar al pueblo de Wáshington como para exterminar al pueblo de López, aunque hubiéramos tenido medios de vindicar el honor y garantizar la paz sin el exterminio?

Entretanto, me promete V. novedades sorprendentes, á trueque de las vulgaridades que pueda yo decirle y se las sabe V. de memoria. No se forme esa ilusión; nada va á sorprenderme, desde que me sorprendieron menos sus *tres meses á la Asunción* que á V. los *abatís* de Curupaytí.

II

V. ha publicado la biografía de Belgrano y tiene en sus carpetas la de Artigas.

El estudio filosófico de la historia ha de haber enseñado á V. una triste verdad, cuya lección no ha debido V. olvidar en la vida política, y es que los bandidos como César, como Rozas, como Artigas, representan en ciertos momentos de la vida de los pueblos, los grandes y esenciales principios de su existencia y de su vitalidad futura, mientras que hombres virtuosos como Belgrano y el mismo Rivadavia, representan, por el contrario, en tales momentos, los principios letales, disolventes de las sociedades á que pertenecen. Esto no exime á los primeros de su responsabilidad personal por sus crímenes, ni amengua en los segundos la venerabilidad de la virtud de las grandes cualidades del alma. Dejo á V. la libertad de explotar contra mi pobre individualidad esta evidencia histórica, denunciándome como el adalid inconsciente de los caudillos y tiranos, á pesar de haber V. enaltecido las figuras de Artigas y Güemes más allá de su efectiva importancia histórica.

Un historiador como V., no podía dejar de ver sin ceguedad, sin inmeditación, sin una inconsciencia é imprevisión supinas, no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su *expectable* Urquiza y, en más alta escala, Rozas.

Un hombre político de meditación y de conciencia hubiera comprendido que el medio de empequeñecer y anular á López no consistía en aglomerar contra él el poder material de bayonetas y cañones, sino en despojarlo de su representación, de su personificación, de su pedestal popular, de su bandera, de su poder moral; en una palabra, desnudándolo de su carácter político y dejándolo hombre déspota, malvado.

La enseñanza de nuestros propios infortunios nos

patentizaba cuán difícil y ruda es la lucha contra los Artigas, los Quirogas, los Urquizas y los Rozas, los Césares y los Bonapartes, en más vastos teatros, mientras ellos pueden decirse la expresión de la democracia, del sentimiento popular de independencia. de igualdad ó de cualquiera otro instinto de los pueblos que los tienen á su frente.

Un hombre de estado hubiera empezado por arrancar á López esa púrpura popular de encima de los hombros, y exponerlo á las miradas de su pueblo y de la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.

Entonces la guerra hubiera sido al tirano y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado á sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfales y lluvias de flores.

Esto es lo que V. se hace el que no comprende, entendiéndolo más cabalmente que yo sé explicarlo.

Esto es lo que habría sucedido sin la alianza brasilera, y esto fué lo que sucedió mientras la lucha tuvo lugar en nuestro territorio.

¿Por qué los soldados de Estigarribia no se hicieron matar en Uruguayana, como en Estero Bellaco y Tuyutí, y se rindieron sin disparar un fusil? ¿Por qué en Yatay se dejaron carnear (es la palabra), arrojándose á los arroyos sin tentar la resistencia? ¿Por qué Cáceres bastó para detener al ejército de Robles, y la invasión paraguaya, con todos sus auxiliares, no tuvo el poder de hacer abandonar la Provincia al gobernador de Corrientes, nuestro amigo Lagraña? ¿Por qué los paraguayos no ahogaron á Paunero en su des-

embarco en Corrientes, de donde se retiraron con décupla fuerza?

¿Eran los mismos paraguayos que deshacían nuestros batallones con su mala caballería, y ponían respeto á los encorazados brasileros con sus canoas?

Huye V. de explicar esta diferencia, prescinde V. de los hechos, se fastidia de que le recuerden lo que sabe de memoria, y exige que le dejen hablar solo, porque tantas reminiscencias le incomodan. Tenga paciencia, amigo mío; el mosquito suele vencer al león como el león suele necesitar que el ratón despreciado le roa las redes en que se deja atrapar á veces.

Usted no explicará esta diferencia, este contraste de polo á polo, entre el pueblo paraguayo de Yatay y la Uruguayana y el pueblo paraguayo de Tuyutí y el Estero Bellaco, sino por el *poder moral* que faltaba al primero y que sobraba al segundo.

Si los paraguayos de Estero Bellaco y Tuyutí se hubieran portado como los de Yatay y la Uruguayana, V. hubiera estado á los tres meses en la Asunción, sin la menor duda.

¿Qué cambio se operó en la guerra? ¿Tuvo López mejores soldados, vinieron en su ayuda generales estratégicos, bajó del cielo la intervención del apóstol Santiago ó de los dioses de Homero?

El cambio que se había operado, es que Solano López, en vez del tirano de su pueblo, había sido convertido en la personificación de su pueblo; que la guerra de redención estaba convertida en guerra internacional, en que el programa del tratado de la alianza había sido reemplazado por el programa de la conquista brasilera.

La política de V. dió á López, posición nacional, carácter popular, significación política. Su política hizo

de López, tiranuelo obscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más que me duela y me pese tanto ó más que á V. divisar en las galerías de la posteridad á los que hemos visto de cerca repugnantes figuras.

Y esa personificación de un pueblo que le dió su política con la alianza brasilera, y que no hubiera tenido sin ella, ha podido costarnos la derrota más vergonzoza que podría sufrir un heroico pueblo, por la imprevisión de sus gobiernos.

Dejo á V. también en libertad de explotar esta frase, lisongeando al sentimiento popular. Muy grandes pueblos han sufrido derrotas: Canas y Waterloo abatieron las águilas de Roma y de Francia.

V., con su acostumbrado aplomo, afirma que nunca pudimos ser vencidos con alianza y sin alianza. El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un general que no hubiera tenido la estupidez de Solano López. hubiera sepultado diez veces á los ejércitos aliados en el Paraguay ó el Paraná.

A más de un militar he oído—y no se necesita ser militar para pensarlo—que con un poco más de resolución y energía en López, los aliados no se hubieran rehecho del rechazo de Curupaytí.

El triunfo de la alianza ha sido, pues, una casualidad.

Entretanto, V. ha expuesto á su país á la derrota y sus consecuencias. Y el *éxito* casual que se ha conseguido, y por el cual debemos tributar gracias á la Providencia, ha sido á costa de un mar de sangre y de una montaña de dinero, que representa sacrificios de la riqueza y del bienestar del pueblo. Me ocuparé en estudiar lo que importa ese éxito en lo presente y en

lo futuro, aunque á V. le importune esta voz agria de la razón y de la conciencia, y, sentado en su trípode de oráculo, quiera V. descifrar solo, en el silencio de la multitud atenta á su palabra mágica, los enigmas del pasado y las revelaciones del futuro.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

La funesta alianza

Señor don Héctor F. Varela

Mi querido amigo:

El *Telégrafo Marítimo* de esta ciudad, acaba de reproducir dos documentos notables, originariamente estampados en la prensa de esa ilustrada capital. Firman esos documentos dos nombres conocidos: representación de dos elevadas personalidades políticas que, aun vivas, pertenecen desde ya al juicio de la historia y á la crítica de los libres pensadores americanos.

En esa circunstancia me apoyo para justificar la libertad que me tomo dirigiendo estas líneas á su apreciable periódico.

Tenía el deber, como brasilero, de hacer una manifestación pública del respeto y de la admiración que me inspira la noble y valerosa actitud asumida por el ilustre general don Bartolomé Mitre, en una cuestión en que, por incidente, se lastima, si no el honor, á lo menos la justa susceptibilidad de mi patria.

Periodista también y habiendo tenido siempre, como V. lo sabe, la honra de sostener desde mi puesto modesto la gran causa de las nacionalidades americanas y de los principios democráticos que constituyen la carta magna de nuestros derechos, no me podía ser insensi-

ble el juicio desfavorable de un publicista tan eminente como el señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Y mucho menos dejar de dar una prueba de mi respetuoso aprecio á la defensa noble y leal que nos presta el gran ciudadano á cuyo nombre están ligados tantos títulos gloriosos.

Faltaría, pues, á mi deber si por escrúpulos de cualquier naturaleza, dejase de ser para con el general Mitre el intérprete de la gratitud de mis compatriotas, desaprovechando así una oportunidad que me es tan apreciable.

La fiesta popular con que tan patrióticamente se prepara Buenos Aires á recibir sus hijos, al regresar de la cruzada civilizadora que han hecho, no debiera, á mi manera de pensar, ser enturbiada por ningún sentimiento menos generoso.

La misma invitación hecha por la prensa ilustrada de esta capital á todos los periodistas americanos que ahí se encontraran, llamándolos tan galantemente á ese congreso de tan justos regocijos y á la fraternidad de tan elevadas emociones, daba, ó yo esperaba que diera, á esa manifestación, si no un carácter de universalidad, á lo menos un sello de *americanismo* que alejaba toda idea de exclusivismo y parcialidad.

No lo ha entendido así el ilustrado y sistemático adversario de mi patria, una vez que, desde la cumbre de la celebridad de que goza, por sus talentos y por su carácter, trata de rechazar de esa fiesta, precisamente á aquellos que tenían ó parecían tener el derecho á la coparticipación de esas alegrías, así como compartieron los sacrificios y peligros que supieron acometer y sufrir.

Si tal pronunciamiento no tuviera por fin más que significar un odio personal á nosotros los brasileros, nos quedaría el deber de respetar el *programa* que se nos

impone, aun sofocando las quejas que tendríamos el derecho de articular ante un pueblo como el argentino, civilizado y generoso, tan caballero como hospitalario.

Pero desde que, á lo menos en apariencia, se busca plantear como un principio ese sentimiento de perpetua hostilidad contra una nación también *americana*, séame permitido, en defensa de las ideas que he sostenido siempre, contestar al eminente publicista platino, la procedencia y los fundamentos de la nefasta doctrina de que se ha hecho en estos países el paladín brillante é infatigable.

La guerra del Paraguay, justa y santa como la reconoce el mismo doctor don Juan Carlos Gómez, ofrece sin duda vasto campo á las observaciones del historiador futuro como á la meditación de los estadistas americanos.

De ella, y de los hechos que le son públicamente conexos, tienen severa responsabilidad, no solamente los gobiernos que la aceptaron, sino también los pueblos que tan gloriosamente supieron sostenerla.

Hacer fecunda y civilizadora esa lucha jigantesca: salvar dentro de los escollos de las batallas los principios humanitarios que deben sobrenadar siempre en la superficie de los grandes acontecimientos históricos: hacer que de la sangre derramada germinen los frutos benditos de la paz y de la fraternidad, de la libertad y del amor, tal me parecía ser la misión de los pueblos y de los hombres interesados en esa lucha cruenta, inclusive el pueblo y gobierno paraguayos, recién venidos ahora al régimen de la libertad y de la democracia americanas, por el esfuerzo de nuestras armas vencedoras.

¿Cómo sucede, pues, que un espíritu tan claro y reflexivo, ofrezca el extraño espectáculo de tan grande abe-

rración, presentándose aún ahora como el implacable proscriptor de una nacionalidad que ha servido á sus mismas ideas derribando una tiranía salvaje?

¿En qué pudo ser *funesta* la alianza del Brasil, y cómo pudo ella *esterilizar* los sacrificios hechos por la Confederación Argentina?

¿De qué manera *adultera* la lucha esa alianza, para que se invoque la responsabilidad de los estadistas argentinos que á ella concurrieron?

He aquí lo que yo desearía ver demostrado por el ilustrado señor doctor don Juan Carlos Gómez.

No sé, mi querido Varela, si efectivamente tiene que ser muy grande y pesada la responsabilidad de los estadistas de su país, por ese hecho de que se deben enaltecer.

Lo que sí puedo aseguraros es que, sobre ese particular, es más feliz y segura la suerte de los estadistas de mi patria, porque cuentan, para hacerles llevadera la carga, con la opinión de la mayoría de los brasileros.

La alianza con los dos pueblos del Plata, no surgió á la mente de los políticos ni fué aplaudida por la nación, por el auxilio material, aunque fué prestimoso y eficaz, que nos pudiera traer el concurso de sus ejércitos.

La alianza nos sonrió y fué por nosotros festejada como una conquista moral, como una prueba oficial y solemne que nos daba el gobierno, de adhesión á los principios de una política franca y lealmente americana, rompiendo con las preocupaciones que hubieran podido influir para lo contrario.

Fué por eso, mi querido amigo, que yo, por mi parte, para apreciar la alianza, jamás traté de investigar ni el número de los combatientes ni el número de bu-

ques ni el número de cañones que llevaban los argentinos á los campos del Paraguay.

Y si de esa lucha tremenda no hubiese resultado ni el derrocamiento de una tiranía brutal, ni la regeneración de un pueblo, dueño ahora de sus propios destinos, ni la desafrenta eficaz de injurias injustas, ni la confirmación de derechos largamente litigados; pero *sólo únicamente* el hecho moral de la alianza, la aproximación de tres pueblos que deben ser hermanos y amigos, yo, por mi parte, deplorando la pérdida de tantas vidas, soportando resignado las consecuencias de tan dispendioso pleito, bendeciría siempre el éxito feliz y glorioso que serviría y servirá para fortificar en esta parte de nuestro continente los principios de la única política que me parece garantizar las grandes conquistas de la libertad, de la democracia y de la fraternidad americana.

Es por eso, mi querido amigo, que cualquiera que sea la reserva que nos impone la importuna demostración del digno presidente de la comisión de periodistas, hemos de asistir *en espíritu* á la fiesta que Buenos Aires prepara.

Nunca laureles más bien merecidos pudieron ornar las sienes de más nobles guerreros. Y los dignos hijos de esa república que reciben ahora de las manos de sus compatriotas las palmas á que tanto derecho tienen, pueden asegurarse nuestra más sincera y cordial copartición en los aplausos con que van á ser recibidos.

En los campos de batalla no aprendimos solamente á admirarlos por su valor y abnegación; nos acostumbramos á estimarlos por sus virtudes cívicas y personales.

Aliados delante del enemigo común, habiendo fraternizado por cinco años frente de los peligros y de la

muerte, fuéramos indignos de nosotros mismos si por un sentimiento de mezquina envidia ó zonza rivalidad, dejáramos de compartir el júbilo que va á despertar el regreso de tan nobles campeones al seno de la patria que supieron honrar y defender en más de cien combates.

Concluyendo, mi querido amigo, me queda un consuelo y una esperanza.

El consuelo es que, por más respetables que sean sus convicciones, el ilustre publicista doctor don Juan Carlos Gómez no encontrará eco en la sociedad argentina para la *propaganda* que se ha propuesto.

La esperanza es que para combatir tan perniciosa doctrina sobran á Buenos Aires talentos de primer orden y caracteres templados que no rendirán culto, jamás, á la efímera popularidad que resulta de los halagos hechos á las malas pasiones.

Usted, sobre todo, mi amigo, está obligado á las gloriosas tradiciones de toda su vida, como periodista y como tribuno.

Lo emplazo á ese combate fecundo, á nombre de los mismos títulos que le han hecho para ante el mundo, no el publicista argentino, pero el sostenedor incontrastable de los derechos de la justicia y de la democracia universal.

La política del miedo y del secuestramiento moral de las naciones, ya no es de este tiempo.

Y si, como cree el señor doctor Juan Carlos Gómez, es siempre santa la guerra que se hace á un tirano, hay otra obra tan meritoria, moralmente, como esa: la guerra que un espíritu claro como el suyo debe hacer á la tiranía de sus propias pasiones.

Cuando la coalición de 1839, un periódico francés, dejó caer esta frase cruel, con relación á Guizot:

"Puede que tengáis en los sucesivo nuestro concurso; pero no tendréis más nuestra estima."

Al doctor don Juan Carlos Gómez, le dirá sin duda el pueblo argentino, justamente lo contrario:

"Tendréis siempre nuestra estima; pero jamás nuestro concurso para la obra estéril y negativa que nos proponéis."

Queda siempre su affmo. amigo y S. S.

QUINTINO BOCAYUVA.

Otro eco de la polémica

Montevideo, Diciembre de 1869.

Señor don Juan Carlos Gómez:

La carta de V., sobre la recepción de la guardia nacional de Buenos Aires, me provoca algunos reparos.

Mis relaciones con V., aunque poco detenidas, me autorizan á dirigirme á V. directamente.

Soy apreciador de su talento y lo respeto, porque sus más bellas manifestaciones han servido la causa de la democracia, de la justicia, del derecho.

Un espíritu como el suyo, templado en creencias tan nobles, ¿por qué se apasiona contra el Brasil?

¿Será un exceso de celo por las instituciones republicanas?

Nada en el Brasil las amenaza; ni sus instituciones, que son muy adelantadas y libres; ni su política, que ha sido leal y desinteresada, ejemplo, la guerra contra Rozas; ni el espíritu público, que es liberal; ni la prensa; ni por sus intereses ocultos, cuya manifestación se recate.

¿Teme V. el contagio de la monarquía?

Es un recelo vano. En todo caso, no es irritándola, llamándola constantemente al terreno ardiente de las recriminaciones y de las desconfianzas como conjurará V.

el peligro imaginario que le agobia. Será más antes infundiendo el amor de la democracia, aconsejando la práctica de los buenos principios, que el mal dejará de contaminar estos pueblos libres.

No puedo creer que V., con su elevada inteligencia, se deje arrastar por la preocupación vulgar y anacrónica del odio de raza.

En esa arena ingrata V. no encontrará la parte más culta de estas repúblicas. El odio de raza es una aberración deplorable del espíritu humano, felizmente condenada hoy al olvido, sumida en los abismos del pasado,

Cuando las conquistas democráticas cimentan los fundamentos de la grande familia humana, sería deplorable y estólido que una escuela republicana enarbolase la bandera de exterminio á un pueblo, porque ese pueblo no habla español y no es republicano.

Nosotros no tenemos esa escuela y si alguna tenemos, en relación á los extranjeros en general, es la del amor y de la confraternidad.

Apóstol tan distinguido y tan alentado de la libertad como es V., me parece que su puesto debería ser propagando la unión de estos pueblos y no su división, su rencor.

Cuando me refiero al pueblo, no puedo desligar su gobierno de la solidaridad, porque V., extranjero para nosotros, difícilmente herirá á uno sin herir al otro.

Dispénseme V. estas consideraciones, que he juzgado compatibles con el asunto de su carta, y que más de una vez me han asomado á la mente al leer, no solamente sus producciones contra el Brasil, sino las de tantos otros que se creen en el buen camino siguiendo sus huellas.

Entro en la apreciación de su carta.

Dice V. que en la guerra que *Buenos Aires* ha hecho

á López, una *funesta* alianza ha *esterilizado* sus sacrificios.

Sería curioso que explicara V. con su robusto talento como habrían fructificado los sacrificios de Buenos Aires en esta guerra, sin la *funesta* alianza, es decir, sin la alianza con el Brasil.

Admira, en verdad, señor doctor Gómez, que V. piense así, *después del hecho.*

A priori, tal lenguaje hubiera tenido una razón de ser: V. y tantos otros laboran en el campo vasto de las conjeturas; pero hoy estamos en el círculo inexorable de los hechos consumados.

Desde luego, Buenos Aires no hubiera hecho la guerra á López, y si la hubiese hecho estaría como los litigantes del refrán: ella en camisa y el Paraguay desnudo.

Buenos Aires, para vencer á López, hubiera necesitado destruir 180 mil paraguayos; tomar 600 cañones de posición y de campaña; ganar la victoria del Riachuelo; forzar los pasos de Curuzú, Curupaytí, Humaitá, Tebicuarí y Angostura; aniquilar una escuadra de 15 buques de guerra: mantener por 5 años un ejército nunca menor de 60 mil hombres; gastar, al menos, lo que ha gastado su *funesto* aliado, el Brasil: 300 millones de fuertes. Las ventajas de la victoria serían para Buenos Aires las mismas de hoy. Esas las declara el general Mitre: vengar una ofensa, asegurar la paz interna y externa, reivindicar la libre navegación de los rios, reconquistar sus fronteras.

En tales condiciones, calificar V. de *funesta* la alianza, es alimentar V. un *funesto* deseo contra Buenos Aires.

Si es por un glorioso egoísmo que V. así piensa, me permito asegurar á V. que el general Mitre interpreta sólo

un punto de vista más utilitario: los sentimientos de Buenos Aires. Menos entusiasta de la gloria sin fatiga, ha sido más hábil político y estadista que lo hubiera sido V. en su posición.

El ha conjurado, aliándose al Brasil, el peligro más real de estas repúblicas: la autocracia del más monstruoso de los déspotas. La República Argentina no hubiera bastado para lucha tan colosal, so pena de volver al atraso de su infancia. El Brasil, á quien V. quiere tan mal, no ha solamente ayudado á sus valientes aliados á vencer en las batallas, á forzar los pasos de los ríos, á bloquearlos, á embestir trincheras, como las de Humaitá, Establecimiento, Sauce, Tebicuarí, á secundar las brillantes cargas de la caballería argentina; ha servido para algo más: sus tesoros se han derramado en la circulación en voluminosos caudales, y, para citarle un ejemplo, diré que solamente el forraje de nuestra caballería nos costaba al mes un millón de fuertes.

V. no quería la lucha *adulterada* por el Brasil. Pues ha sido para nosotros una gran desgracia que V. no rigiera los destinos de la República Argentina, porque entonces no *deturparíamos* la lucha grandiosa de Buenos Aires, y en la hora de los beneficios tendríamos lo mismo que hemos conseguido con nuestros inmensos sacrificios, á saber: la desafrenta, la navegación libre del Paraguay, la rectificación de nuestra frontera.

Yo comprendo que el general Mitre asuma gustoso la responsabilidad de la alianza, que V. le imparte, y haga de ese acto de su vida pública uno de sus más bellos títulos de veneración.

La prosperidad de Buenos Aires y de la república, manifestada en la multiplicación espantosa de los capitales, en la fijación metálica de su padrón monetario, en el desarrollo de las asociaciones industriales, en la

vitalidad del comercio, en el incremento de la inmigración, por una guerra de cinco años, protesta enérgicamente, en todo sentido, contra el *funesto* con que V. brinda á la alianza, al paso que enaltece la sagacidad del general Mitre.

Vv. pueden decir—y yo no me enojo por eso,—que el Brasil ha sido el *pavo de la boda.*

Yo daría á V. toda la gloria de la guerra y toda la *pureza* que V. quería en la lucha, á condición que las situaciones económicas de las dos capitales, Buenos Aires y Río de Janeiro, estuvieran al revés de hoy.

No creo que los bonaerenses acepten el cambio, y por eso recelo que V. quede en unidad en su modo de apreciar la alianza.

Soy con todo aprecio y estima.

Su atento servidor.

FRANCISCO CUNHA.

La santa alianza

Wáterloo—Napoleón el chico—La sucesión de los partidos—Tratado de alianza—Conculcamiento de principios—Desconocimiento de conveniencias—Desdoro de la república—Relajamiento de los vínculos de la nacionalidad—La Patria del Porvenir.

Señor general don Bartolomé Mitre:

El calificativo es de V., que ha bautizado *Santa á la Alianza*. Con este bautismo ha evocado V. la historia, muy reciente, de acontecimientos que nos reflejan el porvenir en el espejo de la política contemporánea.

Un déspota traía inquietas y sobresaltadas á las naciones europeas, principalmente á la *libre* y opulenta Inglaterra, y esas naciones reunieron sus fuerzas para concluir con el despotismo armado y asegurarse el sueño apacible de la paz á la sombra bienhechora de sus instituciones seculares.

El déspota fué vencido en Wáterloo, aprisionado, enjaulado en una isla circundada por la inmensidad del oceano, en la cual se le cavó la tumba bajo un sauce ignorado.

El *éxito* más completo coronó los esfuerzos de la alianza.

Un gobierno al paladar de los aliados fué impuesto á la patria del déspota.

Los doctrinarios del *éxito*, los que responden á las objeciones con la *victoria*, los que dicen amén á la demostración del triunfo, á la razón de la fuerza predominante — *ultima ratio regum* — impusieron silencio á los que protestaban en nombre del sentimiento del patriotismo y de las desgracias de lo venidero. El júbilo rebosaba á los gobiernos aliados y no hubo honores y premios bastantes para el general vencedor que creyó en su engreímiento haber asentado el mundo sobre sus quicios.

Corrieron treinta y tantos años, vivían todavía los vencedores de Wáterloo, y toda la obra colosal de la alianza fué derrumbada, y surgió erguido como un jigante, alto de cien codos sobre todas las naciones europeas, Napoleón el chico, sin el genio del cautivo de Santa Elena, pero más fuerte que él por la tradición de la derrota.

Los poderes aliados doblaron la frente humillados ante el pigmeo, que no era más que el resultado de su victoria de treinta años atrás.

La libre Inglaterra envió á su virtuosa reina á hacer la corte al salteador de las libertades francesas.

La Alemania pagó á Magenta y Solferino la deuda atrasada, y Malakoff vió flamear sobre sus almenas el pabellón tricolor que Alejandro hizo arriar en París, para pasearse en sus plazas.

Y lo que es peor, la lección material cayó irrevocable sobre la alianza, los aliados y sus partidarios de Francia, la condenación de la moral política y de la posteridad infalible, para no dejarles ni el último consuelo del infortunio — la satisfacción de la propia conciencia.

¡Quién hubiera penetrado por un momento en las profundidades del alma de Wellington al recordar á

Wáterloo bajo los olmos de Hyde Park, en presencia de la República del Imperio de 1848! La Providencia lo hizo vivir bastante para darse cuenta de lo efímero de su gloria, y del mesquino alcance político de los renombrados estadistas que observaron el porvenir con el microscopio de sus pacioncitas de circunstancias y de sus vanidades de posición!

Y ese período intermedio de treinta y tantos años, no fué siquiera de descanso. Revoluciones y guerras, sangre y ruina, señalaron una etapa en el *calendario* de la política. Tres monarquías y una república, cuatro tremendos cataclismos sacudieron hasta sus cimientos á la Francia organizada por los aliados.

Oigo al general Mitre repetirme—"eso lo sé de memoria; es viejo, vulgar; lo saben hasta los muchachos de las escuelas; diga algo de nuevo ó cállese".

No me he de callar, general, porque estoy tan interesado como V., tan apasionado como V., sin la irritación que rebaja su altura: porque la alianza no es un suceso puramente de la Confederación Argentina á cuyo nombre me niega V. ruinmente el derecho de discutirla como extranjero, sino también un hecho oriental que ha costado á los orientales mucha sangre, derramada por su imprevisión política y su desacierto militar, y porque la verdad es antigua como el mundo—*nihil novum sub solem*,—y precisamente la experiencia de los hechos pasados sirve de consejo y de enseñanza para saber conducirnos, cuando de nuestros actos, de nuestros cálculos y errores, dependen la paz, la libertad, la grandeza del pueblo, y el menor traspie cuesta años de dolores, á una ó más generaciones. Aquel de cuya inteligencia están suspensos la salud, el presente ó el porvenir de una nación ó de un estado, no debe tener el orgullo vano de creer saberlo todo, de no necesitar las

lecciones de la historia, las observaciones de los pensadores, y hasta las vulgaridades del buen sentido: una bellota puede enseñarle, como á Newton, las maravillosas leyes de la gravedad; y cumple acojer humilde la indicación que puede serle reveladora.

Esperamos que el general Mitre vivirá tanto como Wellington, para contemplarse en la posteridad, y presenciar el porvenir de su *Santa Alianza.*

Para mí es desde ya evidente como la luz del medio día, que el gobierno y la situacion fundados ó que quedarán fundados en el Paraguay por la alianza, serán derrumbados, arrasados y moralmente condenados por los acontecimientos que van á sobrevenir, después de trastornos y sacudimientos desastrosos.

El general Mitre me contestará: "V. no puede saber el porvenir; V. puede equivocarse; no siempre se repiten en la historia como en la literatura los desenlaces dramáticos; quizás y probablemente del gobierno establecido en el Paraguay por la alianza salga una era de paz, libertad y progreso, no sospechada por su inteligencia de corta vista".

Con el mismo título con que V. me niega saber el porvenir, yo se lo niego á V. Tengo á mi favor la experiencia y la historia, que no abonan su esperanza y excusan mi desconsuelo.

Pero ignorando ambos el porvenir, no siendo V. y yo infalibles, la consecuencia es que V. *lega un problema* á resolver por el tiempo, un enigma que no tiene en el presente su Edipo, que por ahora sólo presenta la faz de Wáterloo y parece asomar los mostachos kalmukos de un Bonaparte el chico á través de los celajes del tiempo.

A esta incertidumbre del problema me refería cuando arguía á V. que sólo podía contestarme con el pre-

sente, y que objetándole yo con el futuro, V. me contestaría con el argumento favorito en estos casos:—"eso nadie lo sabe; allá me las dén todas; después de nosotros, á ver como no viene el diluvio", reminiscencia literaria en que descubrió V. un alfilerazo pérfido á su individualidad, que no está en mi carácter, que lo ha irritado á V. hasta descender en el debate muy abajo de su habitual cultura y de la natural elevación de sentimientos de los hombres que se estiman á sí propios en los otros.

II

V. es historiador y publicista, enseñado por el estudio á contemplar la marcha ordinaria de las sociedades humanas, que se llaman pueblos ó naciones, y á comprender las eternas é inmutables leyes á que esta marcha progresiva está providencialmente sujeta.

No se escandalizará V., por consiguiente, como no dudo sucederá á los políticos adocenados de ambas orillas del Plata, de que yo afirme que la sucesión de los partidos políticos en el poder público es un hecho inevitable en las naciones, y que es insensato é imbécil el partido político que se cree dueño del poder público por los siglos de los siglos.

En unos pueblos en más cortos intervalos, en otros en más largos períodos, esa sucesión fatal se opera, modificándose los partidos por la acción del uno sobre el otro, pero conservando cada uno sus facciones prominentes y originarias.

Dé V. el plazo que quiera al predominio de nuestro partido; alargue V. cuanto le plazca el término para que se fecundicen nuestras ideas y se gasten nuestros hombres, germinen los propósitos, maduren los hombres

del partido que ha de sucedernos,—no es menos cierto que el término ha de vencerse y el plazo cumplirse.

Es más probable que el problema que lega el Wáterloo de nuestra Santa Alianza, el éxito y el triunfo de los aliados de hoy, va á ser modificado por el partido federal con que V. no ha contado sino como elemento reaccionario de la actualidad.

Piense V. por un momento, sin la pasión que nos declara V. animarlo y con la tranquilidad filosófica del publicista, y mida los peligros y los males con que amenaza el porvenir ese vuelco radical en las ideas y en las pasiones preponderantes.

El partido federal, demócrata ó como quiera llamarse en lo sucesivo,—que el nombre nada importa ni significa más que una designación para conocerse, — es fuera de cuestión, desde ahora, que rechazará toda la obra de la alianza, que reaccionará contra ella y la condenará en todos sus móviles y resultados, con ó sin justicia.

Esa reacción contra su Wáterloo del día y su Santa Alianza—¿por cuáles tendencias ó impulsos será guiada ó precipitada?

¿No lo prevé V., hombre de Estado? Me guardaré de emitirle mi opinión, para que no me reproche V. que le hago prospectos del siglo veinte, como me ha imputado el trazarle planos de la batalla de Cepeda y programas políticos para después de Pavón, por haberme permitido tener una opinión sobre su política y sobre su táctica, como la tendrá V. sobre la teología del concilio sin haber abierto los cánones.

Si fuese violenta esa reacción en vez de ser pacífica, hija de la razón y del patriotismo, ¡cuántos menos dolores para la patria!

III

¡Siempre vaticinios del porvenir, siempre el grito del murciélago ó de la lechuza, siniestros y fatídicos! exclamará V. con la sonrisa clásica de los satisfechos del presente.

Sí, siempre la deducción indeclinable de las premisas. Don Eduardo Acevedo me acusaba, con su entonación sarcástica, de tener miedo, cuando quería yo moderar su impetuosa violencia en la víspera de la revolución que debía poner en peligro su cabeza más que la mía, y derribarlo de su alta influencia al ostracismo y á la nulidad en la política. Don Melchor Pacheco y Obes me denunciaba como falso profeta de las desgracias que han sobrevenido al Estado Oriental después de 1853, por resistir y contrarrestar hasta donde pude una revolución en que él estaba seguro de conquistar el triunfo del momento, por disponer del ejército de línea. ¡Qué ironía puede V. lanzarme, á que no se le haya anticipado otro!

Las premisas de la marcha futura del partido adverso, las sienta siempre el partido que gobierna y olvida siempre que será medido con la vara que mide.

No hace muchos meses conversábamos los dos amistosamente sobre este tópico, fumando nuestros cigarros en mi pobre apartamento, como en tiempos más felices de expansión sincera del alma. Me encantaba de oir su palabra fácil y armoniosa desenvolver la idea que me trabajaba, y le hacía entrever yo en mi media lengua, la necesidad de ensanchar los horizontes de nuestros partidos, no por falsas fusiones y mentidos abrazos, sino por la realización de los grandes y generosos principios que abren las puertas de la preponderancia

política á todos los partidos, habiéndolos ligado férreamente de antemano con los insolubles lazos del derecho, de la justicia, de la libertad, del patriotismo y de la elevación de los sentimientos y de las aspiraciones.

Pocos hay más elocuentes que V. en esas expansiones familiares del alma, sin escenario y sin expectadores. Yo lo envidiaba.

Pero V. ha sido presidente de la república—más que eso, dictador revolucionario, con una Constitución de lujo—y ha dispuesto del tiempo suficiente para hacer esa alta educación de los partidos y aplanarles la arena de las lizas populares de la libertad.

¿Qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias ha impreso su política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos?

El gobierno personal de Urquiza, robustecido por V. en Entre Ríos; el gobierno personal de Taboada, favorecido por V. en Santiago; la fusión elevada á la categoría de *gran política*, con sus inmoralidades disolventes; la reacción contra V., forzosa como necesidad de defensa de su partido, con la elevación de Sarmiento; la lucha entre una gran fracción del partido y V., caudillo civilizado, nuevo Dorrego, elocuente y brillante; el fraccionamiento y disolución del partido unitario, que conquistó libertades é instituciones; la exclusión absoluta de la vida política del partido federal, encerrado como un tigre corrido en su retiro, con todas sus geniales iras; riqueza de palabras, pobreza de hechos, he ahí su legado político, he ahí su educación de los partidos y de los ciudadanos, he ahí su preparación del porvenir, en que otros que V., y con otras ideas y otras pasiones, tendrán que gobernar al pueblo y dirigir los sucesos.

IV

A nuestro partido disuelto, desquiciado, desmoralizado, sin brújula y sin timón, ó al partido contrario, que ha de venir un día, por ley de la sucesión, al gobierno de la república, confía V. la solución del problema que deja pendiente la alianza brasilera.

Esa alianza es un tratado en que están consignados sus principios, sus compromisos y sus propósitos: y su triunfo militar, un Wáterloo que ha implantado los hechos.

El tratado es una espantosa contradicción, un mentís dado á sí propio, una burla audaz del pueblo, de la razón y de la conciencia humana.

Sin embargo, agrega, derrocado el tirano y redimido el pueblo de su cautiverio—arrasaremos las fortalezas de ese pueblo, lo despojaremos de sus armas, le señalaremos sus límites, reglamentaremos su navegación (libertad de los ríos) y le permitiremos que tenga un gobierno que no sea hostil á los intereses de la alianza.

¿Y si el pueblo se identificó con el tirano, si se personificó en él, como se ha visto en Roma con César, en Inglaterra con Cromwell, en Francia con Bonaparte?

¡Ah! es un caso no previsto por el tratado, nos alega el general Mitre; entonces no hay más remedio que hacer la guerra al pueblo, y si se resiste tenazmente, exterminarlo!

Y ¿por qué el tratado no previó un caso ordinario de la vida de los pueblos y de las sociedades de hombres?

¿Pudo dejar de prever lo que no podía ocultarse. y lo calló para engañar ó inducir á los pueblos con una reticencia?

El tratado mentía indignamente, y una mentira tan mal disimulada á la perspicacia, á la intuición de los pueblos, es siempre un desdoro, una vergüenza para los gobiernos que se permiten tales ardides y fascinan con tales cubiletes.

El tratado declaraba guerra al pueblo paraguayo y no al tirano, que caería envuelto por su excomunión como un accidente transitorio.

¿A quién se debía desarmar, desguarnecer de las fortalezas, imponer la libre navegación, demarcarle límites y consentirle gobierno bajo condición de ser del mismo pelo, como diría uno de nuestros gauchos? ¿A quién, si el tirano ya estaría derrocado, aherrojado en Fernando de Noronha ú otra isla oceánica, ó sepultado debajo de la tierra?

Al pueblo paraguayo, cuya soberanía quedaba así suprimida por la alianza.

El general Mitre, que sabe muchas historias, como Sarmiento sabe *muchos latines*, nos revela ignorar una historia que probablemente ha olvidado, ó ha estudiado con el ánimo prevenido en favor de la monarquía, nuestra aliada, y es la historia de la política de las monarquías portuguesa y brasilera en América, que ha corrido por un mismo cauce, entre mil sinuosidades, á un invariable término, como un arroyo al mar, sin desmentir jamás su marcha por la diversidad de declives y de obstáculos que le han salido al encuentro.

Este principio de la *soberanía popular* es el oso negro de la monarquía, que se apellida representativa por una *ficción* semejante á las *ficciones romanas*, para remedar ó parodiar el derecho, en donde se toca su vacío. La monarquía importa en principio la sumisión de la *soberanía del pueblo* á la *soberanía de la dinastía*.

La dinastía es *inviolable*, está arriba de la ley y del

pueblo. Importa, pues, á la consolidación de la monarquía que ese principio popular no se realice y ponga en vigor, en toda su plenitud, en ninguna parte, y mucho menos en sus mediaciones.

En el tratado de 1828, que sucedió á Ituzaingo, no perdonó la monarquía esfuerzo para dejar conculcado y desconocido el principio.

Allí se hizo al Estado Oriental, por la monarquía vencida en Sarandí, el presente griego de la nacionalidad, sin consultar su soberanía, soberanía que había estado, única y militarmente representada por el sable oriental del ejército de Lavalleja en Sarandí, y por el voto oriental de la asamblea de la Florida.

¿Qué era de la soberanía del estado que solo y sin ayuda de los otros estados de la nación, arrojó al rostro de la monarquía el guante homérico de los *Treinta y Tres*, le puso el pie sobre el pecho en la memorable Horqueta y sepultó en el pasado irrevocable su odiosa dominación con el acta monumental en que la Junta del Pueblo declaró rotos y nulos para siempre los actos de la monarquía en el estado, é independiente á éste de todo poder extranjero y soberano como el pueblo más soberano del universo?

Y como si no bastase para dejar bien constatado que el gran principio de la soberanía popular quedaba suprimido en la vida institucional del Estado Oriental, impuso y estipuló que la Constitución oriental sea sujeta á la *aprobación*, al beneplácito de la monarquía.

La consecuencia de tamaña conculcación de principios, es que el Estado Oriental no ha tenido hasta ahora ni tendrá jamás, mientras guarde en su tabernáculo las falsas tablas de la ley de una Constitución *aprobada por la dominación extranjera*, ningún gobierno que sea la verdadera genuina representación del pueblo, sean

blancos ó colorados, güelfos ó gibelinos los que predominen.

El tratado de alianza desempeña ahora con el Paraguay el segundo acto de la misma comedia: lo condena á constituirse, á gobernarse, á vivir políticamente bajo los auspicios de la monarquía del Brasil, y como el derecho pugna por enderezarse contra la fuerza que lo encorva, á vivir en incesante lucha, en perdurable esfuerzo, encontrando siempre en frente de sí la intervención ó la influencia de la monarquía brasilera, cuando empiece á fortalecerse el elemento del derecho.

El general Mitre no me opondrá que esto es metafísica, teoría, declamación: esa vulgaridad está bien en boca de los gansos del periodismo, y degradaría á los publicistas de los países libres. El general Mitre sabe, y está profundamente convencido de ello, que ningún buen principio ó idea se siembra ó se acoje en la ley ó en el gobierno de un pueblo, que no dé benéficos resultados; y que por el contrario, ninguna falsa idea ó violación de un principio se introduce en la ley ó en el gobierno de un pueblo, sin que lo pague con dolores, con tiranías, anarquías, lágrimas y sangre, vergüenza y miseria. El publicista, el hombre de estado, *sabe esto de memoria*, y sin embargo, tolera, consiente, conviene, estipula la importación de violaciones de principios y de falsas doctrinas en la existencia del pueblo paraguayo, ayuda él mismo á administrarle el veneno que ha de emponzoñar á una ó más generaciones de un pueblo hermano, tan atrasado cuanto se quiera, pero tan digno, como todo pueblo, del amor de los hombres y de las simpatías de la humanidad.

V

Caccia via! me grita el cajista, y tengo que ceñirme,

y dejar en la obscuridad mi pensamiento, que no tengo tiempo ni don de improvisación para formular con claridad. ya que no con elegancia.

Había en el Paraguay, para los pueblos del Plata, conveniencias de un carácter permanente, y su rompimiento con el Brasil nos creó conveniencias de circunstancias.

Tiranizado cuanto se quiera, el pueblo paraguayo era una asociación republicana, democrática, de la misma familia, con los mismos antecedentes de los que habitan en los estados del Plata. Faltábale, es cierto, la vida constitucional, representativa, las prácticas de la libertad, los hábitos de la civilización.

Pero hace diecisiete años faltaba todo eso á la Confederación Argentina. Eramos una república y una democracia de familia española, con su índole franca, expansiva, apasionada, apta para asimilarnos todos los elementos extraños de progreso y para realizar prodigios. Pero nos despotizaba Rozas, tan bárbaro y sanguinario como López, que fusilaba mujeres en cinta, ponía en los banquetes la cabeza de los deudos á los invitados, prohibía el calzado de charol, cortaba las patillas y los faldones de las levitas, obligaba á llevar como librea de esclavitud vincha colorada, y hacía del territorio feraz un solitario desierto y un vasto cementerio.

Hoy ¿qué es la república de cuya presidencia acaba de bajar el general Mitre, acatando la soberanía, la libertad y el derecho del pueblo?

¿Cuánto tiempo el gobierno representativo hubiera tardado en hacer del Paraguay, si no una Atenas de cultura y gusto, al menos un pueblo feliz en medio de un Paraíso de la naturaleza?

¿Cuánto tiempo?

¿Diez, veinte, treinta, cuarenta años? ¿Qué son en la vida de los pueblos?

¿Cuánto tardará hoy el Paraguay, que ha exterminado, y va á organizar la alianza, en llegar al mismo resultado?

Mucho, muchísimo más tiempo. En el Paraguay anterior á la alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay de la alianza hay que rehacer un pueblo.

Nos hemos quitado un hermano de la familia, separado, alejado de nosotros, lleno de resabios, digno de lástima, atrabiliario y turbulento, cuanto se quiera; pero hermano.

¿Qué nos hemos dado en cambio? Según yo, un enemigo rencoroso é implacable, si no deshacemos el mal que le hemos hecho, y le conquistamos el bien que le debemos; un enemigo taimado, que en los vuelcos de la política ha de aliarse mañana con nuestros aliados de hoy para dar á algún nuevo Urquiza ejército y escuadra con que atacarnos en futuros Cepedas, y piróscafos con que protejer las defecciones de nuestras naves y perseguir en nuestras aguas á los campeones de la libertad en otros Araguays.

Pero este es el efecto de la guerra, y no de la alianza, se me objetará, "de la guerra, cuya necesidad y conveniencia V. reconoce, y cuya aceptación, por la provocación de López, V. aplaude".

No. Ya hemos expresado nuestra opinión, ya hemos demostrado con la comportación de los ejércitos paraguayos en nuestro territorio y de los mismos ejércitos en el suyo, y con las mismas convicciones expresadas anteriormente por el general Mitre, en actos solemnes, que sin la alianza hubiéramos ido por la guerra *en tres meses á la Asunción* y que con la alianza y sólo por ella, que crió y robusteció el *poder moral* del tirano

paraguayo, no hemos podido llegar á la Asunción sino pasando por encima del cadáver del pueblo, porque así defienden los pueblos atrasados y varoniles y constantes, por lo mismo que son atrasados, sus aras y sus hogares, enterrándose en los muros desplomados de Zaragoza para que lean las naciones su heroismo en la ruina, ó incendiando á Moscow para que la llama del patriotismo alumbre al mundo como una antorcha.

VI

Siquiera hubiéramos salvado dos cosas que oponer á los sacudimientos de esta parte del mundo americano, tan convulsionado por los terremotos sociales:—nuestra gloria militar y nuestro sentimiento nacional.

La gloria militar—¡oh! nuestros oficiales y nuestros soldados han batallado y han muerto como heroes, para honra y prez del imperio.

La gloria militar de la campaña, que es cosa distinta del heroismo individual del soldado y del oficial,—salvedad que hacemos de antemano para que el general Mitre no explote contra nosotros la susceptibilidad del ejército, arma que sería traicionera en sus manos,—la gloria militar es toda de la monarquía del Brasil.

Y los brasileros hacen mal en tratarme como á enemigo.

Yo, como cualquier *brasilero republicano*, amo al pueblo del Brasil y detesto á su monarquía, y á los partidarios de esta misma no les hago cargos por haber tenido la habilidad de tomarse la parte del león en los resultados de honra y provecho de la alianza. Ese cargo lo hago á nuestros hombres de estado, que no supieron reportarlos para la república, y reconozco que los

estadistas y los generales del Brasil han hecho muy bien en hacer por su país lo más que pudieron.

En cuanto á posición militar de la alianza, empezamos por no tener escuadra, por estar á merced de los leños brasileros.

Los vencedores del Juncal, hemos tenido que pedir por favor hasta las lanchas que debían conducir á nuestros valientes al pie de las trincheras en que caían diezmados.

Nuestro ejército ha figurado por menos de una tercera parte en los sucesos, y desde que el general Mitre ha sido el primero en proclamar que el heroismo ha sido igual en el soldado argentino y en el brasilero, el resultado de las batallas hay que atribuirlo al número.

El tratado de alianza nos reservó, es cierto, la dirección de la guerra, el generalato de los ejércitos. Pero hecha la ley, hecha la trampa, como repiten nuestros curiales. De la subordinación á nuestro generalato quedó exenta la escuadra, y el ejército aliado sin la escuadra, era un cojo sin muletas, empantanado en los bañados de las posiciones fluviales que constituían el gran poder del enemigo.

Nuestro generalato fué nominal sin el mando de la escuadra, nuestro general pudo concebir y trazar admirables planes de campaña, y todo quedó en aguas de borrajas hasta que abandonamos á la monarquía la dirección de la guerra, nuestro título de gloria.

Y sea por esta causa, sea por la que fuere, nuestro generalato fracasó en la derrota. Nuestros generales se retiraron quebrados y cabizbajos de Curupaytí: el uno vino á reasumir su presidencia en Buenos Aires y el otro su dictadura en Montevideo.

Aunque se pactó que desde entonces cada general mandaría su ejército, desapareciendo de la escena nues-

tros generales de *primo cartello*, y descendiendo á ella el gran general del Brasil, éste tuvo ante los ojos del mundo y por la naturaleza de las cosas, la personificación moral, si no fué también la material, del generalato de los ejércitos y de la dirección de las batallas.

Y para que nada faltase al abatimiento de nuestros generales y al amenguamiento de nuestra porción de gloria, bajo ese general se realizaron la sumisión del *tremendo Humaitá*, la ocupación de la Asunción, adonde no entró el general Mitre ni en tres meses ni en tres años, porque la Providencia quiso desautorizar sus pretensiosas palabras, y ese general tuvo la arrogancia de proclamar á los ejércitos en uno de los más solemnes momentos, que *avanzasen seguros á la victoria porque él no sería ni había sido nunca vencido!*

Los generales argentino y oriental debieron morderse los labios, y exclamar allá en sus adentros: ¡Oh patria: á la humillación que te he reducido!

El menoscabo de la gloria y de la grandeza de las naciones, es uno de los mayores males que sus gobiernos pueden causarles y por los que son acreedores á las más duras acusaciones.

VII

Utopia, sueño, desvarío, llámelo V. como quiera: yo estoy persuadido desde muy atrás que sus antecedentes, sus intereses y las exigencias de su porvenir han de llamar tarde ó temprano á los pueblos españoles del Oriente de Sud América á organizarse en una nación republicana.

Esta convicción me ha hecho desde muy temprano el enemigo de la ingerencia de la monarquía en nuestros sucesos, porque los estadistas de la monarquía, más

perspicaces que nosotros, se esfuerzan en impedir ese resultado que temen, é indudablemente lo aplazan y retardan.

V. pensará que tal esperanza es un delirio; pero al menos conocerá que es un deber de los gobiernos del Plata, incluyendo el Paraguay, propender por todos los medios á la armonía, á la unificación de intereses, á la comunidad de garantías y seguridades contra propios y extraños.

Llévenos ó no á una sola nacionalidad esta política de armonía, unificación y comunidad, ella es un deber y una necesidad para nosotros.

No ha sido su política, y por eso ha caído V. en la alianza de la monarquía brasilera, que es fatal y tradicionalmente su adversaria.

En el interior ha sido V. el grande y buen amigo de los caudillos—Urquiza, Taboada, Flores—los elementos resistentes á toda tendencia nacional, á toda aproximación y estrechamiento de los pueblos.

Aunque V. se pronunció un día enérgicamente contra la *banderita de pulpería*, que creía izada por el providencialismo de nuestro Milton, desplegó luego al viento la de su *Republiquita del Plata*, para la cual quiso V. congratularse la simpatía de la monarquía.

V. ha halagado, lisonjeado á las dos fuerzas contrarias al sentimiento nacional de los pueblos del Plata, los caudillos locales y la ingerencia extranjera y antirrepublicana.

Y se jacta V. de ser el fundador y organizador de la nacionalidad, que existía en el corazón del pueblo, y vivirá mientras sean tradiciones comunes Chacabuco y las Piedras.

Los hechos consumados son irrevocables. No podemos hacer que ellos no hayan acontecido y dejado sus

huellas en nuestro presente y su cicatriz en la fisonomía de lo venidero.

Su discusión no tiene ni puede tener más objeto práctico que restañar la sangre que brota de ellas y curar la herida que dejan abierta. El general Mitre no puede suponerme el placer pueril de lastimar sus susceptibilidades ni de empañar su fama. Me conoce él lo bastante para no dudar que yo me regocijo con todo mérito que se levanta y me entristezco de toda luz que se apaga ú obscurece. Los resplandores de la gloria ajena, en vez de sombrear, iluminan el rostro del patriota.

No traiga su pasión, su dialéctica y su estileto á este debate, el general Mitre. Sea superior á esas debilidades del amor propio. Ponga la mano sobre su conciencia y si él, sostenedor de la alianza, piensa que hay verdad en alguna de mis ideas, aunque no sean nuevas, y que estamos amenazados por consecuencias de la alianza, que importa prevenir, pongámonos, él su sostenedor y yo su adversario, á la obra de reparación que tanto interesa á nuestros dos países.

Trabajemos por que el Paraguay tenga un pueblo libre y soberano en su seno, y por que de ese pueblo, no gobernado ni influenciado por una monarquía, nazca su propio gobierno bajo los auspicios de la libertad y del derecho.

Trabajemos por que cese en todos nuestros estados y provincias el reinado de los caudillos irresponsables,—Urquiza ó Taboada—y de los gobiernillos de explotación y fraude, y por que sean efectivas en cada provincia la libertad y la soberanía.

Trabajemos por que todos nuestros pueblos, naciones y estados renuncien y condenen para siempre esta alianza política con gobiernos monárquicos ó extraños á

nuestras tradiciones de familia, y aprendan á hacer una realidad del *self government.*

Trabajemos por que los puestos de la política se abran á todos los partidos, con sus banderas, buenas ó malas, y aspiren todos á la preponderancia y al gobierno con las garantías de la libertad y de la opinión.

Así, si en el porvenir no somos ambos ciudadanos de una sola patria, según mi creencia, habremos sido ambos los patriotas de una idea pura y de un noble trabajo.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

Buenos Aires, Diciembre 18 de 1869.

El folletín diplomático

Del general Mitre al doctor Gómez

La política de la Providencia — no ha encontrado en mí un instrumento dócil ó hábil para sus fines, sino un Satán rebelde. (*Juan C. Gómez*, 3ª carta). En dieciocho años de tormenta política, he hecho algo más que Siéyès en la revolución francesa: *he sufrido (Juan C. Gómez*, 3ª carta).—Me he levantado sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro. (*Juan C. Gómez*, 4ª carta.)

Cuando en un duelo de hombre á hombre, uno de los adversarios ha recibido una herida y empieza á perder sangre, las leyes del honor mandan al otro adversario bajar al suelo la punta de su espada, dándole tiempo para que se reponga.

Cuando en una discusión entre dos hombres inteligentes, uno de ellos empieza á perder la alta serenidad del espíritu, las leyes del debate disponen darle tiempo para que su equilibrio moral se restablezca.

Prevengo al doctor don Juan Carlos Gómez que va perdiendo su serenidad, que es en los combates de la palabra lo que el valor y la sangre fría en la guerra: el valor que juzga ó la razón que impera.

En su anterior carta, el doctor Gómez decía que

estando debatiendo un hecho considerable de los pueblos del Plata, iba á suprimir del debate nuestras individualidades, traídas por él á discusión, definiendo una vez por todas las respectivas posiciones, bosquejando en consecuencia una parte de mi biografía con el rico colorido de las alas del picaflor.

En seguida, olvidando la verdadera cuestión que se debatía. bosquejaba con pluma magistral dos ó tres planes de campaña que daban por resultado la derrota de sus ideas; prometía una disertación sobre las razas valiéndose de la autoridad de un historiador que no nombraba. y acababa diciendo que *todavía tenía mucho que conversar.*

A esto le contestamos analizando las conclusiones contradictorias que sentaba y diciéndole que si no tenía algo útil y nuevo que agregar, nos cediese la palabra para decir algo serio sobre la alianza por él condenada, sobre sus antecedentes y resultados, sobre sus consecuencias. y sobre las cuestiones que en el presente ó el futuro se ligan á estos hechos.

El doctor Gómez no nos ha cedido la palabra que le pedimos. y ha vuelto á tomar el turno que no le correspondía. Está en su derecho. Pero olvidando la disertación pendiente sobre las razas, y que había ofrecido espontáneamente suprimir una vez por todas las individualidades del debate, su cuarta carta bajo el rubro de *El romance histórico*, no es sino una diatriba política y militar, desde el principio hasta el fin.

No es de extrañarse este extravío de rutas en quien, teniendo vastos espacios que recorrer, ora cruza como el Satán de Milton las *tinieblas luminosas* de que habla el poeta. ora se cierne sobre nuestras cabezas en las alas de los querubes de Lamartine que poseen los secretos de la Providencia.

Empezó adjudicando la corona del triunfador á la guardia nacional de Buenos Aires y negándola á sus compañeros de armas, y luego la concedió á todos por igual.

Lanzóse en seguida á las regiones ignotas del porvenir después de haber levantado bandera de redención con éjida al brazo y hacha en mano, pronto á segar de un golpe la tiranía del Paraguay, y por último detiene sus legiones en las fronteras del pueblo que iba á libertar, para esperar que los paraguayos se liberten á sí mismos sublevándose contra su tiranía.

Maldijo la alianza brasilera con elocuentes imprecaciones, y aclamó como los aliados más dignos de las repúblicas del Plata, á Robles, Barrios, los hermanos de López y todos los seídes que han sido los instrumentos del martirio paraguayo.

Propuso la alianza del *pueblo del Río de la Plata*, como llama á la República Argentina y al Estado Oriental, y acabó por dejar sola en la estacada á la primera, para que se entendiese como Dios la ayudara.

Trazó con el dedo de la Providencia un atrevido plan de campaña, en que la primera operación militar era hacerse derrotar por vía de ardid de guerra, á fin de triunfar en lo futuro forzando al fin á la victoria á pasarse á nuestras banderas caídas; y más tarde, por una nueva y súbita inspiración, tan prudente como la primera fué atrevida, aconseja no ponerse á tiro de *la raza paraguaya* para no correr el riesgo de ser derrotados.

Recorrió como una visión fantástica los campos de la guerra del Paraguay, levantando el sudario de los muertos, y por una transformación maravillosa se presentó repentinamente en los campos de Cepeda, indi-

cando á las legiones de Buenos Aires el camino del Rosario.

Volando así, con alas de cóndor unas veces y otras de mariposa, de lo futuro á lo hipotético, de lo hipotético á lo posible, de lo posible á lo moral, y de la alianza á la revista retrospectiva del pasado, ha llegado á la época de la víspera de Pavón, y está en el examen de la negociación Riestra y de la misión Mármol.

No se puede negar que ha hecho un largo camino para atrás.

Como aquellos genios de las Mil y una Noches que van marcando su camino con perlas y esmeraldas que no se dignan volver á mirar, ni recojer, se ha olvidado de todas las preciosidades que ha dejado caer de su mano, hasta de la famosa disertación sobre las *razas*, que era la perla negra de su tesoro.

Hasta ha olvidado que él era autor de una biografía políticomilitar, y, al verla anotada por el interesado, la refuta como obra ajena, calificándola de romance histórico, sin tomarse el trabajo de documentarla.

En ese bosquejo biográfico aseguraba que el general Mitre, en presencia de la reacción de 1852, había "declarado imposible la defensa de Buenos Aires; que no había más que entregarse, y pasar bajo las horcas caudinas de la mazhorca".

Negado este aserto, demostrado que la señal de la resistencia había sido dada por el mismo á quien él suponía desesperado; probado que él fué quien dió su base á la defensa, salvando á Buenos Aires de una rendición vergonzosa con sólo noventa guardias nacionales resueltos, invocando para ello el testimonio vivo de amigos y enemigos, no quedaba sino, ó exhibir la prueba de acusación, ó dar una noble reparación.

El título de *romance histórico* parecía indicar una re-

futación documentada de los cuadros históricos trazados rápidamente en honor de la verdad y de la causa de los principios, y entre ellos el relativo á la jornada del 7 de diciembre. Nada de eso. El nuevo romance histórico del doctor Gómez, no son sino algunos apuntes biográficos del general Mitre, que se habían quedado en el tintero y que no había querido desperdiciar. Por lo demás, ni una palabra de insistencia ni rectificación á los hechos aducidos. Podemos pasar sin su *visto bueno*. Los contemporáneos darán testimonios, y si es que la posteridad se digna ocuparse de estas pequeñeces, sabrá que existió alguna vez un puñado de ciudadanos que no llegaban á cien, que si pudieron no creer posible la defensa de su bandera, mostraron que no era imposible morir por ella, cosa que según el doctor Gómez, sólo es obligación de los soldados de profesión, como si los demás fueran inmortales.

También puede ser que diga la posteridad que hubo un ser predestinado que durante dieciocho años de tempestuosa revolución, hizo algo más que Siéyès y fué *sufrir*.—Los dolores de barriga de los hombres notables deben interesar algo más de lo que se cree, á las generaciones venideras; la prueba de ello es el *Memorial de Santa Elena*, que se lee con tanto placer, no obstante hablar tanto de los dolores de muelas y de estómago del moderno Prometeo. Y si á dolores de cabeza se agregan las transformaciones fantásticas de *querubín á Satán* y los cuadros májicos de una política nunca vista ni oída, el folletinista futuro encontrará bastantes materiales para entretener á nuestros biznietos mejor que con un cuento de duendes y aparecidos.

Resumido así el debate en el estado en que se encuentra, vamos á ocuparnos en espantar el puñado de moscas que el doctor Gómez nos ha lanzado para im-

pedir que marchemos con paso franco hacia la verdadera y única cuestión que estamos debatiendo, que es la alianza y sus consecuencias. Si, como él lo dice, "*el mosquito* suele vencer al *león*, como el *león* suele necesitar del *ratón*", le complaceremos siguiéndole en su excursión en los dominios de la historia natural de los cuadrúpedos y los insectos, mientras viene la anunciada disertación sobre las *razas*.

El doctor Gómez niega mis aspiraciones á la nacionalidad y mis trabajos para realizar la Unión Argentina. Esto podría contestarse con la elocuencia muda de aquel filósofo que en presencia de la negación del movimiento se ponía á caminar para demostrarlo. Basta mostrarle la nación unida por la primera vez, regida por la primera vez por una sola ley, y un gobierno por la primera vez en toda su integridad, triunfante en el exterior y en paz en el interior, para refutarlo.

Este punto nada tiene que hacer con la cuestión que debatimos, y como más de una vez se me ha de presentar la ocasión, no quiero romper la unidad de este debate, y me concretaré á lo que de alguna manera tenga relación con el asunto que nos ocupa, y debe ocuparnos.

Liga el doctor Gómez un escrito mío que se publicó en 1857, con el título de la *República del Plata*, á un plan de disolución nacional, que por una verdadera fantasmagoría quiere él sea el punto de partida de la alianza argentinobrasilera, para llegar á la conclusión de que la triple alianza fué un ataque á la nacionalidad.

El escrito que él recuerda no fué sólo una evolución de partido. Produjo, es cierto, en su oportunidad el

efecto de arrebatar la bandera del localismo á los que querían explotarla en nuestro daño, obligándoles á tomar francamente la bandera de Urquiza, que era lo que buscábamos para hacerle fuego, quedando dueños del terreno. Fué, más que eso, uno de tantos medios con que constantemente he procurado mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad en Buenos Aires, reaccionando unas veces contra la tendencia separatista ó neutralizándola otras por combinaciones que conducían siempre á dar la nacionalidad por resultado. El proyecto de la República del Plata, que no fué sino un artículo de periódico, tenía por objeto arrebatar también la bandera de la nacionalidad al gobierno del Paraná. para hacernos el núcleo de la organización ó de la reorganización, invitando á las provincias á adherirse á una Confederación sobre la base de Buenos Aires. Esta misma idea la había indicado Sarmiento en uno de sus escritos. ¿Qué tiene que hacer esto con la triple alianza?

Para el doctor Gómez, este es el origen de la alianza, siendo la misión confidencial del señor Mármol á Río de Janeiro, el primer paso que se dió en tal sentido.

Como este punto se liga con las relaciones del Brasil con la República del Plata, vamos á consagrarle alguna atención.

El doctor Gómez dice tener originales las instrucciones que en tal sentido fueron dadas y que no quiso firmar el doctor Obligado, ministro de Gobierno entonces.

La misión del señor Mármol á Río de Janeiro, tuvo el mismo efecto que la que se confió al doctor Pico cerca del gobierno de Montevideo y se propuso al doctor Torres en el Paraguay, que era explicar la circular de Buenos Aires al lanzarse á la guerra de Pavón y asegurar la neutralidad de esos gobiernos.

Respecto al Brasil había una especialidad.

Años antes había estado el señor Paranhos en Buenos Aires, y había manifestado al gobernador Alsina y al señor Mármol que el Brasil no estaría distante de reconocer la independencia del Estado disidente. Esto no tuvo éxito ninguno. Con este antecedente se empezó á incluir en las instrucciones del enviado confidencial este punto, para explorar la opinión del Brasil en tal sentido, y saber á qué atenernos respecto de sus miras respecto á la política argentina. Al fin se acordó que la instrucción fuese verbal.

He aquí el extracto de la carta que el doctor Obligado me escribió hallándome en campaña:

«Buenos Aires, Julio 17 de 1861.

"Mientras esperamos su contestación á la que le dirigimos sobre las proposiciones de los ministros mediadores, le daré cuenta de los enviados confidenciales nuestros.

"Mármol salió ayer. Veremos lo que da, que poco ó nada espero fuera de la impresión moral. Sus instrucciones fueron limitadas en lo concerniente al caso de independencia absoluta que creíamos inconveniente fuese escrito, dejando á su prudencia que haga alguna indicación sobre el particular.

"El doctor Torres saldrá hoy para el Paraguay.

"Lleva instrucciones análogas á las de Mármol, con las ligeras variaciones necesarias á su objeto.

"Pico saldrá mañana para Montevideo.

PASTOR OBLIGADO."

Nuestros enviados fueron recibidos con el carácter que llevaban y contribuyeron á hacer efectiva la neutralidad

de los gobiernos, no obstante los esfuerzos de la Confederación por poner de su parte al Paraguay y al Estado Oriental principalmente. En cuanto al del Brasil, ni ocasión tuvo de llenar su instrucción verbal.

"¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma el señor Mármol y lo jura el señor Paranhos, con las remesas de bombas de nuestro Parque?"

A esta pregunta del señor Gómez responde el señor Paranhos, en el mismo discurso que él cita como un testimonio auténtico.

En la sesión del 5 de Julio de 1865, en el senado brasilero, decía el señor Paranhos:

"El gobierno argentino se mostró benévolo con nosotros; pero es un gobierno ilustrado y presidido por una inteligencia superior, observador, atento y perspicaz; las notas de 20 de octubre ajustadas en Santa Lucía, no habían pasado para él desapercibidas, y en la primera entrevista que tuve con el señor general Mitre, le oí una observación *que me dolió profundamente. No era su intención ofendernos; pero quería declinar* una responsabilidad que *en efecto no debía desear para sí.* En esa conversación dije al señor general *(y decía lo que me parecía creencia muy fundada, á estar á las manifestaciones de la prensa porteña)*—que el gobierno argentino simpatizaba con la causa de la revolución oriental, y hacía votos por su triunfo. El general Mitre, me replicó con mucha moderación; pero de modo que comprendí el blanco á que se dirigía su observación. El general Mitre, recordando que en 1862 el gobierno imperial había enviado á su ministro residente en Montevideo á pedir explicaciones sobre los auxilios que partían de Buenos Aires para el general Flores, y que el gobierno de Montevideo atribuía al de la República Ar-

gentina, después que le hube manifestado aquel juicio, observóme con mucha delicadeza: *"No; el gobierno argentino ha sido sinceramente neutral en la cuestión interna de la República Oriental; estima y considera mucho al general Flores, pero no ha hecho votos por el triunfo de la revolución, ni ha prestado el auxilio de un cartucho, y si quisiese hacerlo lo haría públicamente, como debe proceder un gobierno regular."*

(A Convençao de Fevereiro, pág. 23.)

Dijo en la misma sesión, el señor Paranhos:

"Uno de los puntos de mis instrucciones era la alianza con el *gobierno argentino* para una intervención conjunta; pero por las declaraciones que el mismo gobierno argentino había hecho durante la misión Saraiva, su opinión era ya conocida, y, efectivamente, lo hallé inconmovible como una roca. El gobierno argentino procedía así con entera buena fe. El general Mitre era partidario de la paz, y hacía consistir la mayor gloria de su presidencia en transmitir á sus sucesores el mando supremo después de un período no interrumpido de vida pacífica. Yo, pues, señores, en el primer paso de mi misión no fuí feliz: pretendí un imposible, cual era obtener la alianza del gobierno argentino en tales circunstancias." (Id, págs. 25 y 26.)

Estos testimonios son tan concluyentes como la demostración del movimiento.

Diremos, para afirmar con un cañonazo la bandera que en nuestro honor alzó en el parlamento el señor Paranhos, que del parque de Buenos Aires no salieron ni podían salir bombas, porque ni siquiera las teníamos. Los orientales que las dispararon y recibieron en Paysandú, pueden dar noticia de la marca que llevaban á los orientales que entonces oyeron el estampido desde los balcones del Club del Progreso, y que hoy aseguran que

hubieran muerto como los heroicos paraguayos para rechazar una invasión, que hubiera podido efectuar el Brasil, lo que no era necesario suponer, porque ya tuvo lugar en 1864.

Después de todo esto, ¿qué queda del folletín diplomático, del *Satán rebelde* y del querube *del porvenir*, como el doctor Gómez se llama á sí mismo? ¿Qué queda de aquella fantasía romántica de alianza con el Brasil en 1861 para conspirar contra la República Argentina? ¿Qué del ingenioso apólogo con que el señor Mármol se le ha burlado con tanta gracia, haciendo creer al señor Gómez que el señor Paranhos había asegurado en su discurso (que el señor Gómez probablemente no ha leído) que desde 1864 la triple alianza estaba hecha?

Ha quedado lo que queda de todo *cuento*, aunque sea de viejas: ha quedado la moral.

El doctor Gómez se ha negado á ceder la palabra á quien se la pedía en nombre de algo serio y algo nuevo, práctico y patriótico que tenía que decir sobre la cuestión que se debatía, y se ha empeñado en hablar.

Habíamos anunciado que todo lo que dijera sería retrospectivo, sin seriedad ni objeto práctico.

Nunca creímos que diese un *salto atrás* tan formidable, volviendo á la víspera de Pavón y descendiendo de la alta discusión política á la diatriba y la conseja, tomando por documentos diplomáticos las bromas de un amigo que se ha querido divertir con él, sabiendo que el doctor Gómez no tiene tiempo para leer ningún documento, pues le falta tiempo para leerse mentalmente á sí mismo. Así se ve que todo lo que ha dicho sobre el tratado de la triple alianza prueba evidentemente que no lo ha leído y el día que lo ha citado es tomando el texto de una mistificacion de buen género, como las

que acostumbra nuestro amigo Mármol y que don Juan Carlos Gómez ha tomado á lo serio.

Así se completa el folletín romántico con folletín cómico, según la regla de Víctor Hugo, que el doctor Gómez ha tomado por tipo y por modelo político, perfeccionando el sistema literario al aplicar el género á lo que menos se prestaba: á lucir las dotes de la imaginación y la fantasía sobre los protocolos diplomáticos.

No puede negarse que la política romántica hace progresos.

Ya que estamos metidos en protocolos diplomáticos, sacudiremos el polvo á algunos que todavía no han tenido tiempo de apolillarse.

Pues que el doctor Gómez quería rastrear los orígenes de la alianza y las causas que movieron al gobierno argentino á aceptarla y reducirla á tratado, ¿por qué no ha recordado la primera oferta que sobre el particular le fué dirigida por el Brasil en ocasión de estallar la guerra entre éste y el Paraguay?

Es público y notorio que el Brasil invitó á esa alianza á la República Argentina, así que se encontró comprometido en guerra á consecuencia de la sangrienta ofensa que el Paraguay le infirió sin previa declaración de guerra.

El señor Paranhos, después de escollar (como lo confesó) en su misión para comprometer á la República Argentina en esa alianza, tendente á intervenir conjuntamente con el Brasil en el Estado Oriental, nos invitó á celebrar otra alianza política y militar para hacer en unión la guerra al Paraguay. En tal ocasión nos ofreció lo mismo que después hizo, el mando en jefe de los ejércitos aliados y la alta posición á que mi patria tenía derecho por la altura á que la habían levantado

la unión nacional consolidada y su política exterior leal y circunspecta.

La alianza parecía popular entonces, y el señor Paranhos, engañado como la vez primera por las manifestaciones ruidosas de la prensa de Buenos Aires, creyó que cederíamos al aliciente de una posición expectable para mi país y para mí.

La prensa de entonces, con rarísimas excepciones (tal vez no más de una), decía que era una vergüenza que la República Argentina no estuviese representada siquiera por una compañía y una bandera en la gloriosa guerra que el Brasil y el Estado Oriental iban á emprender contra la tiranía del Paraguay.

La misma prensa, que después ha renegado de la alianza y maldecido la guerra, decía que no debíamos dejar al Brasil recoger solo los frutos de la victoria que la Providencia le preparaba, y que desde luego debíamos hacernos parte en la lucha.

El gobierno argentino era entonces el blanco de sus tiros, porque no desnudaba la espada y se ponía á línea de combate con el Brasil, para participar de sus glorias.

Yo, que no hacía política de aparato ni de vanidad; que no he gobernado con los gritos de las calles, aunque he consultado siempre los grandes movimientos de la opinión; que consultaba ante todo el decoro y los intereses argentinos, miraba la cuestión bajo faz muy diversa.

Así contesté á la invitación del ministro Paranhos, que la República Argentina no se podía poner sin desdoro en línea de batalla con él, sin aparecer ante el mundo como el auxiliar del Brasil, á cuyo servicio se ponía para vengar los agravios que el Paraguay le había inferido; que tal posición nos quitaba hasta el mérito y las ventajas del aliado, reduciéndonos á un rol humilde

que no estaba dispuesto á aceptar ni para mí ni para mi país; que los gobiernos libres no tenían el dominio de los tesoros del pueblo y de la sangre de sus hijos, para comprometerlos en guerras ajustadas en el gabinete; que aun cuando comprendía que la guerra entre el Paraguay y la República era un hecho más que probable, tal vez inevitable en lo futuro, por la naturaleza del poder del Paraguay, por las cuestiones de límites pendientes y por el antagonismo creado por lo que respecta al comercio y á la libre navegación de los ríos, el patriotismo, á la par que la prudencia y el decoro de mi país, me impedían hacerme aliado en nombre de causa, agravio ni interés en que el honor y la seguridad del territorio de la República no estuviesen directamente comprometidos, porque no éramos soldados sino de nuestra propia bandera, ni vengadores de ofensas ajenas; que si el Paraguay nos agredía con menoscabo de nuestra soberanía, le haríamos la guerra por nuestra cuenta, solos ó acompañados, y que en todo caso esperaba que la Providencia bendeciría nuestras armas; que mientras tanto, quería ser lealmente neutral en la cuestión, reservándome como limítrofe el derecho de tomar en ella la participación directa ó indirecta que creyese conveniente en guarda de los intereses de mi país, y que ciñéndome estrictamente á los tratados que daban á los beligerantes la libre navegación de los ríos superiores, negaría el paso por mi territorio para ningún objeto bélico, tanto al Paraguay como al Brasil.

El ministro Paranhos no se dió por vencido con esta repulsa categórica, y en posteriores conferencias que se prolongaron por el espacio de tres y cuatro horas, volvió á insistir. A esto se refería él cuando decía que me encontró *inconmovible como una roca.*

Cuando López agredió á la República Argentina,

apoderándose de nuestros vapores de guerra en plena paz, cañoneando nuestras ciudades sin previa declaración de guerra, invadiendo nuestro territorio y hostilizándonos no sólo como beligerante internacional, sino promoviendo la revolución en nuestro seno y proclamando la caída de nuestro orden constitucional interno, el Brasil nos volvió á hacer la misma oferta en los mismos términos que antes, sin prevalerse de las ventajas que le daba nuestra situación, lo que honra al Brasil y honra en alto grado á la República, porque se ve en cuanto se estimaba su alianza y cual era el respeto y la confianza que su gobierno merecía.

El agravio común nos hacía aliados de hecho.

El tratado nos hizo aliados de derecho, hermanos de armas y compañeros de causa contra el enemigo común.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos, y si los resultados que se cosechen de la alianza no son tan fecundos como debieran serlo tal vez, la culpa sería de los que no sepan aprovechar ni la alianza ni la victoria, ó de los que trabajen por esterilizarla.

Ni una ni otra se esterilizará, en ningún caso, por más que los eunucos políticos, que nunca fecundaron nada grande, ni chico, ni bueno, ni malo y que están condenados á no tener posteridad, lancen una maldición contra los hijos ajenos y los condenen á muerte y miseria anticipada.

La voz de los impotentes para producir, siempre fué impotente para destruir el patrimonio, y la minoría sólo se convierte en mayoría cuando tiene de su parte la razón absoluta, como Galileo ó Colón. Pero en las combinaciones políticas que están destinadas á producir resultados inmediatos, el éxito depende del concurso eficaz de las fuerzas morales de la opinión, sin el cual las inspiraciones individuales, por elevadas que sean, no dan fruto alguno.

La política es una ciencia experimental y de aplicación, destinada á producir resultados dados con medios dados.

Mirabeau lo ha dicho: "Cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razón, porque sin el asentimiento de la opinión pública, no puede el talento más elevado triunfar de las circunstancias."

El doctor don Juan Carlos Gómez, cuya personalidad no tiene para que ocuparnos, pero cuyas opiniones están en discusión, ha tenido siempre ideas políticas á las cuales no puede negarse cierta originalidad.

Pretende que el piloto que navega contra el viento y las olas, en vez de servirse de ellas para llegar á puerto, es el único que tiene rumbo y derrotero. Así, todos los que se sirven de las corrientes de la opinión, del viento favorable de las circunstancias, de los puntos de marcación y de los fanales que determinan la ruta y señalan los escollos, son unos pobres marineros de chalanas que si llegan á su destino, es siempre por casualidad, aunque lleguen siempre y aunque él se haya perdido siempre con su nueva teoría náuticopolítica.

Así, él sostiene que en el Estado Oriental él es el único que tiene razón contra todo su país en masa, sosteniendo que la Constitución del Estado Oriental no es tal Constitución por cuanto fué dictada bajo los auspicios protectores de la República Argentina y el Brasil, que la garantizaron por cinco años, reconociendo su independencia á la par que su soberanía.

Para él es mejor no tener Constitución, ó si se la tiene, desvirtuar su saludable influencia, para que la comunión política no tenga vínculo, la sociedad carezca de regla, y la nave del Estado navegue sin velas ni timón, á merced de los vientos de cada día y de las

improvisaciones cotidianas de los genios que no se pueden amoldar á pensar y vivir cual otros, trabajando en remediar lo malo que exista, conservar lo que sea bueno y tener una base cualquiera para crear cosas grandes, sólidas ó útiles en beneficio de todos. A esta modesta tarea prefieren la del orgullo solitario que se levanta del campo de la labor común con las alas del ángel rebelde y maldice el surco, y maldice la simiente porque el arado no es el que conduce á los bueyes, ó porque en vez de dos bueyes no han uncido cuatro, como él quería.

Otro tanto ha dicho de la unión argentina sobre la base de la Constitución Nacional reformada por Buenos Aires.

Por cuanto hubo un día un acuerdo de San Nicolás, después del cual se reunió un cierto Congreso, después del cual vino un tratado, después de cuyo tratado vinieron dos convenciones, después de cuyas convenciones vino la victoria del pueblo que anuló y despedazó el antiguo acuerdo, para él nunca se ha borrado el pecado original.

Con tales teorías no habría obra que fuese legítima, ni habría ninguna que tuviese el derecho de ser, si no naciese de un golpe completa, perfecta y correcta, y esto según el criterio de uno solo contra todos, que cree ser el único que no se equivoca.

Así en la triple alianza y en la guerra, pueblos, gobiernos, ejércitos, ninguno tiene razón, no obstante que todos hayan aprobado la alianza y el triunfo haya coronado los heroicos esfuerzos de los que al reivindicar el honor y los derechos de sus respectivos países han dado en tierra con una bárbara tiranía.

Arreando una tras otra las diversas banderas que ha enarbolado en esta discusión, retrocediendo de

posición en posición, ha levantado al fin el invencible pendón del *¿quién sabe?* y se ha hecho fuerte en las posiciones de donde ya no es posible retroceder más, que son la de la negación absoluta, que reniega el resultado porque el resultado pudo no tener lugar, según tal ó cual accidente ó circunstancia que pudo tener ó no lugar.

Es una dialéctica formidable.

Así, según el doctor Gómez, los autores de la alianza, que son los gobiernos libres de dos pueblos libres por lo menos. que la hicieron y la aclamaron, no están salvados de la responsabilidad de haber salvado la situación por tal combinación.

¿Por qué? se preguntará. ¿Será que la alianza es un crimen ó es una traición? ¿Que ella ha deshonrado á los pueblos ó ha impuesto á cada uno de ellos mayores sacrificios? ¿Será que no tuvimos derecho de aliarnos para combatir al enemigo común? ¿Será que la causa de López era más justa que la nuestra?

No; todo esto sería muy vulgar, y esto es lo nuevo que el doctor Gómez tiene que decirnos á propósito de la alianza. razón por la cual no ha querido cedernos la palabra.

El éxito, dice, ha sido una casualidad: la victoria no prueba nada. La buena victoria para él habría sido dejarse derrotar en el presente para triunfar en el porvenir; morir hoy para resucitar mañana, por medio del elíxir de larga vida de Balzac. Siempre la política militante del folletín romántico.

Según el doctor Gómez, "hemos expuesto al país á la derrota y sus consecuencias (sic)", por cuanto al atravesar el Paraná, "López pudo habernos sepultado en sus aguas (sic) si no hubiera sido tan estúpido", es decir, si hubiera podido ó sabido hacerlo.

No se puede negar que el cargo es tremendo.

Con este sistema de argumentación no hay batalla le César, Alejandro ó Napoleón que no sea una bar baridad, por cuanto se expusieron á la derrota y sus consecuencias, si el general enemigo hubiera sabido ó podido vencerlos, en Arbela, Farlasia ó Austerlitz!

Por la misma razón los resultados de la alianza no prueban nada, "porque han sido obtenidos á costa de sangre y dinero, que representan sacrificios de la riqueza y el bienestar del pueblo (sic)", como si la guerra se pudiera hacer sin derramar oro y sangre, y como si las alianzas no dieran precisamente por resultado la diminución de los sacrificios de cada uno.

Por la misma razón la alianza es mala porque en vez de nuestras banderas nacionales no tomamos contra López la escarapela paraguaya para combatirlo, "haciendo una guerra internacional (sic)", como si no fuese esta la única en que un pueblo tiene derecho á hacer la guerra á otro pueblo, no siendo cierto, por otra parte, que el tratado de alianza le imprimiese precisamente ese carácter. Por el contrario, el tratado decía que la guerra era al gobierno y no al pueblo paraguayo, lo que no era del todo exacto, desde que el pueblo, ó por necesidad ó por miedo ó por decisión, hiciese causa común con su opresor y lo defendiese hasta morir. Entonces nuestro deber era combatir al tirano en el pueblo armado que lo sostenía, y esto es lo que ha sucedido, no por las estipulaciones del tratado ni por los elementos que constituían la alianza, sino por la naturaleza del pueblo paraguayo y por las condiciones en que los beligerantes se encontraron cuando estalló la guerra.

El otro cargo tiene menos novedad: es el no haber terminado la guerra en tres meses, como dice que yo

lo prometí en una proclama. Voy á ocuparme de esta vulgaridad por la primera vez, ya que el señor Gómez se ha dignado levantarla de la basura en que yo la había dejado caer.

Nada extraño tendría que hubiese prometido la victoria en tres meses y no se hubiera realizado en tres años, porque el hombre es falible en sus cálculos y no puede gobernar á su antojo los acontecimientos. Si no fuese así, el hombre sería Dios y le sucedería como al doctor Gómez, que cree no haberse equivocado jamás en política, porque ha profetizado siempre lo que algún día ha de suceder.

El puede profetizar que las pirámides de Egipto han de caer algún día derribadas por el roce silencioso de las alas del tiempo, como ha profetizado la caída futura de nuestras Constituciones, complicaciones que el porvenir reserva en sus inescrutables arcanos, y otros acontecimientos que más tarde ó más temprano tienen que suceder. De aquí á algunos siglos más ó menos, el tiempo le ha de dar la razón; pero en la última piedra del monumento no se ha de encontrar probablemente la cifra de su nombre, porque él no quiso concurrir á su creación, por cuanto había profetizado que no sería eterno.

Es la gloria de Erostrato. El que no pudo levantar el templo de Diana, pudo incendiarlo.

Líncoln, dijo solemnemente, en documentos públicos, que la guerra del Sur no duraría tres meses. A los tres meses estaba militarmente derrotado en toda la línea. A los tres años recién empezaba verdaderamente la guerra: combatía *un millón* de soldados contra poco más de *cien mil* hombres.

Atacado por más de cincuenta mil hombres, el poder más jigantesco que ha visto la América del Sur,

tenía que improvisar y organizar los ejércitos de la alianza al frente del enemigo.

Ocupándome de esto, las serenatas venían á cada momento á saludarme á la puerta de mi casa, donde dictaba órdenes para reunir mis diseminadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo.

A la tercera ó cuarta serenata, salí á la puerta de la calle acompañado de don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires, y dirigí al pueblo las siguientes palabras: "Mis amigos: ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos á combatir por nuestra patria. Ahora, á ocupar cada cual su puesto de combate, y sea la orden del día: en quince días al cuartel, en un mes á campaña, en tres meses á la Asunción."

Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento á mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán, porque al mes estaba alcanzada la primera victoria, á los cinco meses, á pesar de Basualdo, estaba expulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder de 18 á 20 mil hombres entre muertos y prisioneros, con menos de 500 hombres de pérdida por parte de los aliados y sin que hubiésemos perdido una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera, siendo el resultado del plan de campaña que dictaba en el momento en que fuí interrumpido en el trabajo por la tercera ó cuarta serenata á que me he referido. Y si hay alguno de los que estuvieron allí presentes que me haya acompañado al campo de batalla, á éste le autorizo á venirme á hacer un crimen de mis palabras, porque no les dije claramente que la campaña iba á ser un juguete. A todos los demás ciudadanos hablé por medio de la proclama en que llamé al país á la guerra, concitándolos á hacer sacrificios viriles,

porque sólo á ese precio era la victoria. Si en ese documento hubiese dicho lo que Líncoln había dicho en otro no menos solemne, podría haber dado la disculpa que él dió, con la serenidad que le era característica, de que estaba dispuesto á aceptar la lucha, durase poco ó durase mucho.

La guerra debía durar un año, si el ejército paraguayo hubiese sido batido, en territorio argentino.

Debió durar dos años, que era lo más que yo calculaba, como lo dije entonces, aunque no en media calle, si la guerra era de invasión al enemigo.

Si algún día escribo las memorias militares de esta guerra, podré demostrar todo esto con documentos irrefutables.

Mientras tanto, comparados nuestros elementos con los que puso en pie la América del Norte, no hemos hecho, relativamente hablando, menos que ella, habiendo tenido nosotros nuestro Vilksburgo en Uruguayana y su Grant Curupaytí en las líneas de Richmond que nunca pudo forzar.

Hemos obtenido más resultados que la triple alianza de la guerra del Oriente, en que las tres primeras naciones del mundo se contentaron con morder el talón de la Rusia, en una extremidad de su territorio, sin poder abandonar la orilla del mar, encontrando ellos también *sus abatís* en el *Redán* y en el *Melón verde*, sin tocar, como nosotros, la trinchera enemiga, y en que nosotros hemos tenido en Humaitá nuestro Sebastopol, con esta diferencia: que á ellos se les escapó todo el ejército sitiado, porque nunca pudieron, como nosotros, efectuar el movimiento de circunvalación que dió la victoria, y tomamos prisionera la guarnición á costa de prodigiosos trabajos y heroicos combates en que nos batimos en tierra, en las aguas y en la copa de los árboles.

Ahora, puede el doctor don Juan Carlos Gómez seguir comentando el dicho "en tres meses á la Asunción", que vuelvo á dejar caer de donde él lo ha recogido.

No he escrito nada de lo que pensaba decirle y necesitaba decirle al pueblo, tratando la cuestión que nos ocupa de más altos y trascendentales puntos de vista.

Su táctica de mosquito, como V. mismo la llama, confieso que turba mis meditaciones con el canto de la trompetilla y me interrumpe alguna vez con sus picotones, obligándome á perder el tiempo en espantarlo. Si eso es lo que el doctor Gómez se ha propuesto, lo ha conseguido, como lo puede conseguir cualquiera con moscas ó cualquiera otro insecto incómodo y bullicioso.

En adelante, no me ocuparé ya en espantar moscas, y seguiré discurriendo por mi cuenta, si es que el doctor Gómez no trae algún nuevo contingente á la discusión, lo que no dudo de una inteligencia como la suya, tan avezada á las luchas intelectuales por medio de la palabra escrita.

Mientras tanto, le diré como el ejército francés dijo galantemente al ejército inglés en Azincourt bajando sus armas: —"*A vous, messieurs, à tirer!*"

Bajo mi pluma, cruzo los brazos y espero el fuego. Espero que no sea metralla de garbanzos, como la anterior. ni folletín diplomático, como el último.

Tíreme con alguna idea, con un hecho siquiera que merezca subir del zócalo del folletín al capitel de la columna.

Vaya, doctor Gómez: apunte bien, y levántese á la altura de su inteligencia, que vale más que sus escritos actuales.

BARTOLOMÉ MITRE.

Diciembre 17 de 1869.

La última del doctor Gómez

Al general don Bartolomé Mitre:

I

Empuñando V. el lápiz del *Mosquito,* ha creído abrirme una herida profunda en la opinión, con la caricatura de mi fisonomía política, que me hicieron antes sus enemigos y los míos, con más originalidad y travesura.

Mi razón no pierde su alta ó humilde serenidad por esas bromas, y sólo les exige la gracia, el buen gusto, el aticismo, que amenizan la árida esterilidad de las luchas de la inteligencia en los campos ó en los circos de la política, cuando se pone uno al servicio de los intereses del pueblo ó cuando se busca el aplauso de los espectadores y de los ociosos.

V. buscó el debate, y ha querido convertirlo en pugilato, para entretener á su público.

Recuerde V. que se dirigió á mí, con una carta en que me imputaba rebajar con injusticia y ofensa el heroismo de los aliados, que yo honraba en la guardia nacional de Buenos Aires, porque salvé mi opinión sobre el acto político de la alianza, al aceptar el llamamiento de la prensa para concurrir al homenaje que preparaban á los que habían contribuído con sus sacrificios á darle el triunfo.

Su imputación carecía de razón y de causa. V. sabía

mis viejas opiniones sobre la alianza brasilera, que datan desde Chile, en donde ellas me hicieron sospechoso á mis amigos políticos.

Comprendía V. que por consecuencia conmigo mismo debía salvarlas ahora, para que no me inculpasen mañana de haberlas renegado. Yo no había amenguado con una palabra á los soldados ni á los pueblos, y les reconocía el mérito de haber combatido un tirano.

Pero V. "quería *aprovechar esta oportunidad* para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, como nos lo ha revelado después, *ya que por tanto tiempo había guardado silencio;* quería reducir á polvo todas las mentiras de conveniencia y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo, que la indiferencia de unos y la debilidad de otros habían dejado acreditar como moneda de buena ley."

Mi carta no era, pues, para V. más que una *oportunidad*, que estaba V. en su derecho y hacía muy bien en aprovechar, para justificar ó glorificar su política.

Pero el *aprovechar la oportunidad* no lo excusaba de atribuirme injusticias é insultos que yo no había hecho, para tomarme por punto de partida y por blanco de sus catilinarias.

Contesté á V. en *La Tribuna* del 12 de diciembre, mostrándole lo inexacto de las imputaciones que V. me hacía, y formulándole los cargos que resultaban contra la alianza, sin tocar su personalidad militar ni política.

V. prescinde de esos cargos á la alianza, me inventa contradicciones y retractaciones y aplica al debate la tea de la pasión personal, esforzándose en hacerme ampolla con el apóstrofe de "apóstol de la frase, que no se lanza en medio de la corriente de su época, que no participa de la labor y de los errores de sus contemporáneos,

que está fuera de la acción, sin polvo sobre sus alas ni sudor en su rostro, etc., etc."

El tiro era por la espalda, y el general Mitre ha sentido en su corazón la necesidad de motivarlo, haciéndolo partir de una frase de Luis XV, caída en la improvisación, que no tenía ni podía tener alcance al patriotismo del general Mitre.

Pensé que el general Mitre quería apasionar la discusión para darle interés, y traer á la arena á las personas para dar relieve á la suya, pues tirar á mi persona, en el ostracismo político, sin posición ni aspiración posibles en la Confederación Argentina, con la altura política desde la cual podía apuntar y abatir con tanta certeza el caudillo de Buenos Aires, hubiera sido una ruindad inexplicable en los sentimientos que he creído ver siempre en mi antiguo condiscípulo.

Le hice el gusto; traje á la discusión su personalidad política, pasando de carrera por encima de la mía, y los que nos han leído juzgarán si, estimando su política en poco, he dejado de tributar el merecido honor á sus servicios, á sus talentos y á sus cualidades.

V. se retira hoy de la discusión que promovió haciendo la parodia de mis ideas políticas, como había hecho la caricatura de mi individualidad y cruzando los brazos é invitándome galantemente, como el ejército francés al inglés en Azincourt, á tirarle. El ejército inglés, muy débil en fuerza, ultimó al francés en Azincourt, si no me engañan mis recuerdos de las lecturas de treinta años atrás, y tengo la modestia de no aceptar la invitación caballeresca del general Mitre para dejarse ultimar: desalojo el campo y dejo al león la arena, libre de los insectos que lo molestaban é impedían reconcentrarse en la profunda rebullición de los afanes que trabajan su espíritu.

II

Permítame, sin embargo, al retirarme, disparar la flecha del Parto en defensa de las ideas políticas que llevo en mi bagaje.

Por más que haya V. abusado de los colores de su paleta, V. sabe que no soy un querubín que se ha cernido en los espacios sobre los dolores contemporáneos, ni el sibarita que en las calamidades públicas ha soltado la vela en la barca coronada de flores en busca de los jardines y las fiestas. Si la presencia de un caudillo de quien era enemigo político me excluyó de la defensa de Montevideo, error de joven, si V. quiere, que volvería á cometer viejo, y cometió V. también, abandonándola y reuniéndose conmigo en Chile, V. me ha visto metido en el barro de los sucesos contemporáneos, del otro lado de los Andes, en la revolución de Setiembre, en la de Julio en el Estado Oriental, en la lucha de Buenos Aires hasta 1857: en seguida, en la otra orilla, contra Pereira y Oribe, y aquí hasta que sancionados los pactos de Noviembre y reducida la cuestión á los límites de cuestión argentina, de organización interna, no tenía en ella rol ni cabida. Yo no era argentino, ni soldado argentino, y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena ó la mala suerte de mis compañeros; como simple voluntario ó aficionado, nunca me he retirado del puesto que he tomado y tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos ó de la paz ajustada por ellos. En dos ocasiones mi conducta ha merecido su elogio. El día que llegué desterrado de Montevideo, nos encontramos en casa de nuestro amigo Elizalde y aprobó V. que no hubiese entrado en la falsa vía de los motines y de la revuelta, que

condenó V. con severos calificativos En un banquete al general Rivas, me hizo V. el honor de creer que la bravura de los soldados orientales, tal vez recibía el impulso vigoroso de su publicista.

Y es V. el mismo que me condena hoy por no haberme metido en el barro de las revueltas orientales, ya que no tuve en mi país, como V. en el suyo, la felicidad de encontrarme siempre en situaciones regulares con los gobiernos populares establecidos, representantes de mis ideas, y de esperanzas en cuyo sostén sacrificarme. Y es V. el mismo que hoy me acusa de haber desalentado á mis compañeros en el trabajo, en vez de confortarlos en las fatigas y en las caídas, como el médico al herido bajo la metralla del enemigo!

Ya se ve: V. *arroja á la basura* sus proclamas, sus discursos y sus opiniones de un día para el otro.

Tengo una idea política fundamental, un programa indeclinable, una religión: el derecho.

Puedo acatar como un *hecho* la ley imperante. V. sabe que la ley no es el derecho. Pero trabajo hasta donde me alcanzan mis escasas fuerzas, por que el *derecho* se convierta en *ley*, en *hecho*.

Para V., el derecho es el *hecho* que tiene el acatamiento de los que se le someten.

Esta es la diferencia esencial, capital, de nuestra religión política.

Para V., el acuerdo de San Nicolás, ó la Constitución que de él nació, no era el derecho para Buenos Aires, porque Buenos Aires no la acataba.

Pero vino el caudillaje con las chuzas de Cepeda á las puertas de la ciudad, puso su trabuco al pecho del pueblo, le hizo firmar el pacto de Noviembre para someterse á la Constitución del acuerdo de San Nicolás, mediante las alteraciones que quisiese, programa que había

sido rechazado por Buenos Aires en las proposiciones traídas por el señor Jancey, y V., con su doctrina del *hecho imperante*, declara que el pacto de Noviembre, coacción de la fuerza del caudillaje á la soberanía popular, es el derecho, porque hasta ahora está acatado el acto de fuerza.

¿Cuánto dura la prescripción? ¿Hasta cuánto tiempo hay *acción popular* para decir de nulidad de la violencia?

Original pretensión del apóstol de la frase contra el *genio de la fortuna*, querer que las constituciones y los gobiernos de los pueblos libres tengan por piedra fundamental del edificio esa antigualla del *derecho*, que no da á los pueblos los gloriosos Césares, los magníficos Bonapartes y los expectables Urquizas, sino que los modela por el corazón de humildes impresores ó pobres leñateros que se apellidan en la historia de la moral de la humanidad, el modesto Franklin, el honrado Lincoln!

Paso de largo por todo lo demás que contiene su carta de hoy. Lo dejo solo, le deseo la buena fortuna que ha protegido siempre sus pasos, y tanto número de sinceros amigos como ha tenido V. de cortesanos en el encumbramiento de su destino.

Concluiré con una observación que he oído á V., y con la cual me encontró V. de acuerdo:

Franklin es más grande que Wáshington (lo dijo V.), porque ha encarnado más cantidad de sentimientos morales y de ideas justas, porque ha ingertado más porción de su corazón honrado y bueno en el alma del pueblo americano, que debe á esos sentimientos y á esas ideas su verdadera grandeza.

Como Filipo de Macedonia, hágase repetir por su criado, todas las mañanas al despertarlo, esa observación que honra tanto á su corazón como á su inteligencia.

JUAN CARLOS GÓMEZ.

La recta y la curva

Al doctor don Juan Carlos Gómez:

Mi antiguo condiscípulo y colega: V. lo ha dicho: yo soy la tangente; luego, V. debe ser el círculo. Soy la recta que se prolonga indefinidamente en una nueva proyección, tocando la curva sólo por un punto. V. es el círculo que da vuelta alrededor de sí mismo, el círculo vicioso, el *corso e ricorso* de que habla Vico.

Esto me hace recordar que cuando éramos condiscípulos en el aula de matemáticas, V. estudiaba secciones curvas, mientras que yo no había salido todavía de las rectas. Después de largos años que han pasado, nos encontramos en medio de la vida siguiendo las mismas líneas geométricas que trazábamos en la escuela, tocándonos siempre por un punto; pero marchando en distintas direcciones.

He aprovechado este punto de contacto para irritar su epidermis, para estimular su sangre generosa y obligarle á producir algo digno de sí y de la cuestión que debatimos.

Al fin lo he conseguido. Reconozco en su última carta al antiguo lidiador por las ideas; veo de pie al atleta de sus convicciones, y al recibir sus golpes, digo lo que fray Paolo Sarpi al recibir el golpe de estileto que le

mandaba Roma: *Conozco el estileto romano!* Reconozco al fin á don Juan Carlos Gómez. ¡Bravo! Así no quedará V. humillado en esta lucha intelectual, y puedo abrigar aún la esperanza de contarle como aliado, según me lo ofrece, en los futuros combates que todavía tenemos que dar en honor de los principios que nos son comunes.

Lástima que siga V. jirando perpetuamente en el antiguo círculo vicioso de las ideas convencionales, sin combinar las líneas arquitectónicas según el plan del edificio y los objetos á que se le destina!

Lástima que la pasión se presente con los atributos de la manía y la religión, y el culto de las ideas tome el carácter de las supersticiones del pasado!

Lástima que no arroje lejos de sí las armas teatrales de la égida, del hacha y de la tea, y no empuñe las nobles armas de los nuevos campeones, que sirven á sus creencias con la espada ó con la pluma, vistiendo la túnica viril de los que se consagran valientemente á la labor fecunda, en vez de zumbar, como los zánganos, alrrededor de la colmena!

Lástima que no medite más sobre los hechos propios, que no se mezcle y confunda más en la vida de su época, que no deduzca sus teorías del estudio sobre la carne viva, y tome por guía y base de criterio una filosofía de convención, una erudición histórica inanimada, una evocación poética del pasado, que no puede conducirlo sino á la inacción ó la negación!

Su carta, con el título de *Santa Alianza*, se divide propiamente en tres partes.

Una tercera parte es consagrada á reminiscencias de la historia europea, en que V. busca analogías con la nuestra, deduciendo de ellas la crítica del pasado, la

apreciación del presente y la regla y explicación del porvenir.

De todo lo que dicen los libros europeos se ha acordado V., menos de la profunda palabra de Balmes: "Cuando se estiman las analogías, deben tomarse en cuenta las diferencias."

Las comparaciones históricas, cuando se prolongan demasiado y se convierten en miembros del discurso mismo, son como esos libros ilustrados en que el texto se subordina á la lámina, el cuadro al marco, el fondo á la forma.

La triple alianza del Plata y del Brasil no tiene nada de común con la Santa Alianza europea, ni con la alianza de la guerra de Oriente, ni siquiera el punto de contacto que une á la curva y la tangente y que es para nosotros dos el punto de partida á la vez que el punto de desviación.

Después he de insistir sobre esto.

Otra tercera parte de su carta la dedica V. á la política interior de la República; diseña la época de mi gobierno, ligando flojamente y con trabazón poco lógica la política interior con la política exterior: pero sin acertar con la verdadera fórmula, sin ensanchar los horizontes de la vida doméstica y de la vida internacional.

Más adelante he de desenvolver esta idea.

La otra tercera parte de su carta, que es la última, la ocupa en evocar, en medio de nuestra vida activa, los pálidos fantasmas, la incorporación espectra de la España y de Portugal en el Plata, alzando la bandera de Sarandí, dando fuego al cañón de Ituzaingo, desgarrando la convención preliminar de paz de 1828 y condenando como imposible, como criminal, como ilógico, en nombre de lo que fué y ya pasó, en nombre de lo

que sucedió y ya dió sus resultados, todo lo que existe y tiene razón de existir, todo lo que es y forzosamente debe ser, sea por la fuerza de las cosas, sea por la lógica de los acontecimientos, sea por la necesidad imperiosa de la conservación y de la reparación.

Lo más bello de esta parte de su escrito, es el programa con que lo termina, aunque no corresponda, en su estilo, á la estructura de su sistema histórico político. Es un trofeo de armas de los pueblos del Río de la Plata, coronado por un morrión paraguayo, y un falucho brasilero atado con una divisa federal.

Ya preveo que, al leer esto, se va á preparar á escribir una carta con el título del "Morrión paraguayo, el falucho brasilero y el gorro del Río de la Plata", para decir que la alianza ha humillado al gorro de la libertad ante la corona de la monarquía.

Esto no tendría novedad: el diputado Santos dijo en las cámaras del Brasil, á propósito del tratado que el ministerio Limpo de Albreu ofreció á Rozas: "Este tratado es la corona del imperio, colocada más abajo del birrete del dictador." Pero, dígalo no más, que tengo la parada del golpe y la estocada que ha de seguir.

He de tratar este punto y lo he de tratar con una franqueza, con una serenidad, con una imparcialidad que, sin pedir galas prestadas á la retórica, ha de llevar la convicción á los espíritus fuertes, ha de templar á los débiles y ha de vencer á los enemigos.

Pero lo he de tratar, no como V., que para criticar nuestro organismo constitucional nos lanza entre sus ruedas al teorizador de los gobiernos personales, hijos del caudillaje, al doctor don Vicente Fidel López, armado del acuerdo de San Nicolás que es para V. el principio y fin de nuestro verbo en materia de instituciones

libres. No como V. que para empequeñecer la resistencia de Buenos Aires, pone á don Lorenzo Torres como único autor de ella, olvidando al pueblo y sus defensores. No como V. que para desautorizar nuestra política y proyectar sombra sobre nuestra bandera militar, nos presenta como explotados por los políticos del Brasil y como los suizos de la bandera imperial.

No; con razón fría, con ánimo sereno, con voluntad decidida, con pasión reconcentrada y profunda, he de pulsar una por una las fibras del patriotismo, he de hacer el análisis sobre la carne de mi carne, he de poner la hechura en su verdadera luz, he de fijar la opinión, haciendo que se condense en mis labios el murmullo que está en todas las conciencias rectas y que ha de apagar las voces de los que han chillado hasta hoy por no tener contradictores, y que han hecho incurrir á V. en el lastimoso extravío de constituirse en el heraldo y teorizador de instintos ciegos, hechos truncos y sistemas que no responden á nada.

Esto es lo que quería hacer, sin distraerme con la polémica, cuando le pedía que me cediese la palabra para decir algo práctico y patriótico, si V. no tenía algo más nuevo y más útil que decir que la crítica del pasado y el examen de mi personalidad política y militar.

Tenía derecho á pedirle la palabra hasta con imperio, no porque lo considerase á V. menos capaz, no porque le negase el derecho de ciudadanía á un hombre que, como V., hace honor á la tierra en que nació. Debe V. saber que ni tal petulancia ni tal mezquindad hay en mí.

V. defendía una carta escrita á la lijera, y cuando más una opinión individual, alrrededor de la cual amontonaba frases, figuras y argumentos buscados para apuntalar su armazón.

Recién ahora empieza á inocularle las ideas que brotan como chispas al calor de la discusión.

Yo defendía un sistema, un orden de ideas, un hecho hijo de la meditación y del trabajo, que había madurado en la silla del gobierno y en la tienda del campamento, pasando largas horas de vigilia antes de decidirme á la acción deliberada. Estaba nutrido con la médula que fortifica las almas, y estaba animado, como se lo decía, más que de la pasión generosa, del convencimiento de las necesidades y de las conveniencias de mi época, á la par que del amor hacia mi país.

Quería medirme con la opinión cobarde que lanzaba gritos de pavor á nuestra espalda cuando combatíamos en la vanguardia por el honor y la vida de nuestra patria, allí donde se sufría y se moría al pie de nuestra bandera.

Quería dar un último combate á los enemigos de la alianza, cuyos únicos títulos para condenarla, son las traiciones en Corrientes, las jornadas de Basualdo y Toledo, las montoneras en el interior, las conspiraciones en Buenos Aires, los orientales que fueron á auxiliar á López y á morir bajo su látigo, las repúblicas americanas que, á título de hermandad, han pretendido presentarnos como el ludibrio de la América, y han dado armas y banderas al vandalismo.

Quería vencer, anonadar, exponer á la vergüenza pública con las solas armas de la razón y de la palabra, de que únicamente dispongo, las resistencias internas que he combatido y me han combatido, venciéndolas durante la última lucha con las fuerzas del gobierno y la espada del soldado.

Quería sacudir de los gloriosos estandartes del ejército argentino el polvo con que se pretende cubrirlos, vindicar á mi patria de los insultos que se le han dirigido

do con motivo de un hecho político que ni es crimen, ni es vergüenza, ni es error, sino un acto legítimo, bueno, útil, fecundo, y santo si V. se empeña, porque es santo todo lo que con buenos medios conduce á grandes fines y produce resultados benéficos y morales.

A este título le pedía la palabra. V. no ha querido cedérmela. Ha hecho mal. Ahora no se la acepto, aunque me la ofrezca. Hable V., calle V., todo es lo mismo. Esta es mi última cartapolémica. Recién ahora va á comenzar la discusión.

Arrojo lejos de mí el cesto emplomado del gladiador antiguo con que he podido darle algunos golpes, recibiendo otros que no me han dejado ni dolor ni rencor.

Renuncio al pugilato de la palabra con que he tenido que alternar la exposición documentada de los sucesos y el desarrollo de mis principios y teorías.

Transportándome á la región serena de las ideas, extendiendo mi vista más allá de la estrecha arena en que hemos combatido, dominando de mayor altura los sucesos y los intereses de los pueblos que forman el grupo de estados en esta parte del Atlántico, voy á hacer lo que la polémica me ha impedido hasta hoy, con la unidad debida y con la tranquilidad que debe guiar la pluma del observador y del político.

Por ahora doy fin á la polémica y treguas á la discusión, por la razón que explicaré más adelante.

Lo invito, en consecuencia, á retirarnos por unos días á nuestras tiendas de mantenedores del campo, y no abusemos por demás de la atención pública, ni de la condescendencia de nuestros colegas, cuya casa hemos revuelto á título de huéspedes del periodismo.

En una serie de tres ó cuatro cartas más, desenvolveré próximamente mis propósitos, mis ideas y mis vis-

tas respecto de la alianza y de sus consecuencias, dando tiempo para que otros ocupen la escena y completen ó refuten lo que hasta aquí hemos dicho.

Es un alto en medio de la batalla. Pero antes de descansar momentáneamente las armas, voy á contestar á uno de sus últimos disparos, porque debo hacerlo en honor de mi bandera y de mi partido, ligando esto, como V. lo hace, con la cuestión que nos ocupa.

Me pregunta V.: "que grandes horizontes, que elevados sentimientos, que nobles aspiraciones, que grandes tendencias he impreso á mi política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos".

Se lo diré en pocas palabras.

He consagrado mi tiempo y mis afanes á una obra de todos, y que todos tienen que defender y mejorar en el interés común, cual es la vida nacional, en que caben todos los partidos y todas las opiniones.

He hecho cuanto de mí ha dependido para desarmar los partidos en acción, por la conciliación de grandes intereses comunes, unas veces, por la fuerza de las armas, otras, mostrándoles prácticamente los beneficios de la paz y del progreso en la comunión del trabajo, y probando la impotencia de las sublevaciones contra el poder constitucional armado de la ley.

Abierta la liza libre para todos, con las imperfecciones inherentes á nuestro modo de ser político y social, he contribuído á preparar otra más difícil, reaccionando á veces contra las ideas revolucionarias del partido cuyo credo confieso, y ha sido hacer posible hasta el triunfo de nuestros mismos enemigos por el uso pacífico de nuestra libertad, por la acción cívica, por la regeneración de los mismos partidos en el sentido del complemento de nuestra idea constitucional.

V. ve este resultado y no se lo sabe explicar al ocuparse de lo que llama sucesión de los partidos. sin advertir que los partidos no se suceden en las condiciones en que V. los coloca, sino por las fuerzas morales de la opinión, las necesidades de los tiempos y la razón de ser y de gobernar de los elegidos.

Ve V. el antagonismo perpetuo y armado, allí donde empieza á desenvolverse la idea política de los partidos.

Ve V. la disolución. allí donde únicamente los hombres están dispersos, sin fijarse que los principios no se han disgregado y que el alma de la libertad anima á todos y cada uno de los miembros fieles á la ciencia que le tributa culto.

Ve V. al viejo partido federal encerrado como un tigre en una jaula, sin fijarse que ese partido no puede presentarnos batalla para sucedernos en el poder, sino adoptando nuestra bandera, nuestros principios, nuestros medios de acción, lo que es el triunfo más hermoso del alma inmortal de un partido que profesa una religión en que los principios y los hombres son sus instrumentos.

Esto quiere decir que seremos vencidos el día que reneguemos nuestras creencias y otros ocupen el altar que nosotros dejemos abandonado.

Que nuestra bandera se verá triunfante en otras manos, el día que nosotros no seamos fieles á ella y la desertemos cobardemente.

Que nuestra doctrina ha de prevalecer, emancipada de los hombres que no le sean fieles, y que, en último caso, la posibilidad del advenimiento pacífico de los partidos á las alturas del gobierno, será la conquista más hermosa de esta época. y que este advenimiento será

debido á la religiosa observancia de nuestro código de libertad.

Que nuestros mismos enemigos, si algún día triunfan por el voto de la mayoría, irán á la vida pública, civilizados, regenerados, moralizados, sin uñas de tigre y sin divisa de exterminio.

A estos resultados he llevado mi grano de arena.

La alianza, en el modo en que se ha efectuado, por las causas que la han traído, por los resultados que ha producido, por los recuerdos que ha dejado tras sí, contribuirá á esta educación de los partidos beligerantes en el Río de la Plata.

Mi rechazo á la proposición de alianza para intervenir en el Estado Oriental, y más tarde para ir al Paraguay, les enseñará que las alianzas nunca deben aceptarse sino en el nombre y en el interés del pueblo argentino y que las guerras no las hacen los gobiernos, sino los pueblos.

La lección del pueblo paraguayo les enseñará que los partidos no deben ir á buscar el triunfo fuera de su país, porque la República será bastante fuerte para vencer á sus enemigos exteriores, aliados con sus propios traidores.

Les enseñará que en las cuestiones internas no deben ir á buscar armas y vapores al Paraguay y al Brasil, sacrificando territorios y honras, como lo hizo Urquiza, buscando la alianza del Brasil primero, y del Paraguay después, para dominar la resistencia de Buenos Aires.

Les enseñará á no aceptar los Araguais para perseguir á los hermanos náufragos, y á no ir, como el último representante del partido blanco, á ofrecer su sangre al enemigo extraño, para morir de hambre en medio de

tormentos, con el sello de los tránsfugas y de los réprobos.

Y de este modo perdurará la política externa que ha hecho triunfar la alianza, reaccionando saludablemente sobre la política interna, presentándonos ante los extraños, dignos, fuertes y verdaderamente patriotas.

Les enseñará á ser más prudentes en el gobierno; á no fomentar la revolución en los estados vecinos, porque el viento puede llevar el incendio de su lado; á no buscar guerras que no sean justificadas por la necesidad imperiosa y por las exigencias de la seguridad y el honor; á no alimentar los odios internacionales que, al fin, envenenan, ni á hacer del antagonismo internacional una política como en los tiempos bárbaros, previniendo así guerras futuras.

Esto debe dar el triunfo de la alianza para las relaciones de los Estados independientes entre sí, y por lo que respecta á los partidos en su modo de encarar las cuestiones internacionales.

Ni príncipes extranjeros contra nosotros, ni poderes extranjeros interviniendo en nuestras cuestiones internas.

Si esto no es honroso y fecundo, diré lo que Pericles, acusado de haber empleado los dineros públicos en levantar monumentos:—"Yo cargaré con el gasto; pero borrad vuestro nombre y poned únicamente el mío en esos monumentos." Pero no lo diré, porque ese resultado es debido á los esfuerzos de todos; yo no he sido sino el ejecutor de la voluntad pública, al llevar y al aceptar su responsabilidad, y si hubiese sido un error, aun así deberíamos procurar sacar de él todo el fruto posible en vez de propender á que los sacrificios hechos se esterilicen.

Estos temas me darían la materia de un libro; pero me limito simplemente á indicarlos.

Más adelante volveré á tratar la cuestión de nuevos puntos, según se lo he ofrecido, y me he de ocupar de la política del presente así como de la política del porvenir, repitiendo, respecto del Estado Oriental, verdades severas que me han oído los hombres públicos del Brasil, y analizando con sinceridad los planes políticos que para el futuro tiene V. y repiten otros.

Por ahora, me retiro de la prensa por algunos días. Le diré la razón. Voy á hacerme impresor y me falta el tiempo material para hacer muchas cosas á la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin.

Invito á V. á venir á visitarme á la imprenta, comprada no con mis capitales, sino por una sociedad anónima de la que seré siempre accionista y gerente.

Allí, en medio de los tipos y de las prensas, me encontrará en el punto de partida.

Nos conocimos en el aula de matemáticas, resolviendo problemas algebraicos y trazando V. curvas, como ahora, y yo rectas, como V. lo dice.

Me conoció V. en Valparaíso de impresor y redactor de un diario, que luego pasó á ser de su propiedad.

Recordará V. que mientras yo escribía mis artículos ó corregía pruebas, Paunero, que era mi tenedor de libros, hacía las cuentas, Sarmiento y Rawson preparaban una expedición á San Juan en un rincón del escritorio, y V. solía venir á recordar la patria ausente. No todo se ha perdido. Aun puedo conversar con Rawson, escribir á mi antiguo tenedor de libros y discutir con V. asuntos que interesan á los demás más que á nosotros mismos, teniendo siempre algún punto de contacto que impida separarnos.

¡Salud, amigo, en nombre de Guttenberg!

¡Salud, en nombre de Franklin!

Si ambos no somos ciudadanos de la misma patria, estamos ligados por el punto matemático que une la tangente á la curva, y ponemos las armas de condiscípulos y colegas en el campo neutral del trabajo, en medio de las prensas y de los tipos, que tanto hemos hecho hablar estos días.

BARTOLOMÉ MITRE.

Diciembre 18 de 1869.